

nº 21

partacus

Revista Socialista

Director: F. Ferrándiz Alborz



SUMARIO

EDITORIALES

50 aniversario del Partido Socialista Obrero Español.
Apuntes biográficos de

Carlos Marx
Pablo Iglesias
Jaime Vera

Por qué los Sindicatos rusos no ingresan en la F. S. I.

Debates y resoluciones de la reunión de Oslo.
Cartas inéditas de Pablo Iglesias

COLABORACIONES

El Pueblo y solo el Pueblo. Pascual Tomás.
La Guerra submarina y los bombar-
deos de Aviación Ginés Ganga.
Otto Bauer. Rodolfo Reventlow.
El escritor ecuatoriano Jorge Icaza . F. Ferrándiz Alborz.
AUTORES Y LIBROS: «Bolívar el Libertador», de J. M. Sala-
verría, por F. F. A.—«La Guerre en Espagne», de Luis Fis-
cher, por F. Carmona Nencles.—«La disgregación de Eu-
ropa», de Francisco Nitti, por Emilio Vandervelde.—«L. N.
Tolstoi», por Lenin.

Portada de la 1ª edición
Núms. 13 y 14 Alicante 4 Ptas.

Ayuntamiento de Madrid

Los lectores observarán que la calidad del papel del presente volumen de SPARTACUS no es la acostumbrada. Ante el dilema de aparecer o no aparecer, nos hemos decidido por lo primero con papel muy malo. Procuraremos subsanar la deficiencia en el próximo número.

A estos inconvenientes, hay que agregar que al derrumbarse la imprenta donde editábamos SPARTACUS, en el bombardeo del 25 de Mayo último, nos vimos obligados a editar la revista en los talleres del diario socialista «Avance», que si ya deficientes de por sí, las dos bombas de a media tonelada cada una que cayeron sobre el edificio en el bombardeo del 18 de Septiembre, no solamente empastelaron la composición sino que han dejado la imprenta en condiciones precarias de trabajo.

Tengamos todos paciencia y fe en la obra emprendida y congratulémonos de salir a pesar de todos los inconvenientes.

El Estetacús *Revista de Reformaciones*

Alicante, Julio y Agosto, 1938,

Precio: 3 ptas,

Publicación mensual

EDITORIALES

1888 -- AGOSTO -- 1938

Partido Socialista Obrero Español

Medio siglo de lucha por la emancipación de la clase trabajadora

ANTECEDENTES HISTORICOS

El siglo XVI es el siglo español de mayor plenitud histórica. En él España define su personalidad nacional y proyecta hacia el exterior la superabundancia creadora y expansionista de su genio. Durante el siglo XVI España conquista y coloniza América, eleva a categoría clásica su obra literaria, establece el nuevo derecho de gentes hijo de la nueva realidad internacional creada por el pueblo español, y con todos estos valores España alcanza la gloria de un imperio espiritual y material jamás igualado.

Pero es en ese mismo siglo, en sus tres primeras décadas, que se inicia el desmoronamiento de este imperio universal. Se achaca comunmente al desgaste de energías españolas comunmente al desgaste de energías españolas, de América, las causas de la decadencia de España. También al carácter religioso de las guerras que sostenía España contra las demás potencias europeas. En cuanto al primer fenómeno, el hecho es todo lo contrario, por

cuanto fué el descubrimiento y conquista de América causa y efecto a la vez del resurgimiento nacional, y en cuanto a las guerras de religión, ellas fueron no la causa de la decadencia, sino el efecto de una política interior que no respondía al contenido histórico de España sino a los intereses de una dinastía.

Hasta los Reyes Católicos, España sigue una política nacional e internacional de conformidad al espíritu español, dentro del proceso formativo del predominio de clases. Hasta los Reyes Católicos, España tiene planteados sus auténticos problemas, que va resolviendo sin adulteración histórica de ninguna clase. La adulteración aparece cuando la corona de España cae en manos de Carlos I, que inicia en España una política nacional e internacional del punto de vista de sus intereses, como emperador alemán, para los que España era un accidente y no un fin en sí misma. Así se explica que Carlos I se rodeara de consejeros y favoritos alemanes para gobernar un país cuyo idioma empezaba por desconocer.

La nueva política de la realeza chocó con el tradicional y enraizado espíritu local de la

nobleza española, que se veía desplazada por una advenediza nobleza extranjera, y como este choque moral lo acentuaba a la vez el choque de intereses económicos, por cuanto las nuevas concesiones de la corona a los extranjeros eran en desmedro de los intereses adquiridos por la nobleza española, se inició un descontento y una pugna que tuvo expresión de violencia en la conocida rebelión de los Comuneros de Castilla.

LAS COMUNIDADES DE CASTILLA

A la luz de la crítica histórica hoy en día no puede negarse la raíz económica y la derivación social y política de aquel movimiento. La falta de un estudio de la Historia de España, por el método del materialismo dialéctico, nos impide conocer la compleja realidad histórica y social de las Comunidades de Castilla, aunque se puede afirmar, que si la nobleza fué la primera clase que se organizó en defensa de sus intereses contra la intromisión del cesarismo germánico en los destinos de España, fué también la clase que traicionó al movimiento cuando vió que éste rebasaba los fines perseguidos por la nobleza y se constituía en elemento de agitación para despertar la personalidad social de las otras clases.

Don Manuel Azaña, en su ensayo «El idearium de Ganivet» (1), dice al estudiar este importantísimo hecho histórico: «La contienda política se extendió a guerra social, a conflicto de clases, revolviéndose los pecheros sobre quienes gravitaban las cargas del reino, contra la clase nobiliaria, brazo ejecutivo de la Corona, de quien tenían, con los privilegios y mercedes correspondientes, el mando y disposición de las armas. El tercer estado y, en general, las llamadas hoy clases productoras, habían cobrado conciencia de su fuerza y de su inferior condición en el reino. Los motivos del rencor no han de buscarse en las estrellas: se puntualizan con minuciosidad de escribanos en los capítulos de Tordesillas. Pidieron, en suma, que la ley reconociese su importancia en el Estado. Resuelta la Corona a sofocar el movimiento de las ciudades mandó que los grandes señores y caballeros le acudiesen con las armas de su servicio. El odio acumulado en la clase llana estalló. Los comuneros protestaban de lealtad a la Corona. El furor re-

cayó en los caballeros al servicio de los tiranos».

Aparece bien patente la lucha de clases en el movimiento de las Comunidades de Castilla. La nobleza se sublevó contra la Corona, porque «los reyes fueron elegidos para regir y gobernar en paz y justicia, y defender los reinos de sus enemigos, y para conservar y sustentar sus reales estados, sin echarles muchas imposiciones... mas no para enajenar los reinos y quebrantarles sus leyes y libertades; el rey que tal cosa hace podía ser con justa causa desobedecido» Así lo afirma un documento de la época. Pero cuando la nobleza observa que en el desarrollo de la lucha los pecheros quieren llegar hasta el fin, no sólo acabando con el poder de una monarquía que enajena los reinos y pisotea leyes y libertades, sino también acabar con su servidumbre respecto a la nobleza, entonces, los nobles abandonan la lucha por las libertades del reino y se entregan en brazos del emperador para entre ambos poderes decapitar el movimiento de las Comunidades, lo que consiguieron con la degollación, después de la batalla de Villalar, de los caudillos Padilla, Bravo y Maldonado.

LAS GERMANIAS (HERMANDADES) DE VALENCIA

Movimiento coetáneo al de las Comunidades fué el de las Germanías de Valencia y Mallorca. Por su contenido social es un auténtico movimiento de lucha de clases. Entre la ingenuidad y malicia de los documentos de la época resalta siempre el elemento económico como origen de la guerra. Ya es sintomático que las Germanías tuvieran como jefe al obrero cardador Juan Lorenzo, y como individuos de la Junta directiva a Guillén Sorolla, tejedor de lana; Onofre Peris, alpargatero; Vicente Mocholi, labrador y dos marinos. Esta Junta elevó al rey un memorial de agravios contra la nobleza denunciando se trataba a los plebeyos como a esclavos. Hagamos constar, que si estos plebeyos se permitían presentar agravios contra la nobleza era porque constituían estamentos económicos que en la vida de relación de clases aparecían contrarios a los intereses de la nobleza y tenían conciencia de esa contradicción. Las Germanías fué un movimiento gremial que luchaba no sólo por asegurar las nuevas posiciones económicas de cada gremio sino también por conquistar posiciones políticas para intervenir

(1) Manuel Azaña: «Plumas y Palabras».

en la dirección de la vida civil.

Donde aparece la lucha de clases en su derivación política en el movimiento de las Germanías, es en septiembre de 1520, al proceder a la elección del racional (1) de Valencia, cuando rompiendo la tradición, los agermanados propusieron se eligiera para el cargo de racional a un artesano o menestral de cualquier gremio, lo que consiguieron por mayoría de votos, designando a seis artesanos para el cargo de compromisarios en la elección de racional, que fueron: Pedro Serrano, tintorero; Juan Cano, carpintero; Manuel Picó, comerciante; Andrés Manqui, zurrador; Baltasar Orlando, tintorero, y Juan Balaguer, especiero. La elección de racional recayó en el carpintero Juan Cano. Aquí vemos bien definida la interpretación marxista de que toda lucha política es una lucha de clases, y que la conquista de los poderes políticos es la misión revolucionaria de una clase en su lucha ascendente para la conquista definitiva del poder.

El movimiento de las Germanías, como el de las Comunidades, fué ahogado en sangre. Los principales líderes del movimiento, que en lo que se refiere a las Germanías eran todos artesanos, fueron ahorcados. La nobleza triunfó contra los gremios y contra los pecheros, pero a condición de dejar sus privilegios de clase a merced de la dinastía austríaca. El proceso lógico de la Historia de España queda paralizado. Las Comunidades Castellanas y las Germanías constituyen una realidad española en cuanto al proceso histórico y en cuanto a las relaciones de clases. Si el contenido económico de estos dos movimientos aparece adelantado en más de un siglo a la Revolución Inglesa y en más de dos siglos y medio a la Revolución Francesa, es porque España se había adelantado en tres siglos a los demás países en la constitución de su nacionalidad, desenvolviéndose con el auténtico perfil hispánico, hasta que intereses de dinastías extranjeras desviaron la ruta de España hacia rumbos que el pueblo español no sentía en su expansión conquistadora. La decadencia de España no hay que buscarla en el desgaste que le ocasionaron las guerras de conquista y colonización de América, ni tampoco en las guerras de religión que sostenía contra el resto de Europa. La decadencia de España hay que buscarla en la derrota de las Comunidades de Castilla y las Germanías de Valencia, que al

ser dominadas se dominó con ellas al espíritu español de lucha y expansión universal. La dinastía austríaca, como después la borbónica, reinaron contra España, y sofocaron con las armas todo intento de resurgimiento del pueblo español.

España aporta al resurgimiento económico universal, en los albores de la edad moderna, las primeras luchas por el predominio de una política burguesa contra la estructuración feudal de la economía. Fracasados los movimientos, como ellos respondían a un interés nacional, por el mismo hecho que se estanca el proceso de resurgimiento económico se estanca también el proceso de superación política, y desde el fracaso de las Comunidades y Germanías hasta 1900, la Historia de España aparece como una pugna entre clases indiferenciadas porque ninguna de ellas ha podido eliminar a las otras. Araquistáin lo define exactamente cuando dice: «Terrible y desalentadora historia, porque aquí ninguna clase acaba con las otras, y de ahí este estado de guerra civil permanente que es la Historia de España».

Aunque parezca paradójico, la falta de una lucha de clases desarrollada hasta el último extremo ha determinado la continua guerra civil de la Historia de España. Para rectificar esta falsa historia española, mejor dicho, para recoger la autenticidad social española, aparece el movimiento social español y como inmediato sucesor el Partido Socialista Obrero Español. El Partido Socialista se propone encanizar el movimiento social español por la lucha de clases para acabar definitivamente con la tara española de la guerra civil. ¿Lo conseguirá?

EL MANIFIESTO COMUNISTA

Decía A. Labriola que el Manifiesto Comunista era la partida de nacimiento del socialismo científico. Evidente: Todo movimiento socialista internacional, organizado en partido de clase, presenta el Manifiesto Comunista, redactado por Max y Engels por encargo del segundo Congreso de la Liga Comunista celebrado en Inglaterra del 29 de noviembre al 8 de diciembre de 1847, como su partida de nacimiento. Pero el Manifiesto Comunista es un documento histórico, que además de sentar los postulados de acción y organización de la clase trabajadora para el presente y porvenir, se halla encuadrado en el proceso lógico de la historia de la cultura y en el desenvolvimiento de las luchas socia-

(1) Contador mayor.

les que origina el predominio de la burguesía como clase poseedora y dominadora del Estado. Lenin ha definido exactamente la significación del marxismo al decir: «Marx fué el continuador y coronador genial de las tres corrientes fundamentales de ideas del siglo XIX, correspondientes a los tres países más avanzados de la humanidad: la filosofía alemana clásica, la Economía política clásica inglesa y el socialismo francés, en relación con las doctrinas revolucionarias francesas en general.» Y la síntesis de esta realidad económica, histórica y filosófica se halla expresada con maravillosa claridad en el Manifiesto Comunista. Documento que tiene hasta en su forma la categoría de un nuevo mensaje, que señala la terminación de una época histórica y el principio de una nueva era. En él se hallan enunciados los valores críticos de la realidad pasada y presente conteniendo a la vez el programa de acción para el futuro. Y como todo auténtico documento de influencia en los destinos de la humanidad, es profundo en el contenido y claro en la exposición. El laborista inglés Harold J. Las-ki dice: «El Manifiesto Comunista dió una dirección y una filosofía a lo que antes había sido poco más que una protesta incoada contra la injusticia. Creó un proletariado consciente, dando por primera vez a los obreros un elevado sentido de su misión Histórica... Es a la vez un epílogo y una profecía.»

Desde 1847 hasta el 3 de septiembre de 1866 el Manifiesto Comunista circula como documento clandestino que conocen pocos de los iniciados en el secretismo de la organización obrera, y es en la última fecha señalada que el Manifiesto Comunista alcanza el rango internacional a que estaba destinado históricamente. Los veinte años que van desde la aparición del Manifiesto Comunista a la constitución de la primera internacional obrera en Ginebra, son los veinte años durante los cuales la burguesía toma las riendas del poder en los países que habían realizado su revolución burguesa, como Inglaterra y Francia, o forma alianza con la nobleza y las dinastías para desarrollar su misión histórica de acuerdo con éstas, como en Alemania y Austria, pero en ambos casos oponiéndose a toda profunda conquista liberal y democrática, por cuanto con ellas es que se desenvuelve la potencialidad revolucionaria de la clase trabajadora. Lo que en 1863 fué la Asociación Internacional se convirtió en 1866 en la organización de hecho del primer Congreso que ha-

bía de cumplir la misión histórica del movimiento obrero con el nombre de Primera Internacional.

PRIMEROS NÚCLEOS SOCIALISTAS EN ESPAÑA

Dos años después aparecen en España los primeros núcleos del movimiento obrero con conciencia de clase. Coincide este despertar de la conciencia socialista con los años de prueba para el régimen constitucional de España, que en la revolución de 1868 alcanzó su máximo contenido social. En España no podía fallar la ley de todo movimiento revolucionario. Siendo la revolución del 68 la primera en que intervienen las masas populares, la misma revolución se encargó de anular la influencia de las milicias armadas de los «voluntarios de la libertad», con lo cual no se consiguió sino desarticular el movimiento liberal español del contacto del pueblo para que, en lo sucesivo, las luchas entre absolutistas y constitucionales, monárquicos y republicanos se convirtiera en pugna de caudillos, que para nada contaban con la voluntad del pueblo, temiendo que el pueblo «fuera demasiado lejos».

FUNDACION DEL P. S. O. E.

Los incidentes producidos en España entre aliancistas, discípulos de Bakunin, y los partidarios de la tesis marxista que inspiraba los comienzos del movimiento obrero internacional, han sido recogidos por los historiadores del movimiento social español (1). La llegada a España de Fanelli en 1868, que organizó en Madrid y Barcelona los primeros grupos, dándoles una orientación bakuninista. La división entre anarquistas y socialistas; Mora, Mesa, Iglesias y otros seis más entre los últimos, que completaron el célebre grupo de los nueve; la llegada de Lafargue que alentó y adoctrinó los primeros pasos del socialismo español; todos estos antecedentes pueden ser con-

(1) En la revista «Leviatan» se publicó una interesante bibliografía socialista. Para conocer los orígenes del socialismo español pueden consultarse «Historia del Socialismo Obrero Español», por Francisco Mora; «El Partido Socialista», «Historia de la Asociación del Arte de Imprimir» y «Pablo Iglesias educador de muchedumbres» por Juan José Morato; «Presente y Futuro de la U. G. T.» por Francisco Largo Caballero y «El Proletariado Militante» por Anselmo Lorenzo.

sultados en la bibliografía socialista que en estos días ha sido removida para documentación conmemorativa.

El grupo de los nueve actúa clandestinamente, y en 1879, reunidos en el histórico banquete de fraternidad universal, constituyen el Partido Socialista. Desde esta fecha hasta agosto de 1888, cuando adquieren organización nacional la Unión General de Trabajadores y el Partido Socialista Obrero Español, queremos registrar dos acontecimientos importantes que, a la luz de la crítica histórica, señalaban ya la fecunda acción del socialismo en los destinos de España. Estos dos acontecimientos son la intervención del Partido ante la Comisión de Reformas Sociales y la aparición de «El Socialista», órgano del Partido.

EL PARTIDO SOCIALISTA ANTE LAS REFORMAS SOCIALES

En 1884 se crea la Comisión de Reformas Sociales. Requeridos los socialistas para informar, lo hizo la Asociación del Arte de Imprimir, esa organización obrera a la que Juan José Morato titula muy justamente «La Cuna de un Gigante», con un documento que redactó Pablo Iglesias en la cárcel donde se hallaba cumpliendo cinco meses de condena. El Doctor Jaime Vera informó en representación de la Agrupación Socialista Madrileña. Todo cuanto el socialismo ha sido y es en su interpretación de la realidad económica y social de España; lo que ha sido y es como orientación de la clase trabajadora española; como doctrina y táctica; como lucha sindical y política; como pensamiento y acción; como realidad de cada presente y aspiración del futuro, todo se halla en estos dos magistrales informes, obra de dos espíritus selectos, trabajador manual el primero, e intelectual el segundo, síntesis ambos de la España de siempre que sabe reducir a términos de categoría universal la aparente intrascendencia del cotidiano vivir. Los informes de Iglesias y Vera, clarifican ante la conciencia de la clase obrera y del Gobierno representante de las oligarquías, las relaciones entre las clases sociales, que se hallan condicionadas por el enunciado marxista de la lucha de clases. Ante los oídos atónitos de los representantes del Gobierno, sueñan las palabras de un nuevo mensaje que lanza a la humanidad el socialismo, con términos científicos de la más fina aristocracia

intelectual por boca de Jaime Vera, y con un análisis despiadado de las condiciones en que vivía la clase trabajadora, para demostrar que burguesía y proletariado son clases irreconciliables, por boca de Pablo Iglesias.

APARECE «EL SOCIALISTA»

En 1886, dos años antes del primer Congreso del Partido, aparece «El Socialista» semanario. En el prospecto que anunciaba su aparición, se dice: «Así pues, el primero y principal propósito de «El Socialista» será procurar la organización de la clase trabajadora en partido político distinto y opuesto a todos los de la burguesía, desde el más retrógrado hasta el republicano federal. ¿Cómo tratará de cumplirlos? Defendiendo resueltamente, enfrente de dichos partidos, el programa del Partido Socialista Obrero Español». Y al final, después de enfocar el problema de la instrucción del proletariado, dice: «En una palabra, que la instrucción que se le dé (al proletariado) le haga ser buen soldado de su propia causa».

«La historia de «El Socialista» es la del Partido», dice Juan José Morato, y con ello define exactamente la historia del órgano oficial del Partido Socialista Obrero Español al servicio de la clase trabajadora. Como creación del Partido y a tono con la moral que Pablo Iglesias imponía a cuanto le rodeaba, «El Socialista», tanto en los tiempos heroicos de ayer como en los belicosos y mayormente heroicos de hoy, se caracteriza por el sentido de seriedad y responsabilidad que el socialismo español imprime a todas sus actuaciones.

Siendo semanario, cuando dirección, redacción, cajas, impresión y cierre eran obra de Pablo Iglesias y unos cuantos compañeros; cuando el Abuelo se dirigía epistolarmente a las secciones urgiéndolas el envío del saldo de tres o cuatro pesetas con las cuales poder liquidar los gastos de imprenta, «El Socialista» era el mismo que cuando Félix Galán, al cabo de los años, instala la nueva rotativa, adquirida con el aporte de todos los socialistas de España, cuando, a favor de la avalancha seudorevolucionaria, tener una imprenta y una rotativa era cuestión únicamente de cargarla en camiones o incautarse de ella sin pensar en el mañana. Es el mismo tono que desde Pablo Iglesias a Saborit y Zugazagoitia ha mantenido el diario, compaginando la pobreza material con la calidad de su doctrina, por la

que se convertía en el periódico de mayor influencia social de España.

En las columnas de «El Socialista» ha desfilado el pensamiento y acción del Partido Socialista Obrero Español, y semanalmente primero y día a día después, «El Socialista» ha sido la expresión integral de la vida social española, siempre con el mismo tono de seriedad y de profundidad, como quien sabe que trabaja en una obra indestructible, cimiento del porvenir español, para la que se necesitan materiales sólidos. Su misma continuidad es demostración de que ha cumplido y cumple una misión en la que nadie le puede reemplazar. En el torbellino de las luchas sociales de España, hemos visto aparecer y desaparecer empresas periodísticas de todas las tendencias; hemos visto cómo para perdurar, ciertos periódicos han tenido que cambiar el ideario político o convertirse en logrereros del poder oficial. Únicamente «El Socialista» ha mantenido sus cincuenta y dos años de vida unido al Partido Socialista Obrero Español, siempre el mismo, viejo por sus años y joven, más joven en el nacimiento de cada día, por la fortaleza de su influencia diaria en la conciencia de los trabajadores.

PRIMER CONGRESO DE LA UNION GENERAL DE TRABAJADORES

La creación, organización y sostenimiento de la Unión General de Trabajadores es obra de los socialistas. Pensamiento socialista fué el de los trabajadores de Mataró que el 12 de agosto de 1887 se dirigieron al Centro de Clases de Barcelona, urgiendo la celebración de un Congreso, para encontrar el medio de remediar la trágica situación de los trabajadores. Socialista fué el pensamiento de los compañeros del Centro de Clases de Barcelona que el tres de mayo de 1888 establecieron las bases para la celebración de un Congreso Nacional. De contenido socialista fué el Congreso celebrado en Barcelona los días 12, 13 y 14 de agosto de 1888, en el que un socialista, nuestro Pablo Iglesias, propuso se denominase al nuevo organismo obrero Unión General de Trabajadores de España, lo que se aprobó por unanimidad.

Nadie puede arrebatarse al Partido Socialista la gloria de haber sido alma y cuerpo de la Unión General de Trabajadores. Esta Central Sindical constituye la columna vertebral

de la clase obrera organizada y encauzada en la lucha de clases, porque el Partido Socialista le ha dado la doctrina y táctica necesarias para el cumplimiento de su misión histórica, y desde sus principios, en agosto de 1888, hasta hoy, rebasado el medio siglo, vemos a la U. G. T. unida al Partido Socialista Obrero Español, compartiendo con él el dolor de los tiempos de infortunio y alborozándose con él en la conquista de cada etapa de superación en la emancipación de la clase trabajadora.

Cuando analicemos los hechos históricos de mayor significación del Partido Socialista, hemos de recordar que con él estuvo la Unión General de Trabajadores. Ambos organismos forman un todo inseparable, repercutiendo en cada uno de ellos los problemas que afectan al otro. En nombre de no sabemos qué principios, quieren algunos sedicentes amigos de la U. G. T. defender su autonomía, aislarla de toda influencia política. Bien está si por eso se entiende el respeto a la tradición revolucionaria española que ha caracterizado a la Unión General de Trabajadores, pero si la autonomía de la U. G. T. se entiende aislarla de una dirección que la ha madurado para la lucha y a la que le debe su perfil revolucionario español, entonces hemos de afirmar, que no se trata de defender su autonomía sino de hipotecarla para provecho exclusivo de una finalidad partidista comprometida en maniobras sindicales de carácter internacional.

La U. G. T. es, en su aporte sindical, el complemento de un movimiento político, porque si no fuera político se desentendería de la lucha de clases. Influencias políticas en la U. G. T. las defenderemos siempre que sean de conformidad al contenido español de la revolución proletaria, consonantes con la tradición clasista que el Partido Socialista inculcó en las organizaciones obreras. Lo que combatiremos siempre es la influencia de un partido, el que sea, que sin apoyo mayoritario en las masas y sin historial revolucionario español, trate de escalar puestos de dirección con maniobras, menospreciando la voluntad de la clase trabajadora.

PRIMER CONGRESO DEL P. S. O. E.

Durante los días 23, 24 y 25 de agosto de 1888, se celebró el primer Congreso del Partido Socialista Obrero Español. Sus resoluciones son el resultado de un análisis realista,

dialéctico, que los hombres del Partido realizaron durante nueve años de vida legal, que tuvieron expresión en el programa del 20 de julio de 1879, aprobado por los grupos socialistas secretos de Madrid y Barcelona, ampliado luego por el aporte crítico de Jaime Vera y Pablo Iglesias en sus informes a la Comisión de Reformas Sociales y por la labor doctrinaria realizada por «El Socialista» desde hacía dos años.

El programa de 1888 se divide en dos partes fundamentales. La primera corresponde a la declaración de principios, señalando las aspiraciones del Partido Socialista, que se sintetiza en los siguientes términos: «Emancipación de la clase trabajadora; es decir, la abolición de todas las clases sociales y su conversión en una sola de trabajadores, dueños del fruto de su trabajo, libres, iguales e inteligentes».

En este enunciado vemos, junto a una aspiración económica; «la emancipación de la clase trabajadora», otra aspiración metafísica; la de hacer de los hombres, trabajadores «honrados e inteligentes». La última aspiración brota de una preocupación muy española, que se refiere a las relaciones y comportamiento del hombre ante la vida, por la que los españoles lo reducen todo a términos de valoración ética. La honradez será el distintivo del Partido Socialista Obrero Español y la preocupación de sus militantes. En cuanto al deseo de que los hombres sean inteligentes, es la manifestación de un complejo elaborado ante la comprobación diaria de que sólo la ignorancia impide que la clase trabajadora vea claro su objetivo histórico, sirviendo de instrumento de lucha a beneficio de sus explotadores.

La segunda parte del programa, es la de las medidas políticas y económicas inmediatas a conseguir. En ellas se comprueba la profunda labor de estudio de aquellos hombres a quienes no escapaba ningún detalle de la vida social española, aprovechándolos todos y convirtiéndolos en elementos de agitación, para sacudir la conciencia de los trabajadores, mostrándoles a la vez cuál era el Partido donde se defendían sus intereses.

Este programa demuestra también el tono de claridad, austeridad y consecuencia política que ha caracterizado siempre la actuación del Partido Socialista durante sus cincuenta años de vida nacional. Junto a la máxima aspiración ideal, la realidad inmediata de cada día que había que vencer. La lección constante de que para convertir en realidad el ideal

lejano, había que poner en la lucha de todos los días el mismo entusiasmo que para la lucha final. Sin fe para las luchas diarias no hay fe para la lucha de los grandes acontecimientos. El Partido Socialista Obrero Español demostró en 1888 que había de convertirse, no sólo en el Partido de la clase trabajadora sino también en el Partido de España, porque enseñó a los españoles a conquistar el porvenir con su propio esfuerzo, despreciando el favor oficial que sólo servía para eternizar en el poder a las oligarquías, serviles a los intereses de la dinastía borbónica contra los intereses del pueblo español.

1895 y 1898-GUERRAS DE ESPAÑA CON CUBA Y ESTADOS UNIDOS

España, «la de los tristes destinos», conducida por gobernantes que no tenían fe en el pueblo español, y que de España conocían no más allá de los aledaños del nepotismo oficial, tuvo que afrontar la liquidación de su imperio colonial. Los movimientos de insurrección de Cuba y Filipinas eran incontenibles, y sólo a gobernantes desconocedores de la situación internacional podía pasarles por la cabeza que la guerra de España con sus colonias se reducía a un conflicto interno en el que no tomarían parte otras potencias.

¿Cómo afrontar y resolver este problema? En él, como en todo conflicto en el que se ventila el porvenir de un pueblo, no hay términos medios. O se satisfacían las aspiraciones de cubanos y filipinos, su independencia inclusive, o se les dominaba por la fuerza. La primera solución era la histórica, conforme a los intereses de España; la segunda era imposible, no tanto por la imposibilidad moral y material de España para dominar a sus colonias como porque otras potencias en marcha imperialista ascendente veían en nuestras colonias posiciones de ventaja para su expansión.

La primera solución, la de resolver el problema conforme a los deseos de Cuba y Filipinas, la única beneficiosa para España, solamente la podía sostener un partido vinculado a la entraña de la España auténtica, enemigo de la España dinástica, que llevase en su seno los destinos de España. Ese fue el Partido Socialista Obrero Español. En su actitud de verdadero patriotismo fue secundado por muy pocos hombres; Francisco Pi y Mar-

gall, Joaquín Costa y Miguel de Unamuno entre ellos. Los demás partidos, movidos por la demagogia patrioter, desconocedores de la verdadera situación de España y del mundo, se embarcaron primero en la guerra contra Cuba y Filipinas y después contra los Estados Unidos. Sólo el Partido Socialista Obrero Español en actos públicos y por intermedio de sus órganos de prensa, «El Socialista» de Madrid, «La Lucha de Clases» de Bilbao y «Vida Nueva», supo mantener su dignidad española sufriendo el insulto soez, la vil calumnia, la persecución arbitraria de una España decadente, dirigida por gobernantes incapaces de comprender, y mucho menos sentir, cómo se les escapaba una ocasión propicia para dignificarse ante España y ante el Mundo.

Pero lo que asombra, y nos llena de orgullo como socialistas y españoles, es ver el modo consecuente de comportarse el Partido, haciendo de la guerra de ultramar una bandera para la dignificación de España, para la defensa de nuestros postulados internacionalistas y una demostración a la vez de la lucha de clases que las guerras llevaban consigo.

«El Socialista» de entonces aparece con su voz conminatoria: «O todos o ninguno». Como muy bien decía en un editorial: «Allá van los esclavos blancos a combatir a los esclavos negros». La campaña contra la guerra emprendida por el Partido Socialista en aquellos años de vergüenza dinástica, le hacen acreedor a la admiración de todos los españoles, y lo sitúa en puesto de preferencia entre todas las secciones de la Internacional Socialista, por haber mantenido con tanta firmeza los postulados pacifistas de la Internacional.

Fué una campaña ruda en defensa de la clase trabajadora personificada en los soldados, y contra las oligarquías militarista, clerical y latifundista. «O todos o ninguno», porque se tenía la convicción, que de ir todos, no hubiera ido nadie, porque para la mentalidad patrioter de entonces, las guerras servían a las clases dominantes para conquistar gloria y riqueza, pero con el sacrificio exclusivo de la clase trabajadora. Y el Partido Socialista, en su perseverante campaña contra la redención a metálico, por la que los ricos eludían su deber militar, hizo impopular la guerra, la desprestigió ante los ojos y conciencia del pueblo, demostrando, que lo que se ventilaba en las guerras de ultramar no eran la dignidad ni el interés de España, por cuanto la dignidad

y el interés de España estribaban en respetar la voluntad de cubanos y filipinos, si no el interés de las oligarquías y la dinastía borbónica empeñadas en hundir a España en el mayor de los oprobios.

«O todos o ninguno». O como muy gráficamente lo decía el compañero Juan José Morato en «El Socialista»: «Y los que quieran la guerra que formen batallones de voluntarios y la mantengan por su cuenta; que envíen a ella a sus hijos.

«No en el Real, ni en la Plaza de Toros, ni en la Calle de Alcalá, ni en La Puerta del Sol; ¡En la manigua está el puesto de los patriotas!»

Insistamos: por haber sabido fundir el auténtico interés del pueblo español con los postulados internacionalistas y el imperativo de la lucha de clases, la posición asumida por el Partido Socialista Obrero Español frente a las guerras de 1895 y 1898 contra Cuba y Filipinas y Estados Unidos, es una lección de historia para todas las secciones de la Internacional Socialista y un motivo de satisfacción y orgullo para los socialistas españoles.

1904-CREACION DE LAS JUVENTUDES SOCIALISTAS

La actitud del Partido Socialista durante las guerras coloniales le dieron un prestigio que cada vez se consolidaba más en la conciencia del pueblo. En los comicios municipales y de diputados no podía apreciarse el valor efectivo del Partido Socialista en España, por cuanto la España oficial, apoyada por el caciquismo, obra suya a la vez, burlaba la voluntad del pueblo y escamoteaba los resultados electorales.

Pero el Partido Socialista seguía la línea que se había trazado, no solamente atacando por todos los frentes a su enemigo de clase, sino también dotándose de aquellos organismos y elementos indispensables para completar su acción revolucionaria. Y en este plan de fundación de nuevos organismos aparecen las Juventudes Socialistas.

La primera Juventud Socialista fué organizada en Bilbao el 7 de enero de 1904 por Tomás Meabe. Desde su origen, y en armonía entre el espíritu de su fundador y la misión histórica que iban a cumplir, las Juventudes Socialistas han sido ejemplos de combatividad, disciplina, sacrificio, capacitación y sentimiento de clase. Se las designó vanguardia del Par-

tido Socialista, es decir, no fueron creadas para vivir fuera del Partido ni contra el Partido, sino en el Partido, en la vanguardia del mismo, ejecutoras de los mandatos del Partido, que son los propios mandatos de la Juventud Socialista.

Si algo ha diferenciado a las Juventudes Socialistas del Partido, ha sido el tono, la vehemencia. La exteriorización del pensamiento y la acción aparecía más acusada en las Juventudes, aunque en el fondo obedecían a un mismo ritmo histórico, a una misma concepción de la vida, a idéntico comportamiento moral. Por eso eran Juventudes Socialistas que junto al Partido lucharon por la emancipación de la clase trabajadora. Y de lo que ellas fueron capaces de hacer, la Historia de España y del proletariado internacional lo registrará con orgullo y lo señalará como ejemplo a imitar, cuando se valoricen las actividades de la Juventud Socialista de 1930 a 1935.

En cumplimiento de acuerdos, respondiendo a la tradicional lealtad que aprendieron del Partido Socialista, las Juventudes Socialistas ingresaron en la Juventud Socialista Unificada. En el momento de realizar la unificación de las Juventudes Socialista y Comunista, Francisco Largo Caballero, invitado a hablar, dijo: «Yo espero que esta unificación no sea simplemente una unificación orgánica. Es preciso, la historia nos lo impone, que esa unificación, además de orgánica, sea ideológica. Los que aspiramos a realizar una revolución social no podemos fiarlo todo a la unidad orgánica. Sin la unidad ideológica, con la orgánica no seríamos más que mesnadas sin ninguna eficacia.» Estas palabras del compañero Largo Caballero fueron refrendadas con una ovación, porque ellas eran el eco del íntimo sentir revolucionario de las Juventudes Marxistas.

¿Qué se ha hecho de aquella emoción revolucionaria? ¿Dónde están las Juventudes Marxistas? Que no se nos venga con el estribillo de que en la trinchera o en la retaguardia se hallan cumpliendo con su deber, porque ese es el imperativo de todos los españoles y nadie presenta factura por ello. Pero el cumplimiento de ese deber no obliga al olvido de convicciones ideológicas para la defensa de las cuales se creó la Juventud Socialista Unificada, y si ellas no responden al contenido ideológico que las dió vida, es porque han sacrificado las ideas al aparato orgánico. No nos debe extrañar. Se ha dicho que la virtud fun-

damental del Partido Socialista Unificado de Cataluña es no ser socialista ni comunista. La J. S. U. también tiene la virtud de no ser socialista ni comunista. ¿Y en qué fichero ideológico colocaremos a quienes no son socialistas ni comunistas?

Si la desviación que han sufrido las Juventudes Marxistas obedece a la desviación que se impusieron los dirigentes poco después de la unificación, resucitando antecedentes del más bajo estilo politiquero, es deber de los partidos socialista y comunista velar por la educación marxista de las Juventudes españolas, para que ellas no se conviertan en «mesnada sin ninguna eficacia», cuyo peligro señalaba el compañero Largo Caballero.

Tomás Meabe no creó ni educó a las Juventudes Socialistas para que se convirtieran en cofradías de ceremonia para marcar el paso en los desfiles, sino que las creó y educó para que sirvieran como organismos de acción en la tarea emancipadora del proletariado.

GUERRA DE MARRUECOS

En cumplimiento de acuerdos del Congreso de Stuttgart, los Partidos Socialistas francés y español emprendieron una campaña internacional de agitación contra la guerra que España y Francia iban a emprender en Marruecos. Pablo Iglesias habló en París en un mitin contra la guerra y en Madrid lo hizo el diputado socialista francés Willm. Expulsados ambos, casi se cruzaron en la frontera, para demostrar, que si los trabajadores de ambos países eran enemigos de la guerra, los gobiernos, velando por los intereses del capitalismo, la deseaban, la preparaban y la desencadenaron.

Para el movimiento social español, la guerra de Marruecos fué de gran repercusión, porque a causa de ella se originaron los sucesos en 1909, con el hecho culminante de la semana trágica en Barcelona. El pueblo español demostró su capacidad innata de rebeldía y de lo que sería capaz de realizar cuando fuera conducido por cauces de acción organizada y disciplinada.

Si la acción violenta de los sucesos de 1909 tuvo mayor relieve en Cataluña, la lucha sistematizada y la acción orgánica por toda España contra el envío de tropas a Marruecos la sostuvo el Partido Socialista, empezando por protestar y pedir a sus agrupaciones y a las sociedades obreras intensificaran y mantu-

vieran la protesta, según manifiesto del 2 de julio redactado por el Comité Nacional. Nuevamente salió a relucir la campaña contra la redención a metálico y el «O todos o ninguno» se convirtió en argumento moral contra la aventura marroquí.

Los sucesos de 1909 ocasionaron a la clase obrera gran cantidad de prisiones, destierros, condenas y fusilamientos, uno de estos el de Francisco Ferrer Guardia. Sobre la clase trabajadora gravitó el peso de esta conmoción social y a su esfuerzo se debió que la conciencia liberal del mundo asfixiara la situación del Gobierno español, que tuvo que dimitir cuando se estaba organizando la manifestación madrileña del 24 de octubre, cuya convocatoria firmaban en primer lugar Pablo Iglesias y García Cortés, por el Partido, y Vicente Barrios por la Unión General de Trabajadores.

Contra la guerra de Marruecos tronó constantemente la voz de Pablo Iglesias en la calle y en el Parlamento, llegando a amenazar en su indignación con la rebelión de los obreros si se enviaban más hombres al Rif. Como si la videncia de nuestro Abuelo, saturado de la más pura esencia popular española, hubiera llegado a intuir, que allí en Marruecos las armas del fascismo iban a asestar a España la puñalada traidora más ignominiosa que registra la historia de los pueblos.

Pero la guerra de Marruecos, con los sucesos de 1909, dió lugar a un gran acontecimiento político que pasamos a comentar.

LA CONJUNCION REPUBLICANA NO SOCIALISTA

La unión de socialistas y republicanos es un viejo problema que ha venido preocupando al Partido Socialista desde los primeros tiempos de su fundación. En 1886, al discutirse las bases que habían de regir el ideario político de «El Socialista», Jaime Vera, en desacuerdo con la base cuarta, que establecía «combatir a todos los partidos burgueses y especialmente la doctrina de los avanzados», se alejó de la vida activa del Partido y con él otros muchos afiliados.

El problema volvió a plantearse con caracteres agudos en 1903, cuando Antonio García Quejido, Matías Gómez Latorre, Luis Villaoz, Julián Aguilera y Andrés Bolonio presentaron a la Agrupación de Madrid una proposición tendiente a establecer alianza con los partidos republicanos. La proposición no fué aceptada

por el Comité Nacional ni tampoco por el Partido manifestado en referéndum. En 1909 de nuevo se plantea la unidad de acción con los partidos republicanos, la que se logra al fin con la llamada conjunción republicano-socialista.

Los sucesos de 1909 habían evidenciado la inestabilidad del régimen monárquico, que si pervivía era debido a la falta de un partido republicano bien estructurado, capaz de llegar a la entraña de los intereses de la clase media, nueva burguesía y proletariado, recogiendo la disconformidad popular, marchando decididamente a la instauración de la República. Acontecimientos políticos posteriores demostraron, que los únicos que temían a la República eran los republicanos, y cuando al cabo de los años la República fué una realidad, aquellos republicanos que injuriaban a los socialistas por sus reservas a la conjunción, fueron los que la traicionaron.

El Partido Socialista se situaba ante el problema de la conjunción con los republicanos en términos de pura dialéctica marxista. No se puede valorizar los compromisos de un Partido obrero con otros partidos de un modo inmovible, absoluto. Las alianzas, llámense de Conjunción o de Frente Popular, no son una finalidad sino un medio. Las necesidades de cada momento determinan su eficacia, y no pueden convertirse en programas de acción para todo momento y en todos los medios. Justa fué la posición de Pablo Iglesias en 1886 y 1903 oponiéndose a la conjunción con los republicanos, por cuanto hubiéramos heredado el desprestigio público de éstos por su claudicación ante los poderes dinásticos durante las guerras coloniales. Pero las conmociones sociales de 1909, llevadas a cabo por la acción revolucionaria de la clase obrera, crean una nueva relación de fuerzas. Las huelgas imponen la necesidad de una nueva etapa en el avance político de España, y esa nueva etapa de progreso social llevaba consigo la implantación de la República. Es entonces que el Partido Socialista va a la conjunción en términos que impiden toda duda, expresados por Pablo Iglesias cuando dijo: «Nosotros mantenemos en toda su pureza los ideales del Partido Socialista, o sea la igualdad social; nosotros opinamos que la Iglesia es un soporte del régimen burgués y que otro soporte es el Ejército, y nosotros no sacrificaremos ni ahora ni nunca nada, absolutamente nada de nuestro programa. Por una necesidad que es común a

todos los que aquí nos congregamos, por defender las libertades políticas y darles las garantías posibles dentro del régimen social presente, hemos llegado a la unión con el partido republicano, y vamos a esta unión con tal sinceridad, con tal abnegación, con tal lealtad, que nadie podrá sobrepujarnos.»

El imperio de la necesidad condicionando las relaciones del Partido Socialista con los demás partidos, pero no la necesidad del Partido como entidad aislada, sino en cuanto conductor del proceso revolucionario. Es ahora cuando se aprecia la justa posición de Pablo Iglesias, su interpretación dialéctica al enfocar las relaciones del Partido Socialista con los otros partidos. Las alianzas, sean de Conjunción o de Frente Popular, no son finalidades del movimiento obrero revolucionario, son necesidades de determinado tiempo en determinado medio. Por eso consideramos, que la llamada consigna del Frente Popular, lanzada a los cuatro puntos cardinales para todos los pueblos, no pasa de ser una elocubración retórica de la Tercera Internacional, lo prueba el hecho de que el Frente Popular no ha cuajado sino donde hacía falta, en España y Francia, en el resto de los países con movimiento obrero de clase ha sido una consigna muerta.

La conjunción republicano-socialista de 1909 nos demuestra también, lo improcedente, lo antirevolucionario que resulta el hacer concesión de principios a los partidos representantes de la burguesía, por muy avanzados que sean, porque nadie puede eludir la escisión final. Son intereses antagónicos que renacen de nuevo tan pronto como se llena la etapa para la que ha sido convenida la alianza, y hacer de ésta una posición incommovible, defenderla haciendo abstracción de las finalidades que persigue el movimiento obrero, es sacrificar el fin a los medios, cosa que podrán hacer otros, los que hayan conquistado posiciones definitivas en el proceso revolucionario internacional, pero que los socialistas no podemos hacer sin desmedro de nuestra significación de vanguardia de la clase obrera nacional e internacionalmente organizada.

AGOSTO DE 1917

Desde 1909 a 1914 España pasó por un período de intensa agitación social. La huelga general de los mineros vizcaínos en 1910; la huelga general en toda España en 1911, cuyo

desarrollo parece más bien una maniobra para ahogar la protesta del pueblo español contra la guerra de Marruecos; la campaña contra la ley de jurisdicciones; el asesinato del señor Canalejas en 1912 con la consiguiente campaña de la burguesía contra Pablo Iglesias y otra, paralela de adhesión a nuestro Maestro por los trabajadores.

La guerra europea de 1914 polarizó la preocupación de la opinión política internacional, y ante ella tomaron posiciones todos los partidos. El Partido Socialista Obrero fijó su posición en el Congreso de 1915, de adhesión a los aliados, reconociendo el origen imperialista y capitalista de la guerra.

Las necesidades de consumo de los países aliados, particularmente de Francia, determinaron que casi todas las actividades económicas de España se dedicaran a la exportación. La sed inmoderada de ganancias impuso unos precios a las subsistencias inaccesibles para las posibilidades económicas de la clase trabajadora. Con el propósito de llamar la atención del Gobierno, el Partido Socialista Obrero Español y La Unión General de Trabajadores iniciaron una campaña por toda España contra la carestía de la vida. Ante el resultado nulo de la misma, previo un compromiso de acción común con la Confederación Nacional del Trabajo, se organizó la huelga general de protesta, cuya derivación era revolucionaria. Así lo exigía la intromisión del Ejército, con las célebres Juntas de Defensa, en la política gubernamental obstaculizando la labor de los Gobiernos; el descontento general de la clase media; el renacimiento del nacionalismo catalán y la reunión de la Asamblea Parlamentaria, como una protesta ante la humillación impuesta por la monarquía al poder legislativo. La huelga general ferroviaria precipitó los acontecimientos y el 13 de agosto estalló el movimiento.

El proletariado cumplió dignamente su deber. El movimiento fué dominado con extrema violencia. Contra los huelguistas empleó el Gobierno todos los resortes de represión, distinguiéndose el Ejército por la crueldad sanguinaria con que ametralló a las masas. Los compañeros del Comité de Huelga, compuestos por Andrés Saborit, Anguiano, Julián Besteiro y Francisco Largo Caballero, fueron condenados a muerte, conmutándoseles la pena a treinta años de reclusión que comenzaron a cumplir en el penal de Cartagena.

Contra el digno comportamiento de los trabajadores y sus dirigentes, apareció la traición de los traidores de siempre; los republicanos históricos, acaudillados por esa calamidad pública de Lerroux y por el reformista Melquíades Álvarez. Únicamente Marcelino Domingo y otros pocos dirigentes republicanos supieron colocarse a la altura de las circunstancias.

¿Qué significación tiene la huelga revolucionaria de agosto de 1917 para el movimiento obrero nacional e internacional? Nacionalmente demostró, que la única clase capaz de conducir a España a un Estado de relación ciudadana, regido por normas de derecho, era la clase trabajadora. Las oligarquías que se sucedían acaparando el poder no sintonizaban con el imperativo de los tiempos ni respondían a la capacidad de organización y acción de la clase trabajadora. El Estado oficial era inferior al pueblo. Los organismos de administración del Estado funcionaban contra el pueblo. Un divorcio insalvable separaba a las clases laboriosas del Estado.

¿Qué se pretendía con la huelga de agosto de 1917? Concretamente el cumplimiento de la ley constitucional; un régimen de legalidad y de responsabilidad para gobernantes y gobernados. Cuando una clase social dueña del poder tiene que vulnerar sus propias leyes, es que ha fracasado en su misión histórica, y aparece entonces la clase que recoge el patrimonio nacional para dar prestigio a la función del poder. En España, país de paradojas políticas, fué el Partido Socialista el encargado de realizar un movimiento para enseñar a una monarquía constitucional a cumplir la Constitución, y como recompensa a su labor, ver que las masas organizadas por el Partido Socialista sufrieran en su propio cuerpo la venganza de los llamados partidos cuya única razón de existir hubiera sido la defensa de la Constitución. Años después nos sucedería lo mismo con los republicanos.

Internacionalmente la significación de la huelga de agosto de 1917 es muy digna de tenerse en cuenta. El movimiento, el de más honda repercusión social en España hasta entonces, estalló en agosto, dos meses antes que la revolución rusa de octubre. Si tenemos en cuenta que España no había intervenido en la guerra; que los resortes represivos del poder permanecían intactos; que no había descomposición del Ejército en cuanto oligarquía,

después de la depresión política de tres años de guerra; si tenemos en cuenta estos condicionadores, comprobaremos que la huelga revolucionaria en 1917 es un guión en el resurgir del movimiento obrero internacional y una demostración de la capacidad revolucionaria y responsabilidad histórica de la clase trabajadora española dirigida por el Partido Socialista.

VISPERAS DE LA DICTADURA

Años 1918, 1919, 1920 y 1921; marejada sindicalista. Angel Pestaña y Salvador Seguí aparecen como repentinos innovadores de una teoría sindical que, sin embargo, era tan vieja como la misma Internacional, es decir, tenía de viejo lo auténticamente marxista, lo eterno. Lo que aparecía como nuevo era lo que fracasó y sirvió únicamente para dar lugar a la creación de los sindicatos libres y a esa vergüenza del movimiento obrero que conocemos por pistoleroismo. Muy pronto Pestaña y Salvador Seguí son desautorizados por los sindicalistas incapaces de comprender el determinismo político de las luchas sociales. Salvador Seguí cayó asesinado por una turba de malvados. El mismo Pestaña se salvó gracias a una intervención parlamentaria del compañero Indalecio Prieto, a quien intentaron asesinar también dos individuos de los sindicatos libres. Organizador de esta campaña de crímenes fué el epiléptico general Martínez Anido.

Influencia de la revolución rusa. El proletariado español mira a Rusia y en ella ve la ruta de su emancipación. Los rusos no supieron responder a esta inquietud. Los veintitún puntos de Moscú desmoronan el entusiasmo del proletariado español. El Partido Socialista Obrero Español se había adherido a la Tercera Internacional, pero las veintitún condiciones impuestas por Moscú hicieron fracasar el deseo. El «Proletarios de todos los países, uníos», de Marx y Engels, fué convertido por los bolcheviques en «Proletarios de todos los países, desuníos». En España, los escisionistas, no contentos con haber dividido al partido obrero, se dedicaron a perseguir socialistas, y en Bilbao nos asesinan al compañero Ernesto García y en Madrid al compañero González Portillo. La novedad de los veintitún puntos de Moscú, puesta en práctica por los bolcheviques españoles, se redujo a heredar la parte negativa y desprestigiada del anarquismo.

mo. El Partido Socialista resistió aquella ola de odio infecundo de los hermanos de clase y demostró que nada se podía contra él, porque se había convertido en espíritu de la clase trabajadora.

En 1921 el desastre de Annual. La guerra de Marruecos era de hecho un negocio exclusivo de Alfonso de Borbón. Para su provecho moría en Marruecos la flor de la juventud española y Annual llenó el colmo de la inmoralidad de la casa real.

Responsabilidades. El pueblo quiere responsabilidades concretas, personales. Un crimen de tal naturaleza, en el que para satisfacer caprichos de Alfonso de Borbón mueren más de diez mil españoles, no puede diluirse en unas responsabilidades de orden técnico para salvar a unos hombres y al régimen que representan. El Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores son los dos organismos que mayor empeño ponen en la tarea de acusar a los traidores e incapaces. El discurso de Indalecio Prieto en el Parlamento fué una catapulta que hizo temblar a las instituciones monárquicas. Como siempre, Lerroux y Melquiades Alvarez se colocaron al lado de la monarquía, no querían responsabilidades porque sabían que ellos incurrian en ellas. El diario republicano «El Progreso», de Barcelona, órgano de Lerroux, emprende una campaña contra Prieto, y nuestro compañero responde con su estilo inconfundible, desenmascarando al arrivista y traidor emperador del Páralelo.

Y, al fin lo inevitable. El expediente Picasso revelaba la complicidad del rey en el desastre de Marruecos; los socialistas permanecían inmovibles en su propósito de llegar hasta la acusación pública contra el rey, y para salvar a este cretino y a la monarquía se fraguó el golpe militar de Primo de Rivera, general palaciego y juerguista, señorito andaluz sin freno para la satisfacción de sus apetitos, tipo representativo de la casta militar española de novela pornográfica, déspota para los de abajo y servil con los de arriba.

DICTADURA MILITAR

El pueblo no quería la guerra de Marruecos, pero la casta militar, de acuerdo con la casa real, consideraba la guerra de Marruecos como una granjería. En el Parlamento los socialistas insitían cada vez con más energía

su intervención antiguerrera; en el Parlamento y en la calle. Y para acallar la voz del Partido Socialista el general Primo de Rivera se proclama en Barcelona dictador de España.

El 6 de septiembre de 1921 el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores se dirigen en un manifiesto al país, firmado por F. Largo Caballero, Julián Besteiro, Andrés Saborit y Pablo Iglesias, pidiendo el abandono de la aventura militar de Marruecos. El 10 de septiembre se declara en Santander una huelga general de veinticuatro horas como protesta contra la guerra. Por esos mismos días, Andrés Saborit, con ocasión del Congreso de la Federación Gráfica Española que se celebraba en Valladolid, convierte el Congreso en una manifestación contra la guerra, exigiendo a la vez responsabilidades. Dos días después, el 13, por la madrugada, Primo de Rivera se convierte en Dictador y desaparece para siempre de España la comedia del régimen monárquico constitucional.

Estamos en régimen de Dictadura Militar. ¿Qué se han hecho los liberales y reformistas partidarios de la Constitución? ¿Dónde están los republicanos defensores de la democracia? ¿Qué queda de anarquistas y comunistas que hacían de la protesta y la revuelta un sistema, para quienes todo el mundo estaba vendido a la reacción? Soledad de soledades, todo es soledad. España se ha convertido en un cadáver político. Un general juerguista, secundado por los de su casta, previo acuerdo con la felonía del rey, y contando con la indignidad y cobardía de los políticos turnantes, se ha convertido en el amo de España. Todos se doblan, casi todos lo aplauden.

¿No hay organizaciones que salgan por la dignidad del pueblo español? Las hay. No podían faltar. El pueblo español tenía sus representantes y éstos cumplieron con su deber. EL PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPAÑOL y la UNION GENERAL DE TRABAJADORES recogieron la indignación de España y la lanzaron al rostro de la dictadura, y es que únicamente el Partido Socialista y la U. G. T. podían salir por la dignidad de España, porque ellas constituían la única garantía de seriedad y amor desinteresado a la clase trabajadora. Eran continuidad de la historia de España, de la España democrática y liberal, de la España trabajadora, por eso se enfrentaron ellas, únicamente ellas, contra la España reaccionaria, monárquica, militarista y clerical. Lo demás era negativo, tur-

bio en su origen y más turbio aún en su desarrollo.

El mismo día 13 aparece un manifiesto del Partido y de la Unión denunciando al pueblo español el crimen que acababa de realizarse contra las libertades de España, informando a la vez los verdaderos móviles que guiaba a la dictadura, que eran salvar al rey de las responsabilidades en la guerra de Marruecos y salvar a la monarquía que se desmoronaba. Y al pie de esa protesta, aparecen los tres hombres que en nombre del Partido Socialista y la U. G. T. firman siempre juntos los documentos que salvan la dignidad de España y de la clase trabajadora, cuando llega la hora de acusar y de cargar con responsabilidades: FRANCISCO LARGO CABALLERO, JULIAN BESTEIRO y PABLO IGLESIAS.

Y dos días después, el 15, una nueva nota del Partido y la U. G. T. ratificándose en su posición de repulsa al golpe militar y advirtiéndolo a los trabajadores no tomaran ninguna actitud que no fuera la que dimanara de órdenes de los organismos responsables del Partido y la U. G. T.

Ante la deserción de todos los demás partidos, la Dictadura se apodera de los resortes de gobierno. ¿Cuál debe ser la conducta de la clase trabajadora frente a esta nueva situación? Dos tendencias bien diferenciadas aparecen en el panorama político. Para unos, los que hacen del proceso revolucionario una cuestión de interés personal, la dictadura debiera desaparecer cuanto antes para dar lugar a una situación constitucional. En esto convenían monárquicos que consideraban al rey prisionero de la Dictadura y republicanos que, acostumbrados a pactar con el Rey, no veían en la Dictadura si no un obstáculo para sucesivos pactos.

Frente a este criterio estaba el de los socialistas. Dictadura y Monarquía constituían un todo orgánico indivisible. Si la Dictadura se estableció para salvar a la monarquía, comprometerse en conspiraciones tipo siglo XIX era dar a la Dictadura únicamente un carácter de Gobierno y no una significación de régimen. Suicida a la vez era querer desplazar a la Dictadura por procedimientos de violencia, cuando la casta militarista se hallaba comprometida en el asunto, porque la Dictadura no sólo aparecía para salvar el régimen monárquico, sino también a la casta militar. ¿Con qué fuerza contaban los conspiradores para derrocar la dictadura militar si poco antes ha-

bían desaparecido de la vida pública? Indudablemente daban a la dictadura la misma significación de uno de los gobiernos turnantes del antiguo régimen, que podía ser desplazado por una crisis de zancadilla.

Contra este criterio simplista, el Partido Socialista sostuvo una posición dialéctica, marxista, revolucionaria. La Dictadura era el fin de un proceso de decadencia del régimen monárquico ante el que había que situarse de conformidad al contenido de la lucha de clases para la conquista de una etapa política superior inmediata. Presentar al frente reaccionario feudal, militarista y clerical, un frente de lucha obrero, en el que se sintieran interpretados a la vez los intereses de la clase media y pequeña burguesía de contenido político democrático. Y lo mismo que durante la monarquía el Partido Socialista afrontó serenamente los insultos de la demagogia republicana y de la incompresión del sector obrero apolítico, por combatir al Estado no sólo desde fuera sino en sus propios reductos políticos y administrativos, también tuvo que sufrir los insultos de esos mismos republicanos y de esos mismos apolíticos, auxiliados ahora por la insesatez bolchevizante, que no tuvieron valor para combatir a la Dictadura y que iniciaban su nueva existencia combatiendo al Partido Socialista.

Gracias a la actitud dialéctica del Partido Socialista durante la Dictadura se salvó el movimiento obrero y fracasaron las aspiraciones de consolidar un Estado totalitario, tipo fascista, porque las masas, elemento fundamental del fascismo, encontraron en el Partido Socialista Obrero Español al guía seguro que las conducía a la meta de su reivindicación social. A esta maravillosa obra histórica llaman algunos «colaboración del Partido Socialista con la Dictadura». La mentalidad de estos tales debe corresponder a una academia fascizante, pues sólo un fascista puede afirmar tal cosa, después que los hechos han demostrado, que la posición del Partido Socialista era la única revolucionaria.

LA REPUBLICA

La segunda República es inconcebible sin el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores. Los hechos lo demuestran. Cuando los enemigos de la Dictadura se convencieron de que nada se resolvía fraguando conspiraciones de un romanticismo más o me-

nos desinteresado; cuando vieron bien claro que los caudillos militares que consideraban indispensables para la sublevación, no iban movidos por motivos sociales sino por antagonismos de jerarquía profesional, entonces comprendieron que sólo en un movimiento de tipo social podrían encontrar la fuerza para derrocar la Dictadura. Y quienes se habían entretenido calumniando al Partido Socialista y a la U. G. T. pidieron parlamento para tratar en serio de una revolución política como única medida eficaz contra la Dictadura. Es conveniente hacer resaltar, que las fuerzas militares comprometidas en el movimiento exigían para ello, como demostración de seriedad, la participación en el mismo del Partido Socialista y la U. G. T.

La posición del Partido Socialista, consecuente con su actitud de siempre, fué inmovible: Un movimiento con el único fin de liquidar la Dictadura, no: contra la Dictadura y la Monarquía, sí. Se deslindaron los campos. Se desenmascaró a quienes querían derrocar la Dictadura para continuar con la vergüenza política de los partidos turnantes. El proceso de descomposición de la Dictadura era efecto de la descomposición de la Monarquía, y en la lucha definitiva querían aplastar el efecto para dejar intacta la causa.

Se impuso el criterio del Partido Socialista. Si fracasó la sublevación militar de diciembre del 30, en la que tan heroicas páginas escribieron Galán y García Hernández, la avalancha popular se hizo incontenible, hasta que el 14 de abril del 31 se convirtió en realidad lo que hasta los republicanos veían imposible: la República.

A esta posición firme del Partido Socialista Obrero Español la titulan algunos indocumentados, calumniadores de oficio, colaboración con la Dictadura. No sabemos qué será más despreciable en estos individuos, si su perversión o su incapacidad, pero son malvados por la misma razón de que son ignorantes. Un complejo de inferioridad les hace impotentes para admirar cualquier obra grande, y su misión queda reducida a babear calumnias de resentimiento contra todo.

1931-1934

La República se anunciaba como una realidad inmediata para después de destronado Alfonso de Borbón. ¿Pero qué República y con qué contenido? El Partido Socialista se

comprometió a cumplir la etapa democrático-burguesa de la República, y a eso se consagró durante el bienio del Gobierno Azaña. Analizada ahora la labor de los ministros socialistas, especialmente la del compañero Francisco Largo Caballero, se comprueba que el Partido no sólo aseguraba el contenido democrático-burgués de la República, sino que estructuraba el movimiento social de tal modo, que todas las finalidades revolucionarias de la clase trabajadora encontraban cauce propicio para su desarrollo en la misma legislación.

La burguesía reaccionaria y la aristocracia de la tierra así lo comprendieron, y contra la representación socialista en el Gobierno emprendieron la campaña más inmoral y desahorada que registra la historia de la vida política española. Las sedicentes izquierdas, desde lerruxistas, pasando por radicales socialistas de izquierda y comunistas, hasta los anarco-sindicalistas, no lo comprendieron así. En las organizaciones obreras, comunistas y anarquistas, el instinto de clase les debió haber hecho comprometer el por qué de aquella campaña, qué fines perseguía la reacción y por qué se sumaban a ella los republicanos históricos de Lerroux, el mismo que en 1921 se opuso a exigir responsabilidades a la Monarquía por el desastre de Annual; el que después no titubeó en entregar la República a los monárquicos. No lo comprendieron así y se sumaron a la campaña, fueron los más ardientes calumniadores, y entre todos lograron que la República cayera en manos de Lerroux.

Roto el compromiso de los socialistas con los republicanos, comparece el Partido Socialista ante la opinión pública, y una vez más se demuestra, que es el único Partido consubstancial con la democracia española y con la revolución proletaria.

Pero el Partido Socialista no podía entretenerse, a estilo de la irresponsabilidad de otros sectores obreros, con críticas de oposición a la labor de los gobiernos. Su misión era otra. La única garantía gubernamental de que la República no caería en poder de la reacción eran los socialistas, desplazados éstos del Gobierno, hubiera sido ingenuo suponer que la reacción no se empeñaría en llegar hasta el fin en su propósito de anular las conquistas democráticas, para asegurar un régimen contrarrevolucionario de conformidad a sus intereses de clase.

Desde el Gobierno ya nada se podía hacer: era en la calle donde se tenía que plantear la solución del problema. Al cabo de tres años de República, gracias a la traición de unos republicanos y a la incompresión y demagogia de otros sectores, la República había caído en manos de los monárquicos. Había que arrebatársela, como fuese. Las elecciones de 1933 demostraron que nada podía esperarse por vías legales. Había que organizar la revolución y a ella dedicó el Partido Socialista Obrero Español todas sus fuerzas morales y materiales.

Octubre de 1934: lo que ello significa como sacrificio y como deliberado propósito de salvar a España, a la democracia y al movimiento obrero es obra del Partido Socialista Obrero Español. No pueden atribuirse glorias quienes días antes del movimiento no creían en él y rechazaron toda alianza, ni tampoco quienes lo sabotearon desde que estalló. La revolución de octubre de 1934, con todos sus defectos, con todas sus virtudes, pero con la gloria indiscutible de haber salvado a España, a la democracia y al movimiento obrero es obra del Partido Socialista Obrero Español. Entre los otros, los que más hicieron, se dedicaron a estar con el movimiento, luchar en él con un heroísmo que nadie les regatea, pero la posición marxista de interpretar el momento histórico de la revolución, estudiar los medios y finalidades de la misma, dotarla de los instrumentos indispensables para la lucha, dirigirla hasta el momento del triunfo o del fracaso, todo esto es obra del Partido Socialista Obrero Español, lo demás ha sido literatura, pero de la mala.

Asturias minera, Asturias socialista: una lección de martiro y sacrificio; páginas escritas con sangre del pueblo trabajador, que evocan una de las epopeyas más gloriosas en la marcha del hombre hacia su total emancipación. Asturias socialista y Octubre de 1934 son la confluencia de una fecha y un pueblo que inician la reconquista de la democracia, cuyas repercusiones estamos viviendo los españoles con asombro del mundo.

EL P. S. O. E. CONSUBSTANCIAL CON LOS DESTINOS DE ESPAÑA

Si analizamos dialécticamente los acontecimientos revolucionarios desarrollados en España desde 1934 hasta hoy, comprobamos que la Revolución de Octubre de 1934 es el con-

dicionador de todos los acontecimientos sucesivos. No se concibe febrero de 1936 sin la revolución de octubre, ni tampoco 18 de julio del mismo año. En las elecciones de febrero el pueblo español legalizó en las urnas lo que de antemano había legalizado en su conciencia. Pero es que el Octubre revolucionario tiene el mismo contenido histórico que el 14 de Abril de 1931, así como las elecciones de 1933 son un intento para legalizar la sanjurjada de agosto de 1932, que se reprodujo con carácter internacional en la sublevación militarista del 18 de julio de 1936.

La respuesta del pueblo a la sublevación militar fascista obedece a una ley de continuidad revolucionaria que culminó en Octubre del 34. El sentido de responsabilidad con que la clase trabajadora española recogió el reto de la casta militar, es inconcebible sin los cincuenta años de educación social desarrollada por el Partido Socialista Obrero Español. La digna actitud del pueblo español en una guerra como la presente, en la que se polarizan las dos manifestaciones políticas antípodas; socialismo y fascismo, no puede ser el resultado de una improvisación por cuanto tiene raíces históricas elaboradas por una pugna permanente entre las dos clases vinculadas a las dos expresiones políticas; proletariado y capitalismo. Y si echamos una mirada retrospectiva al proceso de la revolución española, veremos claramente, que si Octubre del 34 condiciona a los acontecimientos del 36, el mismo Octubre se halla condicionado por las anteriores etapas del movimiento revolucionario. Así es como comprobamos, que el 14 de Abril de 1931 es el resultado de la firme posición del Partido Socialista en el movimiento revolucionario para derrocar a la monarquía, y que este movimiento pudo realizarse merced a que el Partido Socialista salvó al movimiento obrero durante la Dictadura militar de Primo de Rivera. Y así, de deducción en deducción vemos, que si el Partido Socialista salvó el movimiento obrero y éste formó filas en torno al Partido Socialista, fué porque no solamente se convirtió en la única voz pública de acusación contra la Dictadura y exigió se hicieran efectivas las responsabilidades contra la monarquía, sino porque, y esto es lo fundamental, se opuso a todas las maniobras de quienes, haciendo el juego a la reacción, se empeñaban en dividir a la clase trabajadora sindical y políticamente.

Una línea de conducta firme, dialécticamen-

te sostenida en defensa del proletariado, hace del Partido Socialista Obrero Español la fuerza que aglutina a todas las demás organizaciones antifascistas en esta guerra que venimos sosteniendo contra el fascismo internacional. Las causas de este fenómeno hay que buscarlas en la realidad de la política española. Partido por partido, organización por organización, no podremos encontrar nada tan rico de experiencia y de resultados positivos en la lucha por la dignificación de España, como la labor realizada por el Partido Socialista durante sus cincuenta años. Los años no se improvisan, transcurren uno tras otro con lentitud desesperante para quienes día a día han tenido que bregar contra todas las adversidades para sostener el movimiento obrero. Hoy, en la cumbre de los cincuenta años, el tiempo pasado parece nada, pero son cincuenta años, y en cada año una nueva etapa alcanzada, una fortaleza obrera construida para no ser derribada jamás, y como tenemos historia y esta historia la hemos elaborado con nuestro esfuerzo sustentándola sobre cimientos inmovibles, continuamos construyendo historia, no con palabras sino con hechos. Si el deber es morir, nuestros hombres los primeros en las filas de la muerte; si el deber es trabajar, los primeros en el trabajo. Así somos los socialistas.

El Partido Socialista se ha hecho consubstancial con los destinos de España desde ayer, desde hoy y para mañana. Quienes no sientan amor por España y quieran contribuir a su aniquilamiento, ya saben el camino a seguir: luchar contra el Partido Socialista Obrero Español.

EVOCACION DE PABLO IGLESIAS

Todo análisis, crítica o exaltación de la labor del Partido Socialista Obrero Español durante su primer medio siglo de vida, sería incompleta sin una evocación del maestro y fundador Pablo Iglesias. Para quienes no han tenido el privilegio de escuchar su palabra, pueden reconstruir su personalidad leyendo sus escritos.

La lectura de cualquier escrito de Pablo Iglesias nos coloca ante los más auténticos valores de la personalidad hispánica. La dignidad en la postura y el ademán, que se adivinan; la sobriedad en el estilo; el realismo objetivo de la crítica; la pasión como fuerza

interior del razonamiento; la preocupación moral; la férrea voluntad impulsando las convicciones; la sencillez en la exposición; la fe en la obra a realizar; la perseverancia para la conquista del fin señalado por las ideas, hacia el que se marcha con un entusiasmo que rebasa todos los obstáculos y todos los sacrificios.

Pero como fuerza que aglutina a todas las demás, vemos en Pablo Iglesias el sello español de la universalidad, de la expansión ecuménica de las ideas y de los sentimientos. Algunas veces se ha citado lo que el hoy enemigo de la democracia, don Salvador de Madariaga, dijo en su libro «España», de los socialistas, que reproducimos: «Ha cambiado la fe, y el otro mundo ha pasado de una eternidad soñada a un ideal de sueño; pero el sentido grave, serio e institucional que anima a los socialistas castellanos de hoy es el mismo que inspiraba a los teólogos y juristas de antaño. El movimiento socialista de Madrid es, pues, la única entidad verdaderamente histórica en la política moderna española, la única que posee una vida íntima que le da un valor prominente, creciente y formativo en la historia contemporánea de España.»

El símil entre los juristas y teólogos españoles del siglo XVI, salvando el elemento condicionador de cada época, y las figuras representativas del socialismo español, es auténtico. Pero no es suficiente para valorar la significación histórica de Pablo Iglesias como guía, fundador y maestro del Partido Socialista Obrero Español. Los juristas y teólogos españoles del siglo XVI fueron los teorizantes de una realidad española previamente estructurada por el genio español con sus descubridores, conquistadores, colonizadores y cronistas de Indias. La síntesis histórica de aquella época puede resumirse, entre otros, con los siguientes nombres: Núñez de Balboa, descubridor; Hernán Cortés, conquistador; Bernal Díaz del Castillo, cronista; Bartolomé de las Casas, colonizador, y Francisco de Vitoria, filósofo jurista. A través de estos nombres símbolos de acción, el genio hispánico se extravierte ávido de horizontes en Balboa, dominador en Cortés, documental en Del Castillo, moral en De las Casas y norma de derecho en Vitoria. Pero cada uno de ellos se halla marcado por las condiciones de los demás, pues todos son a la vez conquistadores, descubridores, colonizadores, escritores y juristas.

Avancemos tres siglos de nuestra historia. España ha caído en el último grado de su de-

cadencia. Las dinastías austríaca y borbónica, extrañas al cuerpo social español, han succionado la fuerza vital del pueblo aplastándolo contra una realidad de miseria moral y material. ¿Quién vendrá a descubrir, conquistar y colonizar la tierra de los descubridores, conquistadores y colonizadores de pueblos? Y lo que es más difícil aún. ¿Quién impondrá el derecho que regule la vida de relación del pueblo español? Fuerzas extranjeras lo intentaron, pero eso fué el aguijón que sacudió por primera vez el rescoldo de rebeldía inagotable del pueblo español, pero ese mismo pueblo que se rebelaba contra los invasores, a los pocos años gritaba: «¡Vivan las cadenas!»

Pero España no podía morir. En la pugna de las ideas que se disputaban el derecho a regir los destinos de la humanidad, aparece el socialismo científico. Marx y Engels, en vez de fabricar ideas para que los hechos se ajustasen a ellas, comprendieron más racional buscar ideas que se ajustaran a los hechos. En España Pablo Iglesias recogió el mensaje socialista. Y así fué como, al fin, apareció el nuevo apóstol de la idea nueva, idea para interpretar los hechos y descubrir las verdaderas condiciones de vida de los españoles.

Fué Pablo Iglesias quien, bajo la terrosa

corteza de la España decadente, descubrió al verdadero pueblo, lo conquistó para la disciplina organizada, fué su cronista en las páginas de revistas y diarios que él mismo creó, lo colonizó luego para la solidaridad nacional e internacional y formuló las bases del nuevo derecho según la realidad española. Las palabras de la Comisión Ejecutiva son incontrovertibles: «Pablo Iglesias, director de un periódico sin lectores, jefe de un Partido sin partidistas y político de un país sin ciudadanos, hizo surgir en medio siglo un pueblo que ya no tiene en cuanto a grandeza semejante en el mundo.»

Pasarán los siglos, pero la labor sobrehumana de Pablo Iglesias quedará como la obra insuperable que glorifica a un hombre y enorgullece a un pueblo. Ante la gigantesca tarea histórica desarrollada por este magnífico ejemplar de gran español, se inclinan hasta las banderas de sus enemigos, no porque haya muerto sino porque su gloria, gloria de España y de la humanidad, rebasa los límites de la muerte.

De su vida se desprende una gran lección: cómo con fe en las ideas se llega por el camino del entusiasmo y de la sencillez a la más alta cumbre de la gloria.

UNIDAD DE PENSAMIENTO Y ACCION

«Desde la fundación de la Internacional acá, y no obstante las disidencias que en ésta surgieron, todos los socialistas piensan en lo fundamental del mismo modo. Cualquiera que sean las diferencias que entre ellos existan, no hay ninguno, absolutamente ninguno, que deje de estar conforme en que la solución del problema social, el término de la esclavitud y la miseria está únicamente en la muerte de la burguesía, o lo que es igual, en la abolición de las clases y en la transformación de todos los elementos productivos en propiedad común, colectiva o social.

«Ningún periódico socialista, ninguna colectividad, ningún grupo, adjetivense como se adjetiven, discrepan actualmente en punto tan esencial e importante. Todos a una lo proclaman y defienden como el único medio de poner fin al antagonismo social.

«El Poder Socialista», PABLO IGLESIAS, 6 de mayo de 1887.

Carlos Marx

El nombre de Carlos Marx está grabado en la historia de la humanidad.

Bajo la bandera de Marx, la clase obrera se agrupa en filas compactas y potentes, asesta golpe tras golpe al régimen capitalista, destruye en la batalla revolucionaria el Estado burgués, instaura su poder revolucionario, la dictadura del proletariado, y construye una nueva sociedad socialista sin clases, donde no hay explotación ni opresión.

El nombre de Carlos Marx, el de su amigo más íntimo y compañero revolucionario de armas, Federico Engels, son nombres conocidos en todo el mundo. En los rincones más apartados y remotos de cualquier país, en todas partes donde late el corazón de un obrero y de un trabajador, el nombre de Marx es un faro luminoso que alumbra el camino hacia el Socialismo.

Colaboración en la «Gaceta Renana», en 1842; en el «Vorwaert», de París, en 1844; en la «Deutsch Zeitung», de Bruselas, en 1847; en la «Nueva Gaceta Renana», en 1848-49; en «The New-York Tribune», de 1852 a 1861; publicación de una serie de folletos, trabajo en las organizaciones de París, Bruselas y Londres hasta la construcción de la Asociación Internacional de Trabajadores, coronación de su obra.

Carlos Marx nació en la ciudad de Tréveris, el 5 de mayo de 1818, en la región del Rin, en el Oeste de Alemania, próxima a Francia.

El padre de Carlos Marx, Enrique Marx (1782-1838), era abogado y pertenecía al círculo de la intelectualidad avanzada de su época.

A los doce años, Marx ingresa, en octubre de 1830, en el Liceo de Tréveris, y en septiembre de 1835 termina sus estudios. El mismo año ingresa en la Universidad de Bonn, en la Facultad de Ciencias Jurídicas. Ya se manifiesta en la vida social, y es elegido miembro del Presidium de la Confraternidad estudiantil universitaria de la provincia.

En octubre de 1836, Marx se traslada a la Universidad de Berlín, donde se dedica de lleno al estudio de las ciencias filosóficas, históricas y jurídicas.

En 1841, Marx termina sus estudios en la Universidad de Berlín, y en abril envía a la Universidad de Jena una disertación (la tesis para recibir el título de doctor en Filosofía) acerca de la filosofía griega.

En 1841, Marx se traslada a Bonn, disponiéndose a ocupar la cátedra de profesor de Filosofía.

En octubre de 1842, ocupó el puesto de director de «La Gaceta del Rin». Tenía en aquel entonces veinticuatro años.

A principios de 1843, el Gobierno tomó al diario por su cuenta: «El Diario del Rin» fue clausurado y Marx se vio privado de la tribuna para sus manifestaciones.

Marx vivió durante algunos meses en Kreiznach, donde se casa, el 19 de junio de 1843, con Jenny von Westphalen (1814-1881), con la cual estaba comprometido ya desde 1836.

En octubre de 1843, Marx se trasladó a París, y con su amigo de aquella época, Arnold Ruge (1802-1880) comenzó a publicar la revista «Anuario germano-francés».

En un artículo publicado en la revista mencionada a fines de 1843, Marx se manifiesta por primera vez como socialista consecuente.

En septiembre de 1844, Engels (1820-1895) llega a París, se encuentra con Marx, y desde entonces se hacen compañeros revolucionarios de armas hasta la muerte. Juntos elaboraron la doctrina revolucionaria del proletariado, el Socialismo científico.

Junto con Engels, Marx escribe en París una nueva obra, «La Sagrada Familia o crítica de la crítica», en la que critica vigorosamente la filosofía idealista de Bauer.

El 11 de enero de 1845, Marx y otros colaboradores del diario «¡Adelante!» recibieron la orden del Gobierno francés de su expulsión. El 2 de febrero Marx se traslada a Bruselas, desplegando allí una gran actividad revolucionaria.

No había aparecido aún el «Manifiesto Comunista», cuando el incendio de la revolución prendió en casi toda Europa Occidental.

La revolución de 1848-49 fue un importante viraje en el desarrollo de la sociedad capitalista.

Ya en vísperas de la revolución, Marx tuvo que sentir de nuevo las garras de la Policía prusiana.

El Gobierno prusiano, que había expulsado a Marx de Alemania y luego logró que le expulsara de Francia el Gobierno francés, se dirigió al Gobierno belga, solicitando la expulsión de Marx del territorio de Bélgica.

El 3 de marzo fue firmada por el rey la orden de expulsión de Marx, y el 4 de marzo Marx fue detenido y desterrado de Bélgica.

Pero si Marx llegó a ser peligroso en Bélgica, en Francia, abrazada por la potente ola revolucionaria, esperaban a Marx sus amigos.

Hasta el Gobierno revolucionario provisional de Francia se vio obligado a dirigirle, bajo la presión de las masas, la siguiente carta oficial:

«Gobierno provisional.

República francesa. ¡Libertad, igualdad y fraternidad!

París, 1 marzo 1848.

Valeroso y honrado Marx:

La República francesa es el refugio de todos los amigos de la libertad. La tiranía os ha expulsado, y la Francia libre abre sus puertas a usted y a todos los que luchan por la santa causa, por la causa fraternal de todos los pueblos. Todos los agentes del Gobierno francés deben comprender su misión dentro de este espíritu.

¡Salud y fraternidad!

FERDINANDO FLOKON,
Miembro del Gobierno provisional.»

El 10 de marzo fue organizado un Comité Central de la «Unión de los Comunistas», con Marx a la cabeza. Los miembros del Comité Central fueron K. Paper, G. Bauer, F. Engels, J. Moll y W. Wolf.

A mediados de marzo de 1848 comenzó la revolución también en Alemania. Marx salió de París a principios de abril, y con Engels, Wolf y otros camaradas llegó a Alemania. En Colonia organizan la aparición del diario «Neue Rheinische Zeitung» (Nueva Gaceta del Rin). El primer número apareció el 1 de junio de 1848.

Cuando el 23 de junio estalló en París la insurrección obrera, la «Nueva Gaceta del Rin» saludó con entusiasmo al proletariado revolucionario de París. Era el único diario en Alemania y en toda la Europa que defendía valerosamente a los insurrectos de París.

En la primavera de 1849 se inicia un proceso al diario. Sólo después de que la reacción aplastase en una lucha armada abierta, en mayo de 1849, las insurrecciones en Dresde y en la región del Rin, el Gobierno se siente firme y resuelve clausurar definitivamente la «Nueva Gaceta del Rin». El último número del diario apareció el 18 de mayo de 1849 impreso en tinta roja.

Marx se trasladó de nuevo de Colonia a París, donde por entonces reinaba la reacción en plena fiesta.

Después de la demostración del 18 de junio de 1849, el Gobierno decidió alejar de París al peligroso revolucionario. Marx se trasladó a Londres. Desde entonces hasta su muerte, Marx vivió y trabajó en Londres, desde donde dirigía el movimiento revolucionario de la clase obrera, desarrollando y desenvolviendo la teoría del proletariado científico.

Desde 1851 hasta 1863 inclusive, Marx colabora en el diario americano «New-York Tribune». El trabajo más importante de Marx fue la preparación de la obra científica más grande de la época: «El Capital», cuyo primer tomo apareció en 1867.

A principios de 1860 comenzó un ascenso considerable del movimiento obrero. Dicho crecimiento del movimiento proletario revolucionario fue el que condujo a la fundación, en 1864, de una nueva organización internacional de la clase obrera, después de la «Unión de los Comunistas», titulada «Asociación Internacional de los Trabajadores». Actualmente, dicha organización es más conocida con el nombre de «Primera Internacional».

Marx fue el autor del «Mensaje constituyente» y de los estatutos de la Primera Internacional para Alemania. La consigna principal del programa y del estatuto de la Primera Internacional fue la tesis de que «La emancipación de la clase obrera ha de ser obra de los trabajadores mismos».

En 1870 surgió la guerra entre Alemania y Francia. Alemania resultó vencedora en dicha guerra.

El resultado de la derrota militar fué la revolución de París del 4 de septiembre de 1870.

Cuando después de seis meses y medio de asedio de París, el Gobierno traidor resolvió desarmar a la Guardia Nacional, constituida en su mayoría de obreros, y quitarles, en primer término, la artillería, estalló en París, el 18 de marzo, la insurrección de los obreros y de la población pobre de la ciudad, declarando la Comuna de París.

Marx desplegó una gran actividad en la Primera Internacional, en ayuda de la Comuna de París.

En su discurso sobre la Comuna, pronunciado en la sesión del Consejo General el 23 de marzo de 1871, Marx dijo lo siguiente: «Los principios de la Comuna son eternos e irrefutables. Ellos se irán confirmando cada vez más, hasta tanto la clase obrera no logre la emancipación.»

La derrota de la Comuna, anegada en la sangre de decenas de millares de obreros parisienses, produjo también el derrumbe de la Primera Internacional.

El Congreso de La Haya, celebrado en 1872, resolvió trasladar la sede de la Internacional a los Estados Unidos de Norteamérica. Allí comenzó a decaer gradualmente, falta de una sólida base revolucionaria en la clase obrera.

Con el derrumbe de la Primera Internacional, Marx comenzó a dedicar más tiempo a la labor científica. Tenía ante sí una tarea de la mayor importancia: preparar para la imprenta el segundo y tercer tomos de «El Capital».

Un ejemplo, excepcional por su importancia, de la labor de Marx en uno de los documentos del proletariado internacional, son sus notas geniales al margen del Programa del Partido Obrero alemán, conocidas bajo el título de «Crítica del programa de Gotha».

La «Crítica del programa de Gotha» fué escrita por Marx en mayo de 1875.

El 2 de diciembre de 1881 murió la esposa de Marx; el 11 de enero de 1883 murió su hija mayor, Jenny Longuet. Estas dos muertes afectaron fuertemente su organismo, ya de por sí quebrantado, y el 14 de marzo de 1883 dejó de latir el gran corazón de Marx. Junto con su esposa y Elena Demuth, criada muy abnegada, casi miembro de la familia, Marx reposa en su última morada, en el Cementerio de Highgate, en Londres.

Hallándose bajo la reciente impresión de la muerte de su amigo más íntimo, Engels escribía a Guillermo Liebknecht en su carta fechada el 14 de marzo:

«Lo que todos nosotros somos se lo debemos a él, y lo que es el movimiento contemporáneo se lo debe a su actividad y práctica; sin él, nos habiéramos quedado siempre tanteando en la confusión.»

En una carta dirigida a Sorge, Engels decía:

«¡Así sea! La Humanidad ha perdido un hombre, al hombre más grande de los tiempos modernos. El movimiento del proletariado sigue su marcha, pero ha desaparecido el punto central, al que en los momentos decisivos convergían franceses, rusos, americanos, alemanes, para recibir cada vez el consejo claro e indiscutible que solamente el genio y la ciencia profunda podían dar.»

La misión de los trabajadores

«Llegará día en que el proletariado español, por su experiencia en la lucha política, se convencerá de que no hay más camino para su emancipación en todos los demás órdenes de la vida, que una República socialista. Se convencerá de que una República burguesa, democrática burguesa, liberal burguesa, al estilo burgués, como se dice, no es suficiente para su emancipación económica, y no tendrá más remedio que decidirse a trabajar no por una nueva República, sino por la transformación de esta República en el orden económico y hacerla socialista.....»

(De «Discursos a los Trabajadores», por F. LARGO CABALLERO.)

Pablo Iglesias

Pedro de la Iglesia Expósito era natural de Orense, en cuya Inclusa fué criado; Juana Posse, con la que casó en El Ferrol, había nacido en Santiago de Compostela. El matrimonio tuvo su primer hijo el 17 de octubre de 1850, Pablo, al que comenzaron, sin que sepamos por qué, a llamarle Paulino.

Cuando murió el padre, Juana se quedó sin compañero y sin jornal. Juana pensó en sus posibilidades y no encontró sino un recurso: apelar a la solidaridad moral de un tío que residía en Madrid y prestaba sus servicios en la casa de un grande de España: D. Vicente Pío Osorio de Moscoso.

No buscaba el valimiento sino para encontrar trabajo y sacar adelante a sus dos hijos (Pablo y Manuel), cuya colocación en la vida le interesaba, como a todas las madres, dejar asegurada. Supuso que encontraría en su tío la ayuda que pretendía. Buscó consejo entre sus amistades y contrató el viaje con unos arrieros.

Como todo lo que comienza acaba, una tarde la caravana se vió a las puertas de Madrid. Juana, con sus dos hijos, se encaminó al palacio de la calle de San Bernardo. No es mucho que llamase a sus puertas con emoción. El portero comunicó a Juana la peor de las noticias: —Vuestro tío murió.

Murió. Ya estaba dicho todo. El cadáver de su única esperanza le expuso a desplomarse. Buscó trabajo. No debió encontrarlo; sus dos decisiones lo hacen suponer así. La primera consistió en implorar la caridad pública. La segunda, más ingrata para una madre que la primera: dió sus hijos al Hospicio. Ella se dispuso a servir. La separación fué un trance doloroso. Paulino quedó afectadísimo. ¿Cuándo volverían a reunirse? Por voluntad de Paulino ello ocurriría pronto; en el instante en que estuviese en condiciones de ganar unos reales.

De la escuela pasó a la imprenta. No tardó en aprender la caja. Su buena disposición para el oficio era patente.

Se acercaba la Navidad. Tradicionalmente el Hospicio admitía que los asilados pasaran las Pascuas con sus familiares. En la imprenta abundaba el trabajo y el regente abolió la costumbre. El día 24, por la tarde, Pablo se evadió del Hospicio y fué a casa de la madre.

Nos hallamos a presencia de la primera rebeldía de Pablo Iglesias. Tiene un móvil legítimo y noble: el de hacer compañía a su madre. A su regreso al Hospicio el maestro le increpa duramente, le conmina con la expulsión e iracundo golpea al muchacho.

Pablo Iglesias, por segunda vez, y ésta para siempre, se evade del Hospicio. En lo sucesivo sólo la muerte podrá separarle de su madre.

El aprendiz se dispuso a encontrar una imprenta donde le dieran ocupación y salario. Recorrió varias y en todas ellas escuchó la misma respuesta negativa. Al fin encuentra trabajo.

Varias fueron las veces en que Iglesias cambió de imprenta; en todas fué mejorando su salario.

El día de Nochebuena de 1868 se edita en Madrid el primer manifiesto proletario. Ha pasado por Madrid un diputado italiano, José Fanelli, amigo de Bakunin, que había formado en Suiza la Alianza de la Democracia Socialista. La Asociación Internacional de Trabajadores tenía en su Consejo General a Carlos Marx.

«La Solidaridad», periódico de la Internacional, apareció el 15 de enero de 1870. Iglesias, atraído por aquel movimiento, ingresó en la Asociación el 20 de febrero de 1870. Ya está decidida su suerte. El periódico de los internacionalistas atraviesa por dificultades económicas y, con otros, Iglesias trabaja gratuitamente en su confección. Pronto vemos a Pablo elegido miembro del Consejo federal de Madrid. Iglesias proporciona al semanario de los internacionalistas su esfuerzo de tipógrafo y su primer artículo periodístico. Se titula «La Guerra»; este primer artículo es impersonal, por carencia de estilo. Más tarde, cuando de

la pluma de Iglesias hayan salido los artículos por centenares, su estilo será inconfundible. Al primer artículo sigue el primer discurso; Iglesias cumplió su cometido de orador con soltura y ponderación.

Pablo Lafargue, yerno de Marx, se presentó en Madrid. En contacto con los internacionalistas trabajó hasta lograr el nacimiento del Partido Socialista. Este se fundó el 2 de mayo de 1878, y se designaron, para concretar las aspiraciones del Partido, a Iglesias, Calderón y Ocina, tipógrafos; Vera y Zubiaurre, médicos. En 1880 quedó definitivamente aprobado el programa del Partido.

Este período de la vida de Iglesias es admirable; cumplía su jornada de tipógrafo, atendía a la Asociación del Arte de Imprimir—en la que ingresó el 4 de mayo de 1873 y elegido presidente de la misma un año más tarde—y aún sacaba ánimos para, después de cenar, ponerse a escribir cartas.

La Asociación del Arte de Imprimir trató de restablecer las tarifas de 1873. Hubo de producirse la huelga. Decretada la detención de la Junta directiva, ingresaron en la cárcel el 8 de febrero de 1882. A Iglesias le condenaron a cinco meses de prisión, inaugurando la Cárcel Modelo.

Se pensó editar un semanario que llevase por título «El Socialista». Iglesias puso en este proyecto una de sus mejores ilusiones. Se establecieron las bases a que debía ajustarse la redacción. Iglesias defendió con entusiasmo la cuarta, que decía: «Combatir a todos los partidos burgueses y especialmente la doctrina de los avanzados, si bien haciendo constar que entre las formas de Gobierno republicana y monárquica «El Socialista» prefiere siempre la primera.» Jaime Vera discrepó y se fué del Partido, siguiéndole algunos otros militantes. Nació «El Socialista» el 12 de mayo de 1886. Su capital se aproximaba a las novecientas pesetas. La redacción se formó con Iglesias, Matías Gómez, Quejido, Diego Abascal y Pauley. A Iglesias se le encargó de la dirección. Así comenzó «El Socialista». Se componía gratuitamente. Se redactaba en las mismas condiciones y por el mismo precio; camaradas entusiastas hacían el cierre y el correo.

Había quien consideraba obra de los frailes la aparición del Socialismo en España y estimaban que era un enemigo al que había que aniquilar, personificando su odio al Partido Socialista en la figura de Iglesias. De ese odio nacieron las más disparatadas calumnias.

Pasa Iglesias al Parlamento (8 de mayo de 1910). Le han llevado a él 40.899 votos madrileños. En su primer discurso parlamentario ha de deshacer las calumnias vertidas por el diputado señor Pérez Asensio, quien le acusaba de vivir de los trabajadores. Más tarde, los socialistas de Bilbao le presentan en candidatura para elecciones de diputados a Cortes. Iglesias recibe en su casa una embajada excepcional, quien, en nombre del Gobierno Sagasta, le propone retirar su candidatura de Bilbao, a cambio de que el Gobierno le garantizaba el acta por el distrito de Valmaseda: Iglesias rechazó con dignidad a los embajadores: «Lo que ustedes en nombre del señor Sagasta vienen a ofrecerme me autoriza a decirles que el señor Sagasta no lleva camino de conocer a los socialistas.»

Con motivo de la victoria electoral de la socialdemocracia alemana en 1890, que los socialistas españoles hicieron suyo, Jaime Vera visitó a Iglesias para felicitarle por el triunfo de los alemanes y encuentra oportunidad para reintegrarse al Partido. En mayo de este año se celebró, siguiendo el acuerdo del Congreso Socialista de París, la primer demostración obrera de Primero de Mayo. Hubo un mitin en el Liceo Rius, en el que habló Iglesias.

Se cernía sobre España el desastre cubano. Los insurrectos aspiraban a la independencia. Sus razones fueron reconocidas por el Partido Socialista. Iglesias no se hizo ilusiones en cuanto a la libertad de Cuba. Al desastre no se siguió una postración excesiva. Entre tanta mixtificación, la rapacidad de los concejales de Madrid era extraordinaria. Iglesias no perdió la fe. El Partido celebró varias reuniones nacionales y aumentaba sus efectivos. La Unión General de Trabajadores había nacido (12 de agosto de 1888), llevando su presidencia García Quejido. Una huelga de Málaga, la de los obreros textiles, le llevó a la cárcel (9 de octubre de 1895). En ella enfermó. Después volvió a la prisión de Madrid, por haber tomado parte en un mitin de huelguistas panaderos.

Durante este tiempo, desde la muerte de su madre, registrada en 8 de diciembre de

1886, Iglesias no conoció otro afecto que el de sus correligionarios más íntimos.

Llegó a Madrid Amparo Meliá. Se presentó con un niño y buscó la solidaridad de sus amigos. Iglesias se ocupó de ella y la albergó en casa de un correligionario. Vinieron unas relaciones de más intimidad y, finalmente Pablo y Amparo unieron sus vidas. Esta unión no altera para nada las actividades de Iglesias. Viaja allá donde se le depara ocasión de ocupar la tribuna. Retorna de los viajes con un buen bagaje de anécdotas. Un día le preguntaron en Bilbao por alguna de esas anécdotas. Iglesias, ya blanca la barba, refirió la que más le agradaba su recuerdo. Regresaba a Madrid, y en una estación del trayecto se asomó a la ventanilla del vagón. En el andén estaba el jefe ferroviario, que, al verle, se le quedó mirando con insistencia. Iglesias no puso atención a aquella mirada. Arrancó el tren y vió que el jefe de estación buscaba en sus bolsillos y extraía de entre algunos papeles una cartulina roja, con la que hacía señas.

—Lo conocí en seguida; era un carnet del Partido, y el corazón me dió un vuelco. Recuerdo siempre la emoción con que me mostró su carnet.

De otro viaje—una excursión electoral a Bilbao—volvió sin el acta, pero con el sobre-nombre que había de generalizarse: «el Abuelo».

El 96 se celebró en Londres el IV Congreso Internacional Socialista Obrero. Fueron Iglesias, Vera, Muñoz y Quejido, éste por la U. G. T. En el Congreso se presentó un mensaje de simpatía a «los que luchan por conquistar la nacionalidad». La delegación española lo suscribió sin vacilar, y el Congreso premió el voto con una ovación calurosa. A Iglesias se le computó este voto para injuriarle en España.

En los albores del siglo el Partido Socialista adquirió la consistencia de un partido fuerte.

En las elecciones municipales de 1905 el distrito de Chamberí eligió concejal a Iglesias. Dos socialistas más alcanzaron la victoria: Francisco Largo Caballero y Rafael Ormaechea. Iglesias, Caballero y Ormaechea establecieron una norma de conducta a la que en lo sucesivo habían de ajustarse todas las minorías socialistas.

La organización obrera madrileña, mal albergada en el Centro de la calle de Relatores, adquirió un palacio ducal para transformarlo en Casa del Pueblo (1908). El acontecimiento se solemnizó con diferentes actos, e Iglesias los presidió con manifiesta satisfacción.

Para que Iglesias alcanzase la representación parlamentaria fué preciso que se instituyese, para fines concretos, la conjunción republicano-socialista, coalición a la que Iglesias fué opuesto durante mucho tiempo. Iglesias entró en el Parlamento cuando su salud comenzaba a resentirse. Realizó una labor meritisima. Con ocasión de un discurso en que llegó a considerar lícito «el atentado personal», el escándalo arreció de tal manera, que los diputados republicanos se vieron en la necesidad de ampararle. Se llegó hasta intentar la agresión. La organización obrera de Madrid, que supo que a su más legítimo representante se le hacía objeto de toda clase de agravios, organizó una manifestación pública. En muchedumbre, los obreros rodearon el Congreso, y al salir Pablo Iglesias le tributaron una ovación clamorosa.

La enemiga de los trabajadores se polarizó, como consecuencia de la represión de 1909, contra Maura. Iglesias asumió, por mandato del Partido, una decisión concreta y enérgica. Se organizaron mítines y manifestaciones. Iglesias volvió a recorrer España en campaña de propagandista.

Iglesias continuó siendo diputado en las legislaturas siguientes. El Partido convirtió el semanario en diario y comenzó la nueva etapa de «El Socialista». Iglesias, aún enfermo, continuó animando el periódico. Sus últimos días de parlamentario activo coinciden con la Asamblea de Parlamentarios de Barcelona. Se sentía la necesidad de un movimiento. La Confederación Nacional del Trabajo, constituida en 1910, se impacientaba por declararlo. En Valencia la impaciencia pudo más que la reflexión y se declaró la huelga, secundada por los ferroviarios. La huelga del año 1917 no consiguió sus objetivos, y, sin embargo, estuvo muy lejos de ser un fracaso. Fué el primer rejón serio que se clavó a la monarquía. El Comité de huelga—Besteiro, Saborit, Largo Caballero y Anguiano—fué condenado a cadena perpetua. En las calles de Madrid, en las minas de Asturias, en la Cárcel de Madrid y en la

(Pasa a la página 33)

Cartas inéditas de Pablo Iglesias

Como habíamos anunciado, iniciamos la publicación de una serie de cartas de Pablo Iglesias. El primer grupo lo constituye las cartas dirigidas al veterano socialista de Elche, compañero Pascual Román. Por referirse en ellas a la heroica huelga que los alpargateros de Elche sostuvieron en 1903 y por la referencia que Pablo Iglesias hace a cuestiones internas del Partido Socialista y demás partidos y organizaciones sindicales, estas cartas, además del valor autobiográfico, tienen un valor documental histórico y político, cuya importancia apreciarán nuestros lectores a medida de su publicación.

Nuestro archivo se va enriqueciendo constantemente y creemos contribuir al estudio de la historia del Partido Socialista con la publicación de tan valiosos documentos, cuya interpretación haremos oportunamente.

El Escorial, 13 agosto 1900.

Mi querido amigo Pascual Román: Su apreciable del 4 me la envió anteayer. Morato a este punto, donde he venido a pasar tres o cuatro semanas con objeto de reponer algo mi salud, bastante quebrantada, por consecuencia del calor, en la reciente excursión de propaganda que he hecho por la región andaluza.

Siento de veras que su digna compañera se encuentre enferma y la deseo de todo corazón un pronto alivio.

Mi mal de estómago y vientre no se me ha curado. Se me exacerba cuando por excesivo trabajo o por irregularidad en las comidas o tomar alimentos poco sanos, no hago bien las digestiones; se me alivia cuando no trabajo excesivamente, tomo buenos alimentos, hago ejercicio regular y respiro aire puro; y creo yo que si eso hiciera siempre, me pondría bueno del todo o poco menos. A veces se me pone el estómago tan rebelde, que nada me sienta bien. Ahora mismo que respiro aire de montañas, apenas si puedo tomar la leche, pues muchos días me siento mal.

Si lo que su esposa padece es igual o análogo a lo mío, creo que la vida que debe hacer, si los medios de que disponen se lo permite, es la siguiente: trabajar muy poco o nada, hacer un ejercicio regular y, sobre todo, respirar aires puros, muy puros. Con eso, creo yo que llegará al cabo de algún tiempo a tomar alimentos sólidos (sanos, por supuesto) y a lograr que desaparezca la irritación de estómago, si tal enfermedad es la que padece.

Por si acaso quiere ensayar un medicamento que goza mucha fama para las enfermedades del estómago, le diré su nombre. Llámase *Elixir estomacal de Sáinz de Carlos* y se halla de venta en todas las farmacias.

Creo que su señora no debe abusar por ningún motivo de los medicamentos, porque éstos, en general, hacen más daño que bien.

Cuando me escriba otra vez para asuntos particulares.

No le envío la carta a su dirección porque en estos instantes no la recuerdo.

Mis afectos a todos los amigos y correligionarios y usted mande como quiera a su buen amigo y compañero.

P. IGLESIAS

SPARTACUS

Madrid, 29 noviembre 1901.

Estimado amigo Román: Según me ha manifestado Morato, no quieren hacer efectivas las tres letras enviadas de ahí en la casa contra quien se han expedido.

Como necesitamos fondos, nos importa bastante cobrarlas cuanto antes. Haga, pues, todo lo que sea preciso con urgencia para que dicha casa haga efectivas las citadas letras.

Esperando que me atenderá, dé recuerdos a los amigos y usted mande como guste a quien de veras le estima.

P. IGLESIAS

Madrid, 1 diciembre 1901.

Estimado amigo Román: Adjuntas son las cinco acciones del periódico que satisfizo hace días.

Dígale al corresponsal que la docena de *Sociedades de resistencia* que le faltan se le enviarán. No las hemos remitido esta semana porque no teníamos en la Administración sino tres o cuatro ejemplares.

También le advertirá al mismo compañero que los dos libros que pidió a Huetos, y que debe haber recibido, se los hemos enviado nosotros, siendo su importe 3'50 los dos libros, más 40 céntimos de franqueo y certificado: total, 3'90.

El asunto de las letras nos está dando que hacer. Por Morato habrá sabido que el Sr. Vega, después de admitir el aviso de las letras, cuando se han ido a cobrar ha pedido unas segundas. Procure todo lo que se relacione con este asunto, activarlo, pues necesitamos el dinero para cubrir las atenciones del periódico.

Reciba un fuerte apretón de manos de quien le quiere de veras

P. IGLESIAS

Madrid, 1.º octubre 1902.

Querido amigo Román: He recibido su grata. Si la colección de *El Socialista* que pide es desde el principio, debo decirle que no tenemos. Si es del último año podremos proporcionársela. El importe de la colección anual es el de 4 pesetas; el del libro que indica, no lo sé porque ni siquiera he leído su anuncio.

En el Congreso no se acordó que se publicaran las cuentas del periódico, sino el de un resumen de ellas, cuando la Comisión nombrada al efecto las haya podido revisar. De las del Comité no se acordó nada, pero se publicarán dentro de poco.

Yo trabajo cuanto puedo, sin reparar en que mi salud se quebrante o no. Creo que no se me puede pedir más. De lo que los otros hagan no puedo responder, por más que procuro que cada cual cumpla.

De las calumnias, sin que dejen de desagradarme, no me hacen mucha mella.

A ellas debemos responder todos trabajando mucho. Ustedes deben proponerse reconquistar a Crevillente, y procurar que en Novelda y Denia se constituyan Agrupaciones. ¿Está bueno el amigo Vives?

Dígale al amigo Penalva que pregunté al amigo que recaudó el importe de la suscripción abierta a mi favor y me ha dicho que así como no se le entregó nada de los compañeros de ahí, no recibió nada tampoco del amigo Verdes Montenegro.

Muchos afectos a todos los correligionarios y usted mande como guste a su fiel amigo

PABLO IGLESIAS

Madrid, 16 octubre 1902.

Querido amigo Román: Oportunamente fué en mi poder su grata del 3 del que rige. No hay colecciones del periódico más que de este año. Si tuviéramos desde el principio, venderíamos bastantes.

He preguntado en dos librerías por el libro que me indicó, y no le tienen.

Lo que he dicho de que hay que reconquistar a Crevillente y conquistar otros puntos, no es para que lo hagan en un mes o en dos, sino en el tiempo necesario; pero que debe haber en ustedes ese firme propósito. Opino que en esa campaña no deben ustedes ocuparse en dos o tres puntos a la vez, sino en uno, y hasta que allí no hayan vencido, no ir a otro. Deben siempre empezar por el más fácil.

Respecto a lo hecho por Morato, todos lo sentimos. Si no cumpliera lo acordado, el Comité Nacional procedería como el Congreso ha mandado, no teniendo ustedes necesidad de pedir nada.

Le agradezco muchísimo los ofrecimientos que me hace en su nombre y en el de los amigos.

Dígale al amigo Vives que se puede estar enamorado y trabajar por las ideas. Lo uno no excluye lo otro.

Haga el favor de entregar la adjunta carta al amigo Valero.

Afectos a todos y mande como guste a su servidor y amigo

P. IGLESIAS

Valladolid, 17 abril 1903.

Querido amigo Pascual: Ayer, a la vuelta de una excursión de propaganda por varios pueblos de esta provincia, recibí la tuya del 11.

Siento mucho la desgracia del amigo Vives y también el que el amigo Penalva se encuentre enfermo. Ojalá éste se reponga pronto y aquél tenga la suerte de que su novia venza a la enfermedad que le aqueja.

Encuentro muy atinado todo lo que me dices en la tuya. En mi anterior ya le decía a Vives que consideraba desacertado el que se pidiera indemnización de lo gastado a los patronos, tanto más cuanto que de prolongarse la lucha un poco la indemnización tendría que ser elevadísima. Ese sistema de indemnizaciones le han inventado los obreros de la pequeña industria, donde ha sido posible satisfacer esa especie de multas impuestas a los patronos. Pero allí donde el número de huelguistas llega a 100 o pasa de esa cifra y la lucha dura un poco, es imposible hacer eso por lo mucho que representa la cantidad pedida. Todas las colectividades que en tales condiciones han reclamado indemnización han experimentado derrota. Me parece, pues, un error gravísimo que se pretenda eso ahí, porque seguramente la consecuencia de esa petición sería prolongar la lucha y que los obreros perdieran la batalla. No hay que olvidar que el amor propio de los patronos les hace resistir muchas veces. Tampoco creo acertado que se exacerbe la lucha con duros ataques a los patronos. No hay que hacer hoy más en la contienda que ahí se mantiene que resistir y resistir.

Se debe procurar proceder con cautela para ganar la huelga, porque si se perdiera se sufriría estas consecuencias: los obreros de esa quedarían desbaratados por mucho tiempo, el Partido sufriría grandemente y la Unión General padecería también, porque la pérdida de esos compañeros haría creer a la gente que dicha Unión, por su endebles, no les había dado el triunfo. Pongan, pues, los cinco sentidos en cuanto hacen.

Afectos a todos y sabe es suyo y de la causa socialista

P. IGLESIAS

Madrid, 5 junio 1903.

Queridos amigos Román y Miñana: Por el amigo Bordonado, que estuvo aquí y habló conmigo, sabréis mis impresiones respecto a lo ahí ocurrido. No os he escrito en seguida tanto por ese motivo, como por seguir mal de salud, aunque no hago cama.

Sin embargo, hoy tomo la pluma para pedirlos que me digáis cuanto antes cómo nuestros amigos Vives, Sempere y Serrano han podido suscribir bases que los demás compañeros han considerado, y a juicio mío con razón, inadmisibles. Todos se extrañan aquí de que ignoremos esa circunstancia, y no podemos responder satisfactoriamente a las preguntas que nos dirigen. Yo no dudo ni puedo dudar de la honradez de esos tres amigos; pero como otros acaso lo hagan, y se trata de socialistas, deseamos poder defenderlos de aquello que la gente pueda suponer y ellos no han hecho,

Además, en el periódico hemos prometido ser más explícitos en el número próximo sobre lo ocurrido en esa huelga, y si no se nos dice lo que verdaderamente ha pasado no podremos cumplir nuestra palabra.

Afectos a los compañeros y vosotros mandad a quien es vuestro y de la causa socialista

PABLO IGLESIAS

Madrid, 8 julio 1903.

Querido amigo Pascual: Recibí sus últimas, así como la hoja que acompañaba a la del 5. Creo que pudieron ahorrarse presentar a los patronos las bases de arreglo que les pedían aceptaran en 24 horas, porque debían ustedes estar seguros de que no las aceptaban. Había entre ellas una, la de la indemnización, que hacía imposible la aceptación de las demás. No es extraño que hayan contestado en la forma que lo han hecho.

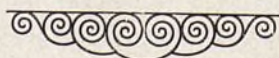
Por las proposiciones a que acabo de referirme, he podido ver que los consejos del Comité de la Unión y los míos no les han parecido buenos. Lo siento por ustedes, porque eso significa que no han estado a la altura que reclaman las circunstancias. Dispense que le hable así, porque cuanta más amistad haya, más franqueza debe existir. Ya que se equivocaron en el cálculo de que declarada reglamentaria la huelga de los costureros, se ganaría la reclamación sin llegar a aquella, debieron procurar mucho que la huelga durara lo menos posible, lo que no han hecho. insistiendo siempre, contra nuestro consejo, en reclamar indemnización. Creía que ustedes estaban completamente identificados con nosotros en el modo de conducir la lucha, y no ha resultado así.

Como lo que importa ahora es que la situación en que están no se prolongue, celebraré que se confirmen sus cálculos de que se colocarán en seguida 300 huelguistas y después más, porque las Secciones, como la huelga cuenta ya cuatro meses, van mostrándose rehacias en el pago de la cuota de huelga.

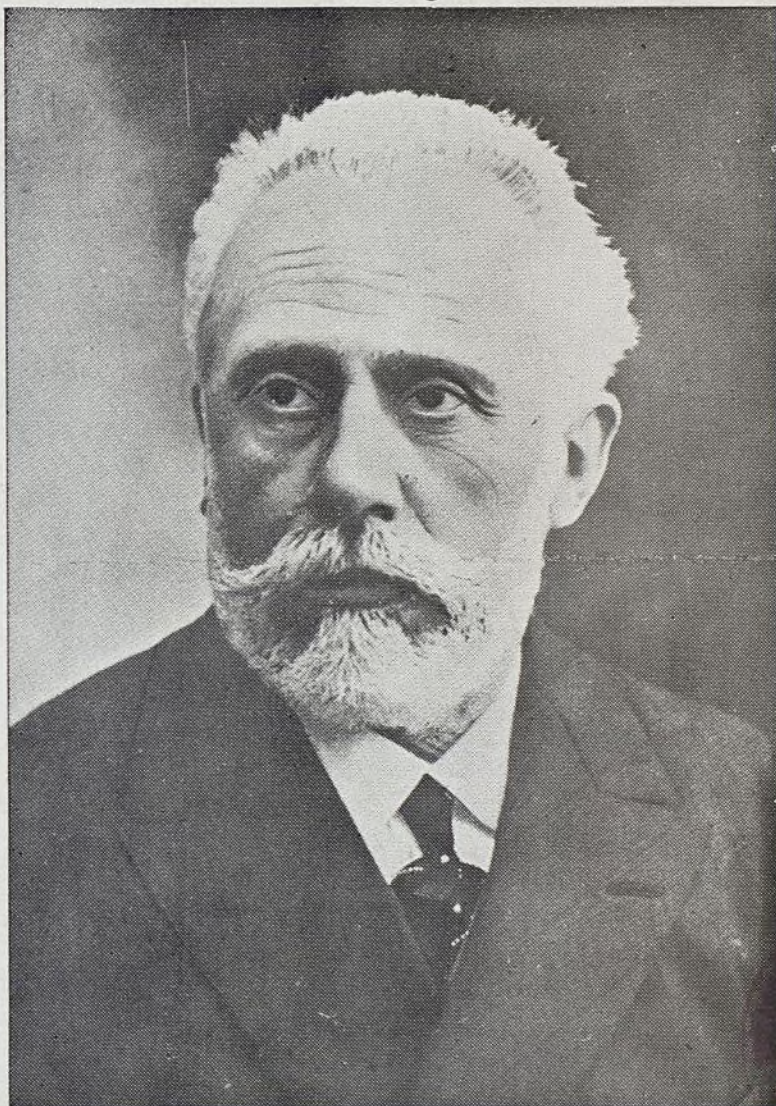
Mis afectos a los amigos y usted mande como guste al que siente de veras no haberlos visto en la lucha que sostienen tan acertados como deseaba

PABLO IGLESIAS

(Continuará).



GALERIA DE FUNDADORES
DEL PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPAÑOL



PABLO IGLESIAS POSEE (1850-1925)

Fundador, Maestro, educador, guía, visión, inteligencia y pasión del movimiento obrero español. La personalidad española más relevante de la historia contemporánea y una de las figuras más destacadas del movimiento obrero internacional. Los primeros pasos del socialismo en España fueron obra de su apostolado social, y hasta hoy, los socialistas nos servimos de su vida ejemplar y de su doctrina para no desmayar en la marcha de nuestra misión histórica.



Matías Gómez Latorre

Entre los hombres que rodearon a Pablo Iglesias para constituir el primer núcleo socialista, destacamos hoy estas tres figuras prósperas.

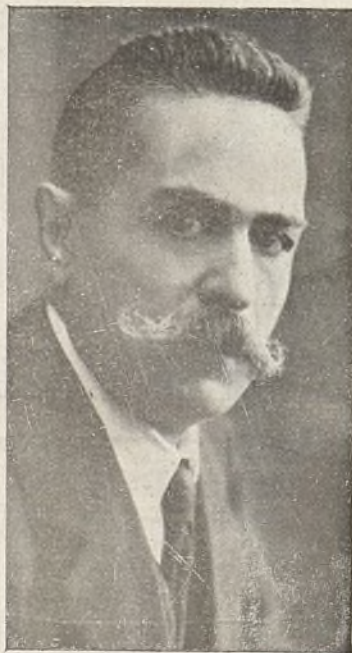
Matías Gómez Latorre, nos muestra hoy, a los noventa años de edad, el mismo entusiasmo de sus primeros



Francisco Mora

días de militante. Teórico y organizador del movimiento obrero, es el símbolo vivo de la solera socialista, que ha sabido compaginar lo más antiguo y lo más moderno para hacer del socialismo la realidad vital que en cada momento ha necesitado el pueblo español.

Francisco Mora, murió el 22 de Mayo de 1924. Ejemplo de hombre en continua superación. Desde las más humildes capas del trabajo, supo elevarse a la misión rectora de escritor, orador, organizador e historiador del movimiento socialista. Al lado de Pablo Iglesias sufrió todos los sinsabores de los tiempos heroicos. Su libro «Historia del Socialismo Obrero Español», es una fuente obligada de documentación para estudiar el resurgimiento de la



Antonio García Quejido

Antonio García Quejido, murió el 12 de junio de 1927. Voluntad de hierro en la organización del movimiento obrero. Secretario de la Unión General de Trabajadores; primer Presidente de la Federación Gráfica Española, concejal y diputado provincial por Madrid. Perteneció al Partido Socialista hasta el Congreso escisionista de 1921, afiliándose al comunismo, La muerte le evitó ver el desmoronamiento de sus ilusiones y comprobar el error de su posición.

He recibido del compañero Pascual Román la
cantidad de setenta y ocho pesetas, setenta céntimos,
(cinuenta y una peseta, setenta céntimos por gasto,
de ben y veintinueve por las dietas).

Elche, 23 de diciembre de 1900.

Pablo Iglesias

~~son 18,70 y 1 peseta.~~



Hace treinta y ocho años, en 1900, realizó Pablo Iglesias uno de sus viajes de propaganda por la provincia de Alicante. El recibo que reproducimos en esta página es prueba de su peregrinaje por las tierras levantinas, y en él se destacan dos de las cualidades más acusadas de El Abuelo: la pulcritud en sus relaciones con los hombres y la claridad en las cuentas. Ni el gasto de un céntimo sin justificar.

¡Como han cambiado los tiempos!



Julián Besteiro



El Partido Socialista Obrero Español, la historia de España desde 1900 hasta nuestros días, está llena de estos tres nombres: *Julián Besteiro, Francisco Largo Caballero e Indalecio Prieto.*

Lo que el socialismo encierra como proceso dialéctico, como vida re-



F. Largo Caballero

contacto con las masas, como polémica diaria para rectificar posiciones o para ratificarse en las trazadas. Lo que el socialismo significa como realidad española fundida en la realidad internacional, se halla en el pensamiento y en la acción de estos tres conductores y torjadores del Partido Socialista, conductores y forjadores a la vez de la nueva España que se está purificando en las trincheras y en el trabajo de retaguardia.

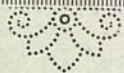
Antes de ellos, fueron otros: José Mesa Leompart, Pablo Iglesias, Jaime Vera, Juan José Morato, García Quejido, Francisco Mora, Matías Gómez Latorre, etc. Después de ellos vendrán otros, a quienes hay que dar paso en el devenir de los acontecimientos. Pero hoy, lo que el Socialismo significa como herencia de una tradición española en su interpretación marxista, lo que el socialismo es como potencial para el re-



Indalecio Prieto

surgimiento de España, de la España democrática, liberal y trabajadora, se halla representado en estos tres hombres: Julián Besteiro, Francisco Largo Caballero e Indalecio Prieto.

Nuestro pensamiento podrá discrepar de alguno de ellos, pero lo que el socialismo significa como armonía en la discrepancia, como pasión en la polémica y como cordialidad que brota de la capacidad comprensiva para respetar discrepancias, se halla representado en estas tres figuras del Partido Socialista Obrero Español.



(Viene de la página 24)

barriada de Cuatro Caminos las ambulancias retiraron cadáveres de obreros. Iglesias vivió desde su casa, retenido por la enfermedad, estos días de angustia. Se dijo que el movimiento no contaba con su simpatía. Besteiró lo desmintió. Aprobó el movimiento. La bandera de la amnistía, en la campaña electoral del año 1918, dió la victoria al Comité de huelga y a Indalecio Prieto, que hubo de refugiarse en Francia; ante el Congreso pudo denunciarse las atrocidades de la represión. En aquellas denuncias se reveló Prieto como un gran parlamentario.

Los años más admirables de Iglesias son estos en que, refugiado en su casa, riñe combate con la muerte. Pero aún había de vivir lo bastante para asistir con dolor a la escisión del Partido, motivada por la polémica abierta en él por la revolución rusa. La escisión separó a militantes muy estimables: Anguiano, Quejido, Ramón Lamóneda, Acevedo, Perezagua y Oscar Pérez Solís, entre otros (Lamóneda reingresó años más tarde y hoy ocupa la Secretaría del Partido). Para la salud de Iglesias la escisión fué mortal.

Se produjo el desastre de Annual y la minoría parlamentaria desarrolló una labor admirable. Prieto enardeció a España clamando por las responsabilidades. Los socialistas sostuvieron la tesis de que la responsabilidad era del régimen mismo, del rey. En remedio de aquella situación acudió Primo de Rivera con su golpe de Estado, hecho a medida de la conveniencia del rey (13 de septiembre de 1923). Iglesias recibió con profundo disgusto el golpe de Estado; pero fué de los que no se engañaron en cuanto a sus últimas consecuencias, que no llegó a conocer. Pablo Iglesias trabajaba y se moría todos los días un poco. Necesitaba interrumpir su ocupación muchas veces. Se le fatigaba la mano. Algunos de sus artículos últimos—murió escribiéndolos—tardaba una semana en concluirlos. Volviéndose a los libros, exclamaba con pena: «Ahora que no puedo leer, mira cuántos libros.»

De una visita a la otra, se le veía acabarse, se le notaban los estragos de la enfermedad. El 8 de diciembre—aniversario de la muerte de su madre, lo recordó él—entró en la agonía. El día 9, asistido de Matías Gómez, acabó. Es el año 1925.

Para triunfar en la Historia...

• Para triunfar en la Historia hace falta, ante todo,
aquella voluntad de poder de que habla Nietzsche,
y aquella actitud de supervivencia que atribuye Darwin a los más fuertes, que no son históricamente los que se adaptan al medio social para someterse a él y ser absorbidos por las clases dominantes, sino los que se arrojan al medio para conquistarlo y transformarlo; estas dos filosofías energéticas están implícitas en la filosofía de Marx, que no es una filosofía mecanicista, pasiva, contemplativa, como han creído muchos falsos intérpretes del marxismo, sino una filosofía voluntarista, creadora. Esta voluntad de poder es lo que ha faltado a los socialistas alemanes. De ahí su tragedia; una tragedia en cuyo triste espejo debemos mirarnos los socialistas del mundo entero.

(De «El derrumbamiento del socialismo alemán», por LUIS ARAQUISTAIN).

Jaime Vera

Jaime Vera nació en Salamanca el 20 de marzo de 1859. Desde sus primeros años tuvo ante los ojos ejemplos de pensamiento progresivo que habían de influir luego en su vida. Su padre, don Rafael Vera, fué amigo íntimo de Zurbano, de Prim y de Pi y Margall, con quienes colaboró en las conspiraciones políticas de su tiempo.

Un episodio de su niñez:

«Estábamos encerrados en casa. Eran tiempos de represión enconadísima. El miedo en las alturas se traducía en crueldades inhumanas sobre los de abajo. De pronto, vimos algo que hizo saltar nuestros corazones. A lo lejos una rondalla tocaba el «Himno de Riego». Era esto una audacia casi heroica. Todos, en mi casa, sentimos como un escalofrío. Nos agolpamos palpitantes a la ventana cerrada, escuchando a la rondalla que se acercaba. Pasó por debajo de nuestra casa. Después se fué alejando hasta que no se oyó nada. ¿Qué sería de aquellos valientes? No lo he sabido nunca, pero éste es uno de los recuerdos de mi infancia que más grabado ha quedado en mí.»

La carrera científica de Jaime Vera fué una de las más brillantes de la ciencia española. Doctorado en Medicina, alcanzó pronto los puestos más honrosos. Siendo aún bastante joven fué jefe del Manicomio del doctor Esquerdo, en Carabanchel Bajo.

El primero de sus triunfos, el más resonante, fué el notabilísimo informe médico sobre el cura Galeote, que atentó contra la vida del obispo de Madrid. Tan elocuente, tan ardoroso fué el informe del doctor Vera, que se dió un caso nunca visto en estrados: el reo Galeote, hombre de una hercúlea constitución, no pudo contenerse, y lanzándose hacia el joven doctor, lo alzó en sus brazos robustos y le paseó triunfalmente alrededor de la sala, en medio de la estupefacción de todos. Los jueces salieron del paso dictaminando que la locura del cura Galeote era posterior a su atentado (!), pero el hecho es que el doctor Vera triunfó en su noble empeño de salvar la vida de aquel hombre.

Este triunfo forense de Jaime Vera se reprodujo dos meses más tarde en el caso de Sancho Alegre y en el de don Nilo.

Por oposición había ganado la plaza, con el número 1, de profesor en el Hospital Provincial. Fué médico de los políticos más famosos y de gente de la más elevada aristocracia, que acudían a él, a pesar de saber cuáles eran sus ideales políticos.

Como socialista, la sociedad era para él un enfermo al que había que curar. Sus fórmulas marxistas eran un remedio definitivo.

A pesar del trabajo abrumador que sobre él existía, publicó gran número de artículos de carácter médico en «El Liberal», «Heraldo de Madrid» y revistas profesionales.

En «El Socialista» publicó igualmente trabajos que constituyen monumentos de pensamiento socialista. En el órgano de las Juventudes Socialistas, «Renovación», también escribió. Especialmente hemos de destacar la publicación en dicho periódico de una exégesis de Pablo Iglesias, que es, sin disputa, el estudio más completo, más profundo y más científico que se ha hecho acerca del fundador del P. S. O. E. Dejó dos obras escritas: «Estudio clínico de la parálisis general progresiva de los enajenados», y «La función de los conductos semicirculares».

Como polemista, Vera fué siempre un adversario formidable, al que temían los más avezados dialécticos. Fué secretario del Ateneo, en donde presentó una Memoria titulada: «¿Debe la psicología estudiarse como ciencia natural?», en cuya discusión intervinieron Azcárate, el doctor Sanmartín, el Padre Sánchez y el famoso sociólogo Vilanova, entre otros. Vera obtuvo en aquella ocasión uno de sus más grandes éxitos. También alcanzó otro éxito en la Academia de Jurisprudencia, donde contendió con Silvela, Moret, Maluquer, Francos Rodríguez, Salillas y Azcárate.

Vera tenía una rudísima cultura fundamental. No era sólo el médico sabio, sino también el escritor meritísimo. Su cultura histórica era extraordinaria; sabía perfectamente griego y latín, y hablaba como un galeno de la antigüedad. Poseía, además, el francés y el inglés. Estudió en París y en Londres. Hizo un viaje a Filipinas, donde completó sus conocimientos ya universales.

Vera ingresó en el Partido Socialista desde los primeros pasos de éste en la vida política española. Intervino en aquellas históricas discusiones del Fomento de las Artes. Allí conoció a Iglesias, del que fué amigo cordialísimo desde entonces. Ha sido Vera el tratadista más insigne del Socialismo, pues suyo es el magistral «Informe presentado ante la Comisión de Reformas Sociales por el Partido Socialista Español», en que se hace un estudio profundísimo, lleno de fuerza y de ciencia, de las teorías socialistas. En el Congreso del Partido Socialista anterior a su muerte, Vera fué el que escribió el informe sobre la actitud del Partido Socialista ante la guerra europea.

Este documento es también valiosísimo y uno de los que más fuertemente determinaron la situación del Partido Socialista ante el magno conflicto.

Con motivo de su muerte, 19 de agosto de 1918, el Consejo de Dirección de la Casa del Pueblo de Madrid decía a sus afiliados: «El pueblo fué siempre el amor de sus amores; y unas veces con su ciencia como médico y otras como político, desde el campo socialista, donde militaba desde su juventud, realizó en nuestro provecho una benemérita labor que no podemos olvidar.»

La Agrupación Socialista Madrileña también, dirigiéndose a sus afiliados, decía: «Ha muerto Jaime Vera, el hombre que con Iglesias, con Mora, con Gómez Latorre, trazó el camino, reanudó la senda por donde los demás con paso firme y seguro habíamos de caminar. Ha desaparecido de entre nosotros para siempre. El fué el primer intelectual que tuvo el Partido Socialista Obrero Español. Sirvanos su vida pletórica de sacrificios por el ideal, como norma a seguir e imitar.»

Asimismo la Federación de Juventudes Socialistas, en un llamamiento dirigido a sus afiliados, escribía: «Compañeros: Jaime Vera ha muerto; con él desaparece un hombre bueno, un sabio excelso, un maestro de socialistas.»

Porque el doctor Vera era un maestro de todos, y especialmente de los jóvenes socialistas, a los cuales dedicó uno de sus trabajos más bellos, plenos de sabiduría humana. Deber de las Juventudes Socialistas es el honrar la memoria de quien en vida fué su más glorioso guía y consejero.

Ganivet, decía del doctor Vera: «El único hombre de talento a quien vi discurrir entre tantos abogados era—cosas de España—un médico, el doctor Jaime Vera, que luego se pasó «sin armas ni bagajes» a las filas del socialismo.»

LOS TRABAJADORES COMO FUERZA REVOLUCIONARIA

«De igual suerte que la burguesía, nacida de las necesidades mismas de la sociedad feudal, obró como elemento destructor de ella, unas veces con apariencias tranquilas, otras impulsada por el furor revolucionario, así las necesidades del capitalismo, que representa el estado triunfante de la burguesía, engendran la fuerza social que ha de operar la transformación colectivista. Esta fuerza revolucionaria es la clase obrera, la clase que sufre las dolorosas consecuencias de la contradicción que el sistema capitalista lleva en sus entrañas».

(De «El Partido Socialista Obrero ante la Comisión de Reformas Sociales», por JAIME VERA.

Por qué los sindicatos soviéticos no ingresan en la F. S. I.

Debates y resoluciones de la reunión de Oslo

Las resoluciones tomadas por la Federación Sindical Internacional en las reuniones celebradas en Oslo el mes de mayo último, han sido objeto de despiadada crítica por casi toda la prensa española. Se han adulterado los acuerdos, se han desfigurado los debates, se han falseado clínicamente las manifestaciones de algunos líderes, pero hasta la fecha la clase trabajadora española ignora qué es lo que se dijo y por qué se tomaron acuerdos, que han roto las relaciones con los sindicatos soviéticos, iniciadas para llegar a la unidad internacional de la clase trabajadora.

Aunque SPARTACUS ha comentado esas resoluciones, considerando la ruptura de relaciones con los sindicatos soviéticos como una torpeza, pero rechazando también las absurdas posiciones de privilegio que querían imponer los rusos para su ingreso en la F. S. I., creemos necesario transcribir el resumen de las discusiones y resoluciones de Oslo, para que los lectores se hagan su propio juicio evitando recomendaciones interesadas de los inescrupulosos que a última hora tanto jaleo arman en torno de la unidad.

Una elemental decencia intelectual y el respeto que merecen los lectores obliga a ser imparciales en la exposición de documentos, pero está visto que la decencia no es valor corriente entre los traficantes de la unidad.

Schevenels informa de la actitud rusa. ¿Se puede preparar con críticas la entrada en el organismo censurado? La libertad de los Sindicatos rusos no existe.

El 18 de mayo, segundo día de las sesiones de Oslo, el Consejo General abordó el gran debate sobre el problema de la afiliación de los Sindicatos de la U. R. S. S., debate que se desarrolló en sesión pública.

El secretario general, Schevenels, ponente en el problema, presentó un resumen retrospectivo sobre la evolución política, así como sobre las decisiones que condujeron, en el Congreso de Londres de 1936, a la aprobación de mociones en virtud de las cuales se entablaron negociaciones con los Sindicatos rusos. Sabido es que las dos primeras cartas dirigidas a Moscú por la Secretaría de la F. S. I. quedaron sin contestar y solamente a la tercera carta enviada a Moscú, a petición de la reunión del Consejo General de Varsovia en 1937, se obtuvo una respuesta. A consecuencia de esta respuesta, una delegación, compuesta de los camaradas Jouhaux, Schevenels y Stolz, se trasladó a Moscú. Como es sabido, el resultado de las negociaciones de Moscú dio lugar a discusiones vivas en extremo en el seno del movimiento sindical internacional, e incluso se han formulado severas críticas. El camarada Schevenels expone la situación difícil en que se encontró la delegación de la F. S. I. frente a los Sindicatos soviéticos, pero estima, por su parte, que el «compte-rendu» escrito de las negociaciones de Moscú puede ser defendido perfectamente, ya que coincide con las decisiones de Varsovia, como igualmente con la resolución de Londres, abstracción hecha de la circunstancia de que no se trata en modo alguno de un acuerdo, sino de un «compte-rendu» de negociaciones, que no encierra ninguna obligación para la Mesa y para el Consejo General de la F. S. I. Después de haber expuesto ampliamente los móviles que han inspirado a la delegación de manera determinada en sus respuestas a los puntos suscitados por los rusos, Schevenels indicó, para terminar, que la cuestión de la libertad sindical y de la independencia de los Sindicatos soviéticos frente al Estado no habían sido suscitadas en Moscú, porque no era ese el mandato de la delegación. Debe darse por sentado que la libertad y la independencia de los Sindicatos rusos no existen y toda encuesta a este propósito es completamente superflua.

León Jouhaux defiende la afiliación. Rusia representa, frente a los países fascistas, los objetivos de la clase trabajadora.

León Jouhaux, primer orador que tomó parte en la discusión general, tuvo empeño en manifestar su sentimiento de que por la primera vez desde que colabora con los miembros de la Mesa directiva de la F. S. I. tenga que ser de una opinión enteramente distinta en un problema de tan capital importancia. Es partidario de la afiliación de los Sindicatos rusos, porque ante la amenaza creciente del fascismo, que se revela ahora hasta en América, la realización de la unidad sindical le parece una necesidad ineludible. Los ejemplos de Austria, de España y de la China, el peligro cada vez más grande que amenaza a los checos, no permiten considerar por más tiempo un problema tan importante como la afiliación de los Sindicatos rusos desde un punto de vista formalista o en función de ciertas concepciones. Es preciso que se comprenda en todas partes la necesidad de que las organizaciones rusas, con su fuerza orgánica, entren en la F. S. I. con todos los derechos, pero también con todas las obligaciones. Jouhaux hace un llamamiento a la solidaridad internacional y a la disciplina internacional sindical para vencer las dificultades y las objeciones. Para él, la circunstancia determinante es que Rusia, a pesar del régimen que debemos criticar y rechazar, persigue, en oposición a las dictaduras fascistas, los objetivos de la clase obrera y está dispuesta a obrar en común con nosotros en la lucha contra la guerra y el fascismo.

Jouhaux se lamenta que los Sindicatos rusos hayan puesto condiciones. Pero importa reunir todas las fuerzas para hacer frente a la amenaza contra las libertades.

También por su parte, Jouhaux señala que en Moscú la delegación de la F. S. I. ha cumplido su mandato dentro del respeto a los Estatutos de la F. S. I. y que la aceptación o la aprobación de los diversos puntos propuestos por los rusos se justificaba y legitimaba, dado que no constituyen una crítica de la actividad de la F. S. I. en el pasado. Por su parte, lamenta que los rusos hayan puesto condiciones para su afiliación. Pero han admitido, sin embargo, que estas condiciones no podrán ser discutidas sino una vez realizada la afiliación. Ante la expansión angustiosa en el mundo entero de la reacción y del imperialismo fascista, importa reunir todas las fuerzas para hacer frente a esta amenaza contra nuestras libertades. Ve en la continuación de las conversaciones con los rusos por la Mesa de la F. S. I. sobre la base de los Estatutos de ésta la contribución que el Consejo General debe aportar a la solución de este problema.

Habla el representante de Méjico. Al fascismo no se le vence estando a la defensiva. Estima necesaria la unión de acuerdo con la solución de Londres.

Toledano, secretario general de la Confederación de Trabajadores de Méjico, habla ante la Asamblea de las intrigas del fascismo internacional en el Brasil, en el Perú, en Guatemala y en Méjico, de suerte que el fascismo representa manifiestamente un peligro mundial contra el cual no se puede actuar sino mediante la ofensiva, no por medio de la defensiva. En estas condiciones, la reunión de Oslo del Consejo General reviste una significación histórica: se trata para el movimiento sindical internacional de agrupar todas las fuerzas independientemente de las convicciones políticas y religiosas. Méjico es partidario de realizar la unidad de acuerdo con la resolución de Londres. Todos debemos tener la firme voluntad de afianzar la indispensable defensa de la democracia por medio de la unidad sindical en el mundo entero.

Amaro del Rosal estima que el problema no es sencillo. Defiende la afiliación.

Amaro del Rosal, hablando en nombre de la Unión General de Trabajadores de España, declara apoyar las condiciones presentadas en Moscú. El problema de la afiliación de

los rusos no es con seguridad un problema sencillo, pero la cuestión de la libertad sindical no puede desempeñar ningún papel por lo demás, dado que la decisión de Londres, en virtud de la cual se han entablado las negociaciones de Moscú, no dice nada a este propósito. Los 170 millones de rusos y los 20 millones de trabajadores organizados en los Sindicatos rusos, representan en la lucha contra el fascismo una fuerza que no es posible desdeñar. La delegación española se felicita del resultado de las conversaciones de la delegación de la F. S. I. y pide que se prosigan las negociaciones con los Sindicatos rusos.

El delegado de Francia estima que mientras el fascismo avanza con paso gigantesco, el movimiento sindical lleva dos años sin dar señales de una vida eficaz.

Frachon (Francia) considera que la cuestión de la unidad sindical que dominaba ya en el Congreso de Londres, seguirá dominando nuestras preocupaciones en tanto que no haya sido resuelta.

Dos años han transcurrido desde la reunión de Londres; entre tanto, el fascismo ha realizado nuevos progresos amenazadores, mientras que el movimiento sindical internacional no ha avanzado en la solución de este problema. Las negociaciones, llenas de promesas, comenzadas en Moscú, deben, a pesar de las divergencias ideológicas y de la cuestión de la independencia de los Sindicatos rusos frente al Gobierno soviético (una cuestión que se podría también plantear a otras centrales nacionales) deben, decimos, proseguirse con decisión con la mira de llegar, lo más pronto posible, a un resultado positivo.

El delegado noruego estima que los Sindicatos rusos deben entrar en la Sindical sin condiciones ningunas, es decir, con las normas corrientes que han aceptado los demás Sindicatos en ella existentes.

Hindahl, presidente de la Confederación federal noruega, no cree que fuera una equivocación fundamental invitar a los rusos a que se afiliaran y negociar con ellos. Los delegados de la F. S. I. en Moscú no eran de un parecer unánime. La libertad de crítica con respecto a Rusia debe mantenerse incontestablemente de igual modo que la autonomía de las centrales nacionales debe seguir siendo un derecho imprescriptible. Los Sindicatos noruegos estiman que los Sindicatos rusos deben afiliarse a la F. S. I. de acuerdo con las reglas normales, e Hindahl declara a este propósito que debe aceptarse incluso que el movimiento pueda resultar por ello debilitado eventualmente en el plano nacional, ya que se vería sobradamente compensado por el inmenso beneficio internacional conseguido. Hace notar que el ingreso de los rusos sólo puede tener lugar en función de la igualdad de derechos y obligaciones con las demás centrales nacionales y que, dada la autonomía de las centrales nacionales, no es necesaria ninguna garantía especial. La central noruega presenta una propuesta referente a la continuación de las negociaciones con los rusos, que considera como indispensable.

El delegado de Países Bajos estima que los Sindicatos rusos no deben ingresar, aun sin condiciones. El mayor favor que puede hacerse al fascismo, dice, es colaborar con los rusos. Su afiliación podrá llevarse a cabo cuando no obedezcan a una dictadura.

Por su parte, De la Bella (Países Bajos) considera como lamentable que enfrente de la voluntad decidida y unánime de la delegación rusa, se haya encontrado en Moscú una delegación de la F. S. I. desunida. Para los Sindicatos neerlandeses, es en extremo importante saber si las negociaciones han tenido lugar a base de los Estatutos de la F. S. I. o de la re-

solución de Londres. Deplora que la delegación haya aceptado condiciones puestas por los rusos en lugar de ser la F. S. I. quien las ponga. La decisión de Londres nos ha ocasionado grandes dificultades y conviene tener en cuenta el hecho de que después del Congreso de Londres la situación ha cambiado mucho. Estima imposible el ingreso de los Sindicatos rusos en la F. S. I., incluso sin condiciones, porque está convencido que el mayor servicio que se puede hacer al fascismo es colaborar ahora con los comunistas. Conviene no menospreciar los peligros que resultarían de ello para el conjunto del movimiento sindical internacional y, sobre todo, no se debe dejar de tener en cuenta que la acción nacional de los Sindicatos en ciertos países se vería a causa de ello debilitada. No se halla convencido de que la afiliación de los rusos se traduzca en un refuerzo de la acción y se corre el riesgo, por el contrario, de venir a parar al resultado opuesto. Los Sindicatos neerlandeses rechazan la afiliación de los Sindicatos soviéticos con la mayor decisión. A su parecer, esta cuestión sólo deberá suscitarse cuando no sean más los instrumentos de una dictadura, sino organizaciones sindicales libres semejantes a las centrales nacionales de la F. S. I.

El delegado de Polonia se declara en contra de la afiliación. El resultado que se consiguiera estima que sería negativo para los Sindicatos de su país.

La discusión se prosigue al tercer día con una declaración del camarada Zdanowsky (Polonia), afirmando que la afiliación de los rusos arrastrarían al movimiento obrero y a los Sindicatos polacos en medio de dificultades inextricables. La afiliación de los rusos perturbaría la colaboración con el movimiento campesino y con la burguesía liberal, colaboración que constituye en Polonia la base fundamental del progreso social. En nombre de la Confederación Sindical Polaca se declara sin reservas en contra de la afiliación de los Sindicatos soviéticos.

Un apasionado discurso de Mertens. No puede accederse a la afiliación, porque las condiciones que imponen los Sindicatos soviéticos pugnan con los intereses del proletariado acogido a la F. S. I.

Después interviene en el debate el camarada Mertens, pronunciando un apasionado discurso. Igual que Jouhaux, lamenta que la Mesa directiva no haya podido llegar a una opinión uniforme sobre problema tan grave como la afiliación de los rusos. La actitud que se adopta en esta cuestión está fatalmente determinada por la situación particular del movimiento sindical de cada país. Recuerda que los Sindicatos rusos han constituido la única organización que no ha respondido a la invitación de la F. S. I., aunque ésta ha reiterado por dos veces la invitación a afiliarse. Solamente respondieron a la tercera carta que se les envió el año pasado después de la reunión de Varsovia. Con respecto a las negociaciones propiamente dichas, es indiscutible que no se llegó a un acuerdo en Moscú por la sencilla razón de que la delegación de la F. S. I. no estaba facultada para ello. A su parecer, las condiciones puestas por los rusos tienen que tropezar con las más vivas resistencias. Nos hallamos ante una maniobra semejante a las que los rusos han empleado en todo tiempo contra la F. S. I. Mertens critica enérgicamente las reivindicaciones de sanciones proletarias presentadas por los Sindicatos de un país en el que los obreros se ven obligados a trabajar para aprovisionar a los Estados fascistas y se expondrían a sufrir pena de muerte si intentaran impedir por medio de huelgas esta especie de concurso prestado al fascismo. Lamenta que la delegación de la F. S. I. no haya respondido de manera oportuna a tales exigencias, sino que las haya aceptado, por el contrario. Para Mertens es, sobre todo, inadmisibles que los rusos pongan una serie de condiciones orgánicas de las que hacen depender su eventual afiliación ulterior. Mertens cree que esta vez los rusos han maniobrado poco hábilmente. Inmediatamente después del Congreso de Londres no hubiéramos podido, en efecto, rechazar su afiliación sin condiciones; pero ahora que han presentado condiciones y exigencias, no podemos ya admitirlos. Mertens protesta vivamente contra la pretensión de los rusos de impedir toda crí-

tica contra Rusia y sus métodos de gobierno. Si se piensa que en ese caso no podríamos siquiera protestar en adelante contra la parodia de los procesos de Moscú, mediante los cuales se ha hecho desaparecer a los mejores luchadores de la primera fase revolucionaria, no se concibe a ningún precio. Citando el ejemplo de varios acontecimientos de Bélgica, Mertens muestra que en el momento presente, después de las negociaciones de Moscú, el trabajo subterráneo de la Internacional Roja se prosigue si no se intensifica. Mertens recuerda a este propósito el método constante seguido por los rusos desde 1920 para minar y destruir el trabajo de la Federación Sindical Internacional. Estima que es una ilusión el creer que la afiliación de los rusos traería consigo un incremento de fuerzas y que debemos guardarnos de confiar en esta ilusión.

Mertens declara que no solamente hay que rechazar las condiciones puestas por los rusos, sino que, ante el peligro de que la F. S. I. pierda algunas de sus Secciones nacionales, importa declinar la continuación de las negociaciones con los rusos.

El delegado de Suiza también está contra la afiliación.

Meister (Suiza) declara que para su país es imposible colaborar con los rusos, porque ello pondría en peligro la colaboración establecida con los jóvenes campesinos y los medios burgueses sobre bases democráticas, perturbando así la acción de la Unión Sindical Suiza. Pone a todos igualmente en guardia contra la afiliación de los Sindicatos rusos, porque ésta cambiaría totalmente el carácter de la F. S. I. sin que resulte de ello, en cambio, un refuerzo importante contra el frente del fascismo. Cree que la resolución de Londres fué un error y un compromiso derivado de la situación política de entonces, y que es de absoluta urgencia abrogarlo.

El delegado de la Federación Americana del Trabajo también está contra la afiliación. No se puede combatir a una dictadura, dice, aliándose con otra.

Matthew Woll declara, en nombre de la Federación Americana del Trabajo, que es en absoluto indispensable observar estrictamente los Estatutos y decisiones de la F. S. I. Y especialmente sobre la cuestión de la independencia de los Sindicatos y de la libertad sindical, dos principios en función de los cuales se ha afiliado la A. F. L. Es también igualmente indispensable mantener la plena autonomía de las centrales nacionales. Ve en los Sindicatos rusos una organización comunista, dependiente de la dictadura y que persigue en el momento actual una política de unidad orgánica por motivos de una política pura. En vez de admitir que las pseudoorganizaciones rusas pongan condiciones, es la F. S. I. quien debiera haberlas puesto. Critica después las condiciones que llevan consigo las proposiciones rusas y las rechaza en bloque; en su opinión, sería una situación paradójica combatir la dictadura fascista asociándose a otra dictadura. Esto engendraría una gran confusión ideológica que el movimiento no es susceptible de soportar sin perjuicios.

En seis años se trabajó estérilmente junto a los rusos, dice Schifferstein.

Durante la sesión de la tarde, el camarada Schifferstein expuso algunas de las experiencias que hizo su Internacional los seis años durante los cuales la Federación rusa fué miembro de ella. Fracasaron todas las tentativas para realizar un trabajo positivo y fué absolutamente imposible entrar en contacto directo con los trabajadores rusos. Fueron seis años de trabajo estéril y de disensiones continuas. Estima que las centrales nacionales pueden sacar provecho de esta experiencia para adoptar su decisión.

Los checoslovacos rechazan las condiciones de los rusos; pero estiman que debe seguirse una política de acercamiento.

Tayerle, en nombre de la Central Sindical Checoslovaca, declara que para ésta también

el problema de la situación de los Sindicatos en el Estado es decisiva. Las condiciones que han puesto los rusos deben ser rechazadas radicalmente. Sin embargo, no se debe pasar al orden del día, sin autorizar a la Mesa para que prosiga las negociaciones con el fin de llegar con respecto a los Sindicatos rusos a una aproximación ideológica.

Los suecos y los finlandeses también contra la afiliación. Sus Sindicatos han tenido que luchar contra el comunismo.

A. Lindberg (Suecia) estima que la resolución de Londres fué un error, y que no sólo se puede, sino que se debe anular. Actualmente nos encontramos, por lo que se refiere a Rusia, en una situación totalmente distinta a la del Congreso de Londres, habiendo tenido lugar una evolución no en un sentido democrático, sino hacia una dictadura más brutal que nunca. Hay que ponerse en guardia contra la tentación de quitar importancia a las condiciones rusas, principalmente por lo que se refiere a la cuestión de las sanciones proletarias. No llega a comprender cómo la afiliación de los rusos produciría un refuerzo de la democracia y podría servir a su salvaguarda. Suecia no puede permitir el ingreso de los rusos, tanto menos cuanto que el movimiento sindical sueco ha encontrado su fuerza en la lucha muy seria que ha tenido que mantener contra el comunismo. Finlandia se encuentra en una situación análoga si no peor. Se pronuncia en favor de la resolución adoptada por la Mesa directiva y por lo demás estima que se podría esperar a que la situación se aclare en Rusia.

Los daneses no creen que los Sindicatos soviéticos pretendan ingresar en serio en la F. S. I.

Knud Jensen (Dinamarca) no está seguro en modo alguno de que los rusos quieran en serio ingresar en la F. S. I. y constata que su admisión y el cumplimiento de sus condiciones llevaría consigo la baja en la F. S. I. de varias Secciones importantes: la cuestión no se plantea siquiera. Antes de tomar una decisión hay que pensar cuidadosamente sus consecuencias. La Central Sindical Danesa estima que el problema de la admisión de los Sindicatos rusos sólo se planteará en el momento en que la situación haya cambiado sensiblemente en Rusia.

George Hicks dice que deben rechazarse las condiciones, aunque hay que seguir una política de acercamiento sindical.

El último orador es George Hicks, el cual, en nombre de la delegación de T. U. C., considera que el deber de la F. S. I. es llegar al máximo de unidad sindical. Dadas las condiciones rusas, y en ausencia de una propuesta correspondiente, no es posible prever las funestas consecuencias que se seguirían si no se rechazan dichas condiciones. Recuerda que el Congreso de Londres se había ocupado simultáneamente del problema de la libertad sindical y que se llegó a la conclusión de que la F. S. I. no puede aceptar la solución bolchevista; y que la función impuesta en la U. R. S. S. a los Sindicatos no responde en modo alguno a las concepciones del sindicalismo libre. Los Sindicatos rusos son instrumentos colocados bajo el control absoluto de una dictadura política. La F. S. I. no cambia su posición de principio al confirmar de nuevo este estado de cosas. Por este motivo, la T. U. C. es partidaria de que se rechacen las condiciones.

Habla Schevenels nuevamente.

Después de una breve réplica del ponente Schevenels, haciendo notar especialmente que lo que se discutió en el Congreso de Londres fué el problema de la afiliación y no el de la unidad sindical, como algunos parecen creer, aquél considera integralmente la autonomía de las centrales nacionales, y que en virtud de los Estatutos de la F. S. I., los secretarios profesionales internacionales no están autorizados para admitir organizaciones rusas sin la

Jaime Vera

Jaime Vera nació en Salamanca el 20 de marzo de 1859. Desde sus primeros años tuvo ante los ojos ejemplos de pensamiento progresivo que habían de influir luego en su vida. Su padre, don Rafael Vera, fué amigo íntimo de Zurbano, de Prim y de Pi y Margall, con quienes colaboró en las conspiraciones políticas de su tiempo.

Un episodio de su niñez:

«Estábamos encerrados en casa. Eran tiempos de represión enconadísima. El miedo en las alturas se traducía en crueldades inhumanas sobre los de abajo. De pronto, vimos algo que hizo saltar nuestros corazones. A lo lejos una rondalla tocaba el «Himno de Riego». Era esto una audacia casi heroica. Todos, en mi casa, sentimos como un escalofrío. Nos agolpamos palpitantes a la ventana cerrada, escuchando a la rondalla que se acercaba. Pasó por debajo de nuestra casa. Después se fué alejando hasta que no se oyó nada. ¿Qué sería de aquellos valientes? No lo he sabido nunca, pero éste es uno de los recuerdos de mi infancia que más grabado ha quedado en mí.»

La carrera científica de Jaime Vera fué una de las más brillantes de la ciencia española. Doctorado en Medicina, alcanzó pronto los puestos más honrosos. Siendo aún bastante joven fué jefe del Manicomio del doctor Esquerdo, en Carabanchel Bajo.

El primero de sus triunfos, el más resonante, fué el notabilísimo informe médico sobre el cura Galeote, que atentó contra la vida del obispo de Madrid. Tan elocuente, tan ardoroso fué el informe del doctor Vera, que se dió un caso nunca visto en estrados: el reo Galeote, hombre de una hercúlea constitución, no pudo contenerse, y lanzándose hacia el joven doctor, lo alzó en sus brazos robustos y le paseó triunfalmente alrededor de la sala, en medio de la estupefacción de todos. Los jueces salieron del paso dictaminando que la locura del cura Galeote era posterior a su atentado (!), pero el hecho es que el doctor Vera triunfó en su noble empeño de salvar la vida de aquel hombre.

Este triunfo forense de Jaime Vera se reprodujo dos meses más tarde en el caso de Sancho Alegre y en el de don Nilo.

Por oposición había ganado la plaza, con el número 1, de profesor en el Hospital Provincial. Fué médico de los políticos más famosos y de gente de la más elevada aristocracia, que acudían a él, a pesar de saber cuáles eran sus ideales políticos.

Como socialista, la sociedad era para él un enfermo al que había que curar. Sus fórmulas marxistas eran un remedio definitivo.

A pesar del trabajo abrumador que sobre él existía, publicó gran número de artículos de carácter médico en «El Liberal», «Heraldo de Madrid» y revistas profesionales.

En «El Socialista» publicó igualmente trabajos que constituyen monumentos de pensamiento socialista. En el órgano de las Juventudes Socialistas, «Renovación», también escribió. Especialmente hemos de destacar la publicación en dicho periódico de una exégesis de Pablo Iglesias, que es, sin disputa, el estudio más completo, más profundo y más científico que se ha hecho acerca del fundador del P. S. O. E. Dejó dos obras escritas: «Estudio clínico de la parálisis general progresiva de los enajenados», y «La función de los conductos semicirculares».

Como polemista, Vera fué siempre un adversario formidable, al que temían los más avezados dialécticos. Fué secretario del Ateneo, en donde presentó una Memoria titulada: «¿Debe la psicología estudiarse como ciencia natural?», en cuya discusión intervinieron Azcárate, el doctor Sanmartín, el Padre Sánchez y el famoso sociólogo Vilanova, entre otros. Vera obtuvo en aquella ocasión uno de sus más grandes éxitos. También alcanzó otro éxito en la Academia de Jurisprudencia, donde contendió con Silvela, Moret, Maluquer, Francos Rodríguez, Salillas y Azcárate.

Vera tenía una rudísima cultura fundamental. No era sólo el médico sabio, sino también el escritor meritísimo. Su cultura histórica era extraordinaria; sabía perfectamente griego y latín, y hablaba como un galeno de la antigüedad. Poseía, además, el francés y el inglés. Estudió en París y en Londres. Hizo un viaje a Filipinas, donde completó sus conocimientos ya universales.

Vera ingresó en el Partido Socialista desde los primeros pasos de éste en la vida política española. Intervino en aquellas históricas discusiones del Fomento de las Artes. Allí conoció a Iglesias, del que fué amigo cordialísimo desde entonces. Ha sido Vera el tratadista más insigne del Socialismo, pues suyo es el magistral «Informe presentado ante la Comisión de Reformas Sociales por el Partido Socialista Español», en que se hace un estudio profundísimo, lleno de fuerza y de ciencia, de las teorías socialistas. En el Congreso del Partido Socialista anterior a su muerte, Vera fué el que escribió el informe sobre la actitud del Partido Socialista ante la guerra europea.

Este documento es también valiosísimo y uno de los que más fuertemente determinaron la situación del Partido Socialista ante el magno conflicto.

Con motivo de su muerte, 19 de agosto de 1918, el Consejo de Dirección de la Casa del Pueblo de Madrid decía a sus afiliados: «El pueblo fué siempre el amor de sus amores; y unas veces con su ciencia como médico y otras como político, desde el campo socialista, donde militaba desde su juventud, realizó en nuestro provecho una benemérita labor que no podemos olvidar.»

La Agrupación Socialista Madrileña también, dirigiéndose a sus afiliados, decía: «Ha muerto Jaime Vera, el hombre que con Iglesias, con Mora, con Gómez Latorre, trazó el camino, reanudó la senda por donde los demás con paso firme y seguro habíamos de caminar. Ha desaparecido de entre nosotros para siempre. El fué el primer intelectual que tuvo el Partido Socialista Obrero Español. Sirvanos su vida pletórica de sacrificios por el ideal, como norma a seguir e imitar.»

Asimismo la Federación de Juventudes Socialistas, en un llamamiento dirigido a sus afiliados, escribía: «Compañeros: Jaime Vera ha muerto; con él desaparece un hombre bueno, un sabio excelso, un maestro de socialistas.»

Porque el doctor Vera era un maestro de todos, y especialmente de los jóvenes socialistas, a los cuales dedicó uno de sus trabajos más bellos, plenos de sabiduría humana. Deber de las Juventudes Socialistas es el honrar la memoria de quien en vida fué su más glorioso guía y consejero.

Ganivet, decía del doctor Vera: «El único hombre de talento a quien vi discurrir entre tantos abogados era—cosas de España—un médico, el doctor Jaime Vera, que luego se pasó «sin armas ni bagajes» a las filas del socialismo.»

LOS TRABAJADORES COMO FUERZA REVOLUCIONARIA

«De igual suerte que la burguesía, nacida de las necesidades mismas de la sociedad feudal, obró como elemento destructor de ella, unas veces con apariencias tranquilas, otras impulsada por el furor revolucionario, así las necesidades del capitalismo, que representa el estado triunfante de la burguesía, engendran la fuerza social que ha de operar la transformación colectivista. Esta fuerza revolucionaria es la clase obrera, la clase que sufre las dolorosas consecuencias de la contradicción que el sistema capitalista lleva en sus entrañas».

(De «El Partido Socialista Obrero ante la Comisión de Reformas Sociales», por JAIME VERA.

Por qué los sindicatos soviéticos no ingresan en la F. S. I.

Debates y resoluciones de la reunión de Oslo

Las resoluciones tomadas por la Federación Sindical Internacional en las reuniones celebradas en Oslo el mes de mayo último, han sido objeto de despiadada crítica por casi toda la prensa española. Se han adulterado los acuerdos, se han desfigurado los debates, se han falseado clínicamente las manifestaciones de algunos líderes, pero hasta la fecha la clase trabajadora española ignora qué es lo que se dijo y por qué se tomaron acuerdos, que han roto las relaciones con los sindicatos soviéticos, iniciadas para llegar a la unidad internacional de la clase trabajadora.

Aunque SPARTACUS ha comentado esas resoluciones, considerando la ruptura de relaciones con los sindicatos soviéticos como una torpeza, pero rechazando también las absurdas posiciones de privilegio que querían imponer los rusos para su ingreso en la F. S. I., creemos necesario transcribir el resumen de las discusiones y resoluciones de Oslo, para que los lectores se hagan su propio juicio evitando recomendaciones interesadas de los inescrupulosos que a última hora tanto jaleo arman en torno de la unidad

Una elemental decencia intelectual y el respeto que merecen los lectores obliga a ser imparciales en la exposición de documentos, pero está visto que la decencia no es valor corriente entre los traficantes de la unidad.

Schevenels informa de la actitud rusa. ¿Se puede preparar con críticas la entrada en el organismo censurado? La libertad de los Sindicatos rusos no existe.

El 18 de mayo, segundo día de las sesiones de Oslo, el Consejo General abordó el gran debate sobre el problema de la afiliación de los Sindicatos de la U. R. S. S., debate que se desarrolló en sesión pública.

El secretario general, Schevenels, ponente en el problema, presentó un resumen retrospectivo sobre la evolución política, así como sobre las decisiones que condujeron, en el Congreso de Londres de 1936, a la aprobación de mociones en virtud de las cuales se entablaron negociaciones con los Sindicatos rusos. Sabido es que las dos primeras cartas dirigidas a Moscú por la Secretaría de la F. S. I. quedaron sin contestar y solamente a la tercera carta enviada a Moscú, a petición de la reunión del Consejo General de Varsovia en 1937, se obtuvo una respuesta. A consecuencia de esta respuesta, una delegación, compuesta de los camaradas Jouhaux, Schevenels y Stolz, se trasladó a Moscú. Como es sabido, el resultado de las negociaciones de Moscú dio lugar a discusiones vivas en extremo en el seno del movimiento sindical internacional, e incluso se han formulado severas críticas. El camarada Schevenels expone la situación difícil en que se encontró la delegación de la F. S. I. frente a los Sindicatos soviéticos, pero estima, por su parte, que el «compte-rendu» escrito de las negociaciones de Moscú puede ser defendido perfectamente, ya que coincide con las decisiones de Varsovia, como igualmente con la resolución de Londres, abstracción hecha de la circunstancia de que no se trata en modo alguno de un acuerdo, sino de un «compte-rendu» de negociaciones, que no encierra ninguna obligación para la Mesa y para el Consejo General de la F. S. I. Después de haber expuesto ampliamente los móviles que han inspirado a la delegación de manera determinada en sus respuestas a los puntos suscitados por los rusos, Schevenels indicó, para terminar, que la cuestión de la libertad sindical y de la independencia de los Sindicatos soviéticos frente al Estado no habían sido suscitadas en Moscú, porque no era ese el mandato de la delegación. Debe darse por sentado que la libertad y la independencia de los Sindicatos rusos no existen y toda encuesta a este propósito es completamente superflua.

León Jouhaux defiende la afiliación. Rusia representa, frente a los países fascistas, los objetivos de la clase trabajadora.

León Jouhaux, primer orador que tomó parte en la discusión general, tuvo empeño en manifestar su sentimiento de que por la primera vez desde que colabora con los miembros de la Mesa directiva de la F. S. I. tenga que ser de una opinión enteramente distinta en un problema de tan capital importancia. Es partidario de la afiliación de los Sindicatos rusos, porque ante la amenaza creciente del fascismo, que se revela ahora hasta en América, la realización de la unidad sindical le parece una necesidad ineludible. Los ejemplos de Austria, de España y de la China, el peligro cada vez más grande que amenaza a los checos, no permiten considerar por más tiempo un problema tan importante como la afiliación de los Sindicatos rusos desde un punto de vista formalista o en función de ciertas concepciones. Es preciso que se comprenda en todas partes la necesidad de que las organizaciones rusas, con su fuerza orgánica, entren en la F. S. I. con todos los derechos, pero también con todas las obligaciones. Jouhaux hace un llamamiento a la solidaridad internacional y a la disciplina internacional para vencer las dificultades y las objeciones. Para él, la circunstancia determinante es que Rusia, a pesar del régimen que debemos criticar y rechazar, persigue, en oposición a las dictaduras fascistas, los objetivos de la clase obrera y está dispuesta a obrar en común con nosotros en la lucha contra la guerra y el fascismo.

Jouhaux se lamenta que los Sindicatos rusos hayan puesto condiciones. Pero importa reunir todas las fuerzas para hacer frente a la amenaza contra las libertades.

También por su parte, Jouhaux señala que en Moscú la delegación de la F. S. I. ha cumplido su mandato dentro del respeto a los Estatutos de la F. S. I. y que la aceptación o la aprobación de los diversos puntos propuestos por los rusos se justificaba y legitimaba, dado que no constituyen una crítica de la actividad de la F. S. I. en el pasado. Por su parte, lamenta que los rusos hayan puesto condiciones para su afiliación. Pero han admitido, sin embargo, que estas condiciones no podrán ser discutidas sino una vez realizada la afiliación. Ante la expansión angustiosa en el mundo entero de la reacción y del imperialismo fascista, importa reunir todas las fuerzas para hacer frente a esta amenaza contra nuestras libertades. Ve en la continuación de las conversaciones con los rusos por la Mesa de la F. S. I. sobre la base de los Estatutos de ésta la contribución que el Consejo General debe aportar a la solución de este problema.

Habla el representante de Méjico. Al fascismo no se le vence estando a la defensiva. Estima necesaria la unión de acuerdo con la solución de Londres.

Toledano, secretario general de la Confederación de Trabajadores de Méjico, habla ante la Asamblea de las intrigas del fascismo internacional en el Brasil, en el Perú, en Guatemala y en Méjico, de suerte que el fascismo representa manifiestamente un peligro mundial contra el cual no se puede actuar sino mediante la ofensiva, no por medio de la defensiva. En estas condiciones, la reunión de Oslo del Consejo General reviste una significación histórica: se trata para el movimiento sindical internacional de agrupar todas las fuerzas independientemente de las convicciones políticas y religiosas. Méjico es partidario de realizar la unidad de acuerdo con la resolución de Londres. Todos debemos tener la firme voluntad de afianzar la indispensable defensa de la democracia por medio de la unidad sindical en el mundo entero.

Amaro del Rosal estima que el problema no es sencillo. Defiende la afiliación.

Amaro del Rosal, hablando en nombre de la Unión General de Trabajadores de España, declara apoyar las condiciones presentadas en Moscú. El problema de la afiliación de

los rusos no es con seguridad un problema sencillo, pero la cuestión de la libertad sindical no puede desempeñar ningún papel por lo demás, dado que la decisión de Londres, en virtud de la cual se han entablado las negociaciones de Moscú, no dice nada a este propósito. Los 170 millones de rusos y los 20 millones de trabajadores organizados en los Sindicatos rusos, representan en la lucha contra el fascismo una fuerza que no es posible desdeñar. La delegación española se felicita del resultado de las conversaciones de la delegación de la F. S. I. y pide que se prosigan las negociaciones con los Sindicatos rusos.

El delegado de Francia estima que mientras el fascismo avanza con paso gigantesco, el movimiento sindical lleva dos años sin dar señales de una vida eficaz.

Frachon (Francia) considera que la cuestión de la unidad sindical que dominaba ya en el Congreso de Londres, seguirá dominando nuestras preocupaciones en tanto que no haya sido resuelta.

Dos años han transcurrido desde la reunión de Londres; entre tanto, el fascismo ha realizado nuevos progresos amenazadores, mientras que el movimiento sindical internacional no ha avanzado en la solución de este problema. Las negociaciones, llenas de promesas, comenzadas en Moscú, deben, a pesar de las divergencias ideológicas y de la cuestión de la independencia de los Sindicatos rusos frente al Gobierno soviético (una cuestión que se podría también plantear a otras centrales nacionales) deben, decimos, proseguirse con decisión con la mira de llegar, lo más pronto posible, a un resultado positivo.

El delegado noruego estima que los Sindicatos rusos deben entrar en la Sindical sin condiciones ningunas, es decir, con las normas corrientes que han aceptado los demás Sindicatos en ella existentes.

Hindahl, presidente de la Confederación federal noruega, no cree que fuera una equivocación fundamental invitar a los rusos a que se afiliaran y negociar con ellos. Los delegados de la F. S. I. en Moscú no eran de un parecer unánime. La libertad de crítica con respecto a Rusia debe mantenerse incontestablemente de igual modo que la autonomía de las centrales nacionales debe seguir siendo un derecho imprescriptible. Los Sindicatos noruegos estiman que los Sindicatos rusos deben afiliarse a la F. S. I. de acuerdo con las reglas normales, e Hindahl declara a este propósito que debe aceptarse incluso que el movimiento pueda resultar por ello debilitado eventualmente en el plano nacional, ya que se vería sobradamente compensado por el inmenso beneficio internacional conseguido. Hace notar que el ingreso de los rusos sólo puede tener lugar en función de la igualdad de derechos y obligaciones con las demás centrales nacionales y que, dada la autonomía de las centrales nacionales, no es necesaria ninguna garantía especial. La central noruega presenta una propuesta referente a la continuación de las negociaciones con los rusos, que considera como indispensable.

El delegado de Países Bajos estima que los Sindicatos rusos no deben ingresar, aun sin condiciones. El mayor favor que puede hacerse al fascismo, dice, es colaborar con los rusos. Su afiliación podrá llevarse a cabo cuando no obedezcan a una dictadura.

Por su parte, De la Bella (Países Bajos) considera como lamentable que enfrente de la voluntad decidida y unánime de la delegación rusa, se haya encontrado en Moscú una delegación de la F. S. I. desunida. Para los Sindicatos neerlandeses, es en extremo importante saber si las negociaciones han tenido lugar a base de los Estatutos de la F. S. I. o de la re-

solución de Londres. Deplora que la delegación haya aceptado condiciones puestas por los rusos en lugar de ser la F. S. I. quien las ponga. La decisión de Londres nos ha ocasionado grandes dificultades y conviene tener en cuenta el hecho de que después del Congreso de Londres la situación ha cambiado mucho. Estima imposible el ingreso de los Sindicatos rusos en la F. S. I., incluso sin condiciones, porque está convencido que el mayor servicio que se puede hacer al fascismo es colaborar ahora con los comunistas. Conviene no menospreciar los peligros que resultarían de ello para el conjunto del movimiento sindical internacional y, sobre todo, no se debe dejar de tener en cuenta que la acción nacional de los Sindicatos en ciertos países se vería a causa de ello debilitada. No se halla convencido de que la afiliación de los rusos se traduzca en un refuerzo de la acción y se corre el riesgo, por el contrario, de venir a parar al resultado opuesto. Los Sindicatos neerlandeses rechazan la afiliación de los Sindicatos soviéticos con la mayor decisión. A su parecer, esta cuestión sólo deberá suscitarse cuando no sean más los instrumentos de una dictadura, sino organizaciones sindicales libres semejantes a las centrales nacionales de la F. S. I.

El delegado de Polonia se declara en contra de la afiliación. El resultado que se consiguiera estima que sería negativo para los Sindicatos de su país.

La discusión se prosigue al tercer día con una declaración del camarada Zdanowsky (Polonia), afirmando que la afiliación de los rusos arrastrarían al movimiento obrero y a los Sindicatos polacos en medio de dificultades inextricables. La afiliación de los rusos perturbaría la colaboración con el movimiento campesino y con la burguesía liberal, colaboración que constituye en Polonia la base fundamental del progreso social. En nombre de la Confederación Sindical Polaca se declara sin reservas en contra de la afiliación de los Sindicatos soviéticos.

Un apasionado discurso de Mertens. No puede accederse a la afiliación, porque las condiciones que imponen los Sindicatos soviéticos pugnan con los intereses del proletariado acogido a la F. S. I.

Después interviene en el debate el camarada Mertens, pronunciando un apasionado discurso. Igual que Jouhaux, lamenta que la Mesa directiva no haya podido llegar a una opinión uniforme sobre problema tan grave como la afiliación de los rusos. La actitud que se adopta en esta cuestión está fatalmente determinada por la situación particular del movimiento sindical de cada país. Recuerda que los Sindicatos rusos han constituido la única organización que no ha respondido a la invitación de la F. S. I., aunque ésta ha reiterado por dos veces la invitación a afiliarse. Solamente respondieron a la tercera carta que se les envió el año pasado después de la reunión de Varsovia. Con respecto a las negociaciones propiamente dichas, es indiscutible que no se llegó a un acuerdo en Moscú por la sencilla razón de que la delegación de la F. S. I. no estaba facultada para ello. A su parecer, las condiciones puestas por los rusos tienen que tropezar con las más vivas resistencias. Nos hallamos ante una maniobra semejante a las que los rusos han empleado en todo tiempo contra la F. S. I. Mertens critica enérgicamente las reivindicaciones de sanciones proletarias presentadas por los Sindicatos de un país en el que los obreros se ven obligados a trabajar para aprovisionar a los Estados fascistas y se expondrían a sufrir pena de muerte si intentaran impedir por medio de huelgas esta especie de concurso prestado al fascismo. Lamenta que la delegación de la F. S. I. no haya respondido de manera oportuna a tales exigencias, sino que las haya aceptado, por el contrario. Para Mertens es, sobre todo, inadmisibles que los rusos pongan una serie de condiciones orgánicas de las que hacen depender su eventual afiliación ulterior. Mertens cree que esta vez los rusos han maniobrado poco hábilmente. Inmediatamente después del Congreso de Londres no hubiéramos podido, en efecto, rechazar su afiliación sin condiciones; pero ahora que han presentado condiciones y exigencias, no podemos ya admitirlos. Mertens protesta vivamente contra la pretensión de los rusos de impedir toda crí-

tica contra Rusia y sus métodos de gobierno. Si se piensa que en ese caso no podríamos siquiera protestar en adelante contra la parodia de los procesos de Moscú, mediante los cuales se ha hecho desaparecer a los mejores luchadores de la primera fase revolucionaria, no se concibe a ningún precio. Citando el ejemplo de varios acontecimientos de Bélgica, Mertens muestra que en el momento presente, después de las negociaciones de Moscú, el trabajo subterráneo de la Internacional Roja se prosigue si no se intensifica. Mertens recuerda a este propósito el método constante seguido por los rusos desde 1920 para minar y destruir el trabajo de la Federación Sindical Internacional. Estima que es una ilusión el creer que la afiliación de los rusos traería consigo un incremento de fuerzas y que debemos guardarnos de confiar en esta ilusión.

Mertens declara que no solamente hay que rechazar las condiciones puestas por los rusos, sino que, ante el peligro de que la F. S. I. pierda algunas de sus Secciones nacionales, importa declinar la continuación de las negociaciones con los rusos.

El delegado de Suiza también está contra la afiliación.

Meister (Suiza) declara que para su país es imposible colaborar con los rusos, porque ello pondría en peligro la colaboración establecida con los jóvenes campesinos y los medios burgueses sobre bases democráticas, perturbando así la acción de la Unión Sindical Suiza. Pone a todos igualmente en guardia contra la afiliación de los Sindicatos rusos, porque ésta cambiaría totalmente el carácter de la F. S. I. sin que resulte de ello, en cambio, un refuerzo importante contra el frente del fascismo. Cree que la resolución de Londres fué un error y un compromiso derivado de la situación política de entonces, y que es de absoluta urgencia abrogarlo.

El delegado de la Federación Americana del Trabajo también está contra la afiliación. No se puede combatir a una dictadura, dice, aliándose con otra.

Matthew Woll declara, en nombre de la Federación Americana del Trabajo, que es en absoluto indispensable observar estrictamente los Estatutos y decisiones de la F. S. I. Y especialmente sobre la cuestión de la independencia de los Sindicatos y de la libertad sindical, dos principios en función de los cuales se ha afiliado la A. F. L. Es también igualmente indispensable mantener la plena autonomía de las centrales nacionales. Ve en los Sindicatos rusos una organización comunista, dependiente de la dictadura y que persigue en el momento actual una política de unidad orgánica por motivos de una política pura. En vez de admitir que las pseudoorganizaciones rusas pongan condiciones, es la F. S. I. quien debiera haberlas puesto. Critica después las condiciones que llevan consigo las proposiciones rusas y las rechaza en bloque; en su opinión, sería una situación paradójica combatir la dictadura fascista asociándose a otra dictadura. Esto engendraría una gran confusión ideológica que el movimiento no es susceptible de soportar sin perjuicios.

En seis años se trabajó estérilmente junto a los rusos, dice Schifferstein.

Durante la sesión de la tarde, el camarada Schifferstein expuso algunas de las experiencias que hizo su Internacional los seis años durante los cuales la Federación rusa fué miembro de ella. Fracasaron todas las tentativas para realizar un trabajo positivo y fué absolutamente imposible entrar en contacto directo con los trabajadores rusos. Fueron seis años de trabajo estéril y de disensiones continuas. Estima que las centrales nacionales pueden sacar provecho de esta experiencia para adoptar su decisión.

Los checoslovacos rechazan las condiciones de los rusos; pero estiman que debe seguirse una política de acercamiento.

Tayerle, en nombre de la Central Sindical Checoslovaca, declara que para ésta también

el problema de la situación de los Sindicatos en el Estado es decisiva. Las condiciones que han puesto los rusos deben ser rechazadas radicalmente. Sin embargo, no se debe pasar al orden del día, sin autorizar a la Mesa para que prosiga las negociaciones con el fin de llegar con respecto a los Sindicatos rusos a una aproximación ideológica.

Los suecos y los finlandeses también contra la afiliación. Sus Sindicatos han tenido que luchar contra el comunismo.

A. Lindberg (Suecia) estima que la resolución de Londres fué un error, y que no sólo se puede, sino que se debe anular. Actualmente nos encontramos, por lo que se refiere a Rusia, en una situación totalmente distinta a la del Congreso de Londres, habiendo tenido lugar una evolución no en un sentido democrático, sino hacia una dictadura más brutal que nunca. Hay que ponerse en guardia contra la tentación de quitar importancia a las condiciones rusas, principalmente por lo que se refiere a la cuestión de las sanciones proletarias. No llega a comprender cómo la afiliación de los rusos produciría un refuerzo de la democracia y podría servir a su salvaguarda. Suecia no puede permitir el ingreso de los rusos, tanto menos cuanto que el movimiento sindical sueco ha encontrado su fuerza en la lucha muy seria que ha tenido que mantener contra el comunismo. Finlandia se encuentra en una situación análoga si no peor. Se pronuncia en favor de la resolución adoptada por la Mesa directiva y por lo demás estima que se podría esperar a que la situación se aclare en Rusia.

Los daneses no creen que los Sindicatos soviéticos pretendan ingresar en serio en la F. S. I.

Knud Jensen (Dinamarca) no está seguro en modo alguno de que los rusos quieran en serio ingresar en la F. S. I. y constata que su admisión y el cumplimiento de sus condiciones llevaría consigo la baja en la F. S. I. de varias Secciones importantes: la cuestión no se plantea siquiera. Antes de tomar una decisión hay que pensar cuidadosamente sus consecuencias. La Central Sindical Danesa estima que el problema de la admisión de los Sindicatos rusos sólo se planteará en el momento en que la situación haya cambiado sensiblemente en Rusia.

George Hicks dice que deben rechazarse las condiciones, aunque hay que seguir una política de acercamiento sindical.

El último orador es George Hicks, el cual, en nombre de la delegación de T. U. C., considera que el deber de la F. S. I. es llegar al máximo de unidad sindical. Dadas las condiciones rusas, y en ausencia de una propuesta correspondiente, no es posible prever las funestas consecuencias que se seguirían si no se rechazan dichas condiciones. Recuerda que el Congreso de Londres se había ocupado simultáneamente del problema de la libertad sindical y que se llegó a la conclusión de que la F. S. I. no puede aceptar la solución bolchevista; y que la función impuesta en la U. R. S. S. a los Sindicatos no responde en modo alguno a las concepciones del sindicalismo libre. Los Sindicatos rusos son instrumentos colocados bajo el control absoluto de una dictadura política. La F. S. I. no cambia su posición de principio al confirmar de nuevo este estado de cosas. Por este motivo, la T. U. C. es partidaria de que se rechacen las condiciones.

Habla Schevenels nuevamente.

Después de una breve réplica del ponente Schevenels, haciendo notar especialmente que lo que se discutió en el Congreso de Londres fué el problema de la afiliación y no el de la unidad sindical, como algunos parecen creer, aquél considera integralmente la autonomía de las centrales nacionales, y que en virtud de los Estatutos de la F. S. I., los secretarios profesionales internacionales no están autorizados para admitir organizaciones rusas sin la

aprobación de la F. S. I. En lo concerniente a las proposiciones presentadas por Noruega, declara, en nombre de la mayoría de la Mesa directiva, que son inadmisibles, dado que encierran fórmulas semejantes por completo a las de las condiciones presentadas por los rusos.

Dieciséis votos en contra, cuatro en pro y un abstenido.

Se pone a votación nominal la recomendación de la Mesa de la F. S. I. de que se rechacen las condiciones rusas, absteniéndose Noruega. El escrutinio da como resultado: dieciséis votos en contra de las condiciones rusas, cuatro en pro y una abstención.

Quiénes votaron en pro y quiénes en contra.

Votaron el pro: el miembro de la Mesa, Jouhaux, como asimismo las centrales sindicales de España, Francia y Méjico. En el intervalo se habían presentado otras mociones: la primera, suscrita por los Países Bajos, Bélgica, Suiza, Polonia y Estados Unidos, declara que no deben proseguirse las negociaciones con el Consejo Central de Sindicatos Rusos; la segunda moción, presentada por la C. G. T. francesa, pide la continuación de las negociaciones.

Se decide por catorce votos contra siete no continuar las negociaciones con los Sindicatos rusos. Estos últimos siete votos se reparten del modo siguiente: Jouhaux y Tayerle, miembros de la Mesa, y las centrales sindicales de Francia, Méjico, Noruega, España y Checoeslovaquia.

El papel de los oportunistas

«Las doctrinas de Marx corren hoy la misma suerte que ha cabido en la historia a las de otros pensadores, revolucionarios y caudillos del movimiento liberador de las clases oprimidas. Los grandes revolucionarios son objeto, durante su vida, de constantes persecuciones por parte de las clases opresoras; sus enseñanzas provocan una rabia y un odio furiosos y ataques ininterrumpidos en los cuales desempeñan un papel principal la falsedad y la calumnia. Después de su muerte, se hacen tentativas para convertirlos en mansos corderos, para, por decirlo así, canonizarlos, para rodear de gloria sus nombres con objeto de «consolar» a los oprimidos y engañarlos. En efecto, lo que se persigue no es más que desnaturalizar la esencia real de las teorías y mellar el filo de las armas revolucionarias.

Eso es justamente lo que hoy vemos con respecto al marxismo a cuya adulteración se consagran los burgueses y los oportunistas del movimiento obrero. Se omite, se altera, se deforma el aspecto revolucionario de la doctrina—su alma revolucionaria—para poner únicamente de relieve y ensalzar lo que es o parece aceptable para la burguesía».

LENIN: «El Estado y La Revolución.»

El Pueblo y solo el Pueblo

Por Pascual Tomás

«Yo no creo—dijo el Presidente de la República en memorable ocasión—, en los intelectuales, ni en los técnicos, ni en los políticos, entre los cuales me cuento. Sólo creo en el pueblo. Siempre he creído en el pueblo. Nuestro pueblo es admirable.»

EL PUEBLO

Las palabras pronunciadas por el señor Azaña en agosto de 1936, tienen hoy, como ayer, un rango de verdad insuperable. Ha sido el pueblo, y sólo el pueblo, quien ha sabido y sabe rendir a la causa de la guerra, toda su potencial creadora y toda su capacidad de sacrificio.

Con las carnes sangrantes salió en febrero de 1936 de los presidios de España, y sin cicatrizar las heridas del cuerpo y del espíritu, marchó en julio, sereno y valeroso, a contener con su heroísmo el avance del fascismo internacional.

Con su solo esfuerzo—los técnicos industriales estaban material y espiritualmente muy distantes de nosotros—, volvieron las máquinas a producir intensamente y las chimeneas de las fábricas a saludar, con sus penachos de humo, al sol naciente de cada día.

Fué el pueblo, el conjunto de hombres compenetrados con las ideas de liberación proletaria, quien ha servido de basamento para que España se hierga altiva ante el Mundo, mostrándole cómo se defiende la Libertad, la Justicia y la Independencia del suelo que nos vio nacer.

A que esos esfuerzos y esos sacrificios no se esterilicen; para que nadie pueda mañana resucitar normas de trabajo de propiedad individual que agoten las ilusiones ideales de muchos miles de compañeros nuestros, van inspiradas estas líneas, recogiendo un problema que está en la calle, criticado crudamente por todos, sin que nadie se atreva a enfrentarse con los convencionalismos nacidos al amparo de la guerra, y que pueden ser la causa que anule todo el magnífico esfuerzo de superación colectiva que están realizando los trabajadores.

LA TRAICION DEL CAPITALISMO

Fábricas, talleres, Banca, comercio, oficinas, tierras, transportes, Laboratorios, Escuelas, Universidades, en una palabra: todo cuanto en la vida de un pueblo significa un magnífico exponente de sus posibilidades económicas y de su preparación cultural, fué abandonado deliberadamente por sus detentadores en las jornadas heroicas del 18 de julio de 1936.

La subversión militar confiaba en el triunfo de su rebeldía por considerarse asistida de la plutocracia, del capitalismo y de la Iglesia. Resueltamente se lanzó contra el Estado constituido, porque tenía en sus manos las armas que la República le entregó para la defensa del suelo hispano. Sin embargo, la subversión militar confió el éxito de su empresa, al logro de dos aspiraciones:

La primera aspiración se cimentaba en la política de terror que iba a producir la violencia de las armas, actuando despiadadamente sobre un pueblo indefenso y sin medios materiales para resistir.

La segunda aspiración estaba fundada en la creencia de que, al faltar el tecnicismo industrial y la capacidad administrativa en la función rectora del trabajo, de la industria y del comercio, caería verticalmente la economía de la retaguardia, imposibilitando al Estado republicano de asegurarse los medios indispensables para la defensa de la Patria.

Las dos ilusiones de los militares sublevados, fallaron estrepitosamente. Los hizo fracasar el pueblo. Jamás podrán convertirse en realidades vivas, sean cuales fueren las ayudas que el fascismo internacional preste a los militares traidores a su juramento y a su Patria.

INCAUTACIONES DE FABRICAS Y TALLERES

A la incautación de fábricas, de talleres, tierras, comercios, oficinas, transpotes, etc., se fué, no para satisfacer apetencias inconfesables del pueblo español fiel a los postulados de la República, sino para poder brindarle al régimen republicano los medios de defensa capaces de asegurarle la resistencia primero y la victoria definitiva después. Es cierto—y la verdad no será nunca desfigurada por nosotros—, que en los primeros meses de la subversión militar, una parte del pueblo, precisamente el representado por aquel sector de gentes más esclavizada por los egoísmos patronales y, por tanto, más ausente de toda emoción de vida civil, azuzada en sus pasiones por el enemigo encubierto de la República, saltaron sobre los límites de lo justo y de lo conveniente y se adentraron en el campo desorbitado de las utopías y de las ilusiones mesiánicas. No se olvide al enjuiciar el conjunto del problema que, en aquel entonces no existía—porque fué violentado por la subversión militar—autoridad civil capaz de frenar y de contener las ilusiones pasionales de los eternos esclavos. Los contuvo con heroísmo espartano el ejemplo de sus propios hermanos al amarrarse voluntariamente al deber iniciando con su esfuerzo una nueva concepción del trabajo sobre los escombros del régimen capitalista.

La intervención obrera en las fábricas y talleres, obedeció a un mandato imperativo de la Historia. Desoirlo, hubiera significado la anulación de todos los esfuerzos realizados en los frentes de guerra para contener y destruir al fascismo internacional.

CARACTERISTICAS DE LA INDUSTRIA

La industria española vivió siempre al amparo del favor oficial. La iniciativa particular del capitalismo, no tenía en nuestro pueblo grandes ejemplos, que pudieran ser el exponente de una clase social, preocupada por enriquecer el acervo común de la colectividad. El herramental puesto en circulación como función de trabajo en las factorías españolas era, y sigue siendo—salvo contadísimas excepciones que confirman la tesis—instrumento de trabajo de medio siglo de existencia y, por tanto, inútil para crear con su apoyo obra alguna con sentido científico de producción. En algunas industrias—la siderometalúrgica por ejemplo—hubo que improvisarlo todo para poder adaptar a las necesidades de la guerra la capacidad de producción de las máquinas. Sin tiempo apenas para articular un plan de producción, sin más preparación profesional que la que se alcanzó a través de tantos años de trabajo, el obrero transformó máquinas, modificó herramental, construyó hornos de fundición, estudió los principios teóricos para lograr establecer la fundición acerada—trabajo no practicado en nuestros medios—y, después de incesantes luchas con la falta de medios materiales y asistido de la música infernal de los cañonazos enemigos, de las fábricas y talleres controlados por los obreros, empezaron a salir, con dirección a los frentes debidamente mecanizados, fusiles, ametralladoras, proyectiles, cartuchos, teléfonos, radios, material ortopédico...

El esfuerzo colectivo del pueblo, expresado por la clase social que más directamente siente la guerra, que son los obreros, consiguieron el milagro de transformar el herramental viejo en útiles valiosísimos, puestos al servicio de la Independencia de España.

¿Se ha producido todo cuanto nos es dable producir? Resueltamente contestamos ¡que no! En algunos casos, han paralizado el ritmo ascendente de la producción intromisiones burocráticas interpuestas por gentes cuyo antifascismo, nació el mismo día que alcanzaba un puesto de representación colectiva. En otros casos, amortiguaron el avance del trabajo personal, las pasiones sembradas a voleo por gentes inconscientes, las cuales, dañaron un poco la sensibilidad del pueblo, apartándole unos instantes de lo que constituye su único deber en estas horas de la Historia.

La tragedia viva de nuestra guerra de Independencia, ha llamado con recios aldabona-

zos a muchas conciencias de hombres, y esos hombres, que son pueblo y no masa, son los que están forjando la nueva España del porvenir.

COMITES DE CONTROL

Incautados fábricas y talleres por la clase obrera, se precisaba constituir en cada taller y en cada comercio incautado, un Comité de Control que asumiera la responsabilidad de administrar y dirigir el taller o la factoría intervenida por los obreros. La violencia de la subversión militar, presionó de tal modo sobre las conciencias colectivas de las gentes, que les impulsó, en aquellas horas, a realizar hechos que, examinados ahora serenamente, merecen ser corregidos para evitar la extensión del mal.

El error de aquellas horas fué el dejar libremente al personal de cada taller para que, por sí mismo, eligiera a los hombres que habían de ejercer la función rectora del taller incautado. No debió ser nunca el personal del taller el que designase a estos representantes, porque al iniciar los Comités de Control su labor dirigente, pesaban sobre ellos las exigencias más o menos convenientes del personal que representaban, y por no perder la popularidad entre los suyos, y, en algunos casos, el cargo para el que habían sido elegidos, se fué tolerando que la masa de gente, que nunca fueron pueblo—porque del pueblo vivieron divorciados—se fuera adueñando de la voluntad de una parte del personal de las factorías y obligándoles a dictar resoluciones que nada tienen de revolucionarias, y que en nada benefician la independencia de España.

De ahí arranca—a juicio mío—todo el cortejo de equivocaciones que sirven de base para que se lancen contra los Sindicatos acusaciones que, sólo en parte—y por omisión—merecen. Acusaciones que son esgrimidas a la vez para negar a la Organización y para negarle al propio pueblo el reconocimiento de la obra que ha realizado desde el momento de la subversión hasta la fecha.

No es posible tolerar hoy que los Sindicatos vivan al margen de los problemas de tipo industrial y de tipo económico, que se plantean en los talleres intervenidos por los obreros. Si en los primeros meses de subversión fué tolerable esa interpretación y ese criterio, al amparo de la cual nacieron iniciativas muy saludables, ahora, a los dos años de guerra, no deben admitirse y tiene que estar en manos de los Sindicatos de industria toda la dirección técnica y administrativa de las fábricas, talleres, comercios y transportes incautados e intervenidos por los obreros. ¿Por qué razones opinamos así? Por las siguientes:

Un Comité de Control, como su nombre lo indica, tiene para sí la función de poder contratar a su libre albedrío la fabricación de un artículo determinado y la venta al por mayor o al detall del mismo.

Con absoluta libertad señala el costo de la materia prima empleada, valor de la mano de obra, gastos de entretenimiento de maquinaria, etc., y después, sobre el total que representa estas tres manifestaciones de trabajo, aumenta en un 50 y hasta en un 100 por 100 el total de la factura como plus valía a beneficio de la colectividad controlada.

La consecuencia que se deriva de esta libertad que ejercen los Comités de Control para determinar el precio nominal de la mercancía por ellos distribuida o mecanizada, significa un encarecimiento muy importante de la vida, que pudiera ser disminuido considerablemente con solo dejar en manos de los Sindicatos la función rectora—técnica y administrativamente—de fábricas y talleres.

Pero lo que a nosotros nos preocupa, quizá más que el encarecimiento de los artículos controlados en algunos talleres, es la moral que se va forjando con esa política de falsos beneficios.

Si dejamos en plena libertad a los Comités de Control, para que continúen a su manera, interpretando la función administrativa de los talleres, bajo el punto de vista egoísta de algunos de sus componentes, se establece de hecho una lucha permanente entre los intereses materiales de distintas especialidades de la producción y distribución.

El contagio de este mal podría contaminar a los pueblos y torcer la marcha ascendente de sus ambiciones ideales, obligándoles a rebajar la visión del problema de la guerra a ras del suelo. Contra ello es indispensable reaccionar.

FUNCION DE LOS SINDICATOS

Es al Sindicato, pues, a quien le compete intervenir directamente en los talleres, fábricas y comercios incautados por los obreros estableciendo estas normas de conducta:

1.º El Sindicato procederá a designar la persona o personas que, a su juicio, han de dirigir, técnica y administrativamente, los talleres interyenidos por los obreros. La persona designada por el Sindicato, será responsable de su gestión ante todos los trabajadores de la industria, y no ante el reducido número de compañeros que integran el taller.

Cumplirá y hará cumplir las disposiciones que emanen de la Organización y será en el taller como el militar que tiene a su cargo una posición y que ha de defenderla incluso con su propia vida, porque si la abandona tiene la responsabilidad gravísima que señala la justicia militar.

2.º El Sindicato, al designar a la persona encargada de regentar un taller, señalará qué función de trabajo ha de realizarse en cada una de las fábricas incautadas, ajustando la producción a las posibilidades técnicas de cada taller, a fin de obtener una superproducción al dedicar las máquinas a sus posibilidades creadoras de trabajo.

Señalando el orden de trabajo a realizar, es el Sindicato quien ha de dar normas generales a todos sus delegados rectores de la vida de cada taller y despacho, señalándole el índice de beneficios industriales que pueden obtenerse de los trabajos que realicen.

La incautación de los talleres por los obreros, no tiene como base fundamental la de alcanzar en estas horas dramáticas, beneficios industriales cuantiosos, sino que, por el contrario, ha de tener como fundamento racional el de simplificar la producción, impulsar al ritmo más acelerado la cuantía de ésta y lanzarla al mercado con tales condiciones de baratura que sirvan para demostrar a las gentes la competencia profesional y administrativa de la clase trabajadora.

3.º El Sindicato ha de procurar centralizar en grandes fábricas, los pequeños talleres, comercios y despachos que hoy están diluidos por los pueblos y las ciudades de España.

Cada taller necesita para sostenerse atenciones de tipo general que encarecen el valor de la mercancía y necesita, además, el concurso de un hombre capaz para poderle llevar adelante.

El Sindicato, repetimos, reunirá en varias agrupaciones de talleres, todos los centenares de pequeñas fábricas y comercios de que se incautaron, creados por la incomprensión de la clase patronal, a fin de centralizar la producción, acabando con todos los gastos inútiles que una norma de trabajo capitalista acarrea a los negocios industriales.

Esto posibilitará a los Sindicatos el estar en posesión de toda la capacidad creadora de trabajo de la Organización industrial que representan y podrá conocer la verdad de cuanto existe en cada provincia de España, en orden a máquinas, herramental, tierras de labranza, comercios, transportes, Banca, etc. Y es ahora, precisamente en estas horas de nuestra guerra, cuando los Sindicatos, teniendo muy en cuenta a lo que se dedicaban los talleres y las fábricas intervenidas antes de la subversión, deben empezar a estudiar si al día siguiente de la victoria podrán ser estos talleres empleados en las mismas manifestaciones de trabajo que tenían antes, o si, por el contrario, pueden transformarse a fin de construir en España todo lo que antes teníamos que importar del exterior.

El valor social de la obra que han de realizar los Sindicatos, al intervenir directamente en los talleres controlados por los obreros, descansa en la necesidad de preparar la economía de España, para después de la guerra. Que nadie espere el concurso del capitalismo internacional, para poder elevar hasta lo alto nuestras fábricas, los pueblos destruidos, los monumentos asolados por la barbarie del fascismo internacional.

Si esta reconstrucción se hiciera a base de la ayuda económica del capitalismo internacional, significaría ello que la burguesía encontraba aquí un beneficio industrial que no puede obtenerse sino explotando a los que trabajan y, por tanto, después de la guerra, volvería a ser la clase trabajadora esclava del sistema capitalista.

Como nuestras aspiraciones descansan en que, al día siguiente de nuestra victoria, el Gobierno de la República tenga en sus manos toda la potencia económica de España, y sea él quien, de acuerdo y en magnífica colaboración espiritual con las Centrales Sindicales, inicie

la obra de reconstrucción de nuestro suelo, hace falta clavar en el corazón de las gentes que, para aquel instante, se precisa un mayor desprendimiento, una mayor abnegación, unos afanes más ilimitados de entregarse totalmente a la obra constructiva de nuestro país, para alcanzar, rápidamente, los frutos apetecidos.

Si cada taller continúa, como hasta hoy, intervenido por un Comité de Control, el cual, a su antojo—no dudamos de su magnífica buena fe—, señala precios, contrata trabajos y explota al taller como si fuera cosa propia, mañana tropezarían el Gobierno de la República y los Sindicatos, con un gran obstáculo para su obra de reconstrucción nacional, que nacería del egoísmo de muchos obreros, dueños hoy de los talleres, los cuales pensarían que el taller era suyo y que no tenían que unir su esfuerzo al de los demás trabajadores de España.

Los Sindicatos han de adentrarse resueltamente para tener en sus manos tierras y fábricas, no con la pretensión de pasar a ser dueños de lo que ahora usufructúan los obreros de cada fábrica o de cada comercio, sino para ser los Sindicatos sencillamente rectores de la economía nacional, a fin de ir estructurando ésta sobre normas que permitan demostrar con la realidad de cada día la diferencia que existe entre un sistema capitalista y una mayor intervención del obrero en la distribución y orientación del trabajo.

Ahí queda el problema planteado con la solución que dicta nuestro criterio, después de largas caminatas por la España leal, viviendo muy de cerca los problemas que a la Organización plantean las realidades del diario vivir.

Examinenlo muy detenidamente los dirigentes de los Sindicatos y de las Federaciones Nacionales de Industria, y digan si consideran indispensable atacarlo de frente, aunque en los primeros choques se pierda popularidad, e incluso se llegue a verse uno sustituido del puesto de responsabilidad que ahora se ejerce. Todo es preferible antes de tolerar en silencio la propaganda de un mal que puede contaminar a los pueblos, base del presente y del futuro de la España liberada.

Valencia.

ESTATIZACION DE LA PRODUCCION DENTRO DEL MARCO CAPITALISTA

«Acabamos de ver el cambio de tono que se ha operado a propósito de los monopolios de Estado. Es cierto que aún al presente existen diversas capas de la burguesía cuyos intereses divergen en un sentido o en otro. Pero la evolución económica, reforzada en este punto por la guerra, debe hacer y hará que la burguesía se muestra en conjunto, más tolerante cada vez ante la ingerencia de los monopolios. Es preciso atribuir la causa principal al hecho de que el Estado entre en relaciones más estrechas con los medios dirigentes del capital financiero. Los establecimientos de Estado y los monopolios privados se fusionan en el seno del trust capitalista nacional. Los intereses del Estado y los del capital financiero coinciden sin cesar cada vez más. De otro lado, la enorme tensión de la concurrencia en el mercado mundial exige del Estado un máximo de centralización y de poder. Esas dos causas, por una parte, y razones fiscales por otra, son las que constituyen los principales factores de la estatización de la producción dentro del marco capitalista».

N. BUJARIN: «La Economía Mundial y el Imperialismo».

FUNCIO

Es al
cas y con

1.º E
rigir, técn
designada
industria,

Cump
taller com
propia vic
militar.

2.º E
función de
ducción a
dedicar la

Señal
rales a toc
ce de bene

La in
canzar en
rio, ha de
más aceler
sirvan par
trabajador

3.º E
comercios

Cada
la mercan
lante.

El Si
de pequeñ
clase patro
una norma

Esto
trabajo de
existe en c
comercios,
rra, cuand
bricas inte
victoria po
nían antes
que antes

El val
en los talle
de España
cional, pa
mentos as

Si est
cional, sig
de obtener
a ser la cl

Como
Gobierno
quien, de

Argumentos diplomáticos

La guerra submarina y los bombardeos de aviación

Por Ginés Ganga

Desde los años de la guerra 1914-18, a nuestros días, la legislación internacional se ha visto extraordinariamente enriquecida con la tendencia de garantizar la paz y humanizar las relaciones entre los pueblos. De entre todos los Convenios internacionales, hay que destacar el Pacto de la Liga de las Naciones y el Pacto Briand-Kellog. Los españoles, que desde el primer momento nos habíamos adherido a estos dos Pactos, el arbitral de las Sociedades de las Naciones y el de guerra defensiva de Briand-Kellog, pusimos un exceso de confianza en los «papeles mojados», como dicen los pangermanistas.

Al cabo de veinte años, no puede señalarse un progreso en la moral internacional. Hechos que en la guerra europea fueron repudiados por todos los países e impulsaron intervenciones como la de Estados Unidos, son consentidos en nuestros días sin motivar siquiera una protesta diplomática. En la de 1914 fué la guerra submarina la que llenó de indignación al mundo civilizado. En aquel entonces la aviación no era el arma formidable para la destrucción que es hoy. Pero si comparamos los resultados de la agresión y su finalidad, tendremos que reconocer que es mil veces más criminal el ataque de aviación que el ataque submarino. En primer lugar el que se aventura a embarcarse, acepta ya correr un riesgo, mientras que el que permanece en su aldea lejos del campo de batalla, es un individuo que no quiere luchar, es un auténtico no-combatiente. Un barco es (?) siempre un objetivo militar, sea barco de guerra o mercante, salvo el caso bárbaro de torpedeamiento de un buque hospital como el «Asturia» inglés, torpedeado el 20 de marzo de 1917, o el «Dover Castle», buque hospital también inglés torpedeado en el Mediterráneo el 26 de mayo de 1917, o el «Rena», buque hospital inglés hundido en el Canal de Bristol el 4 de enero de 1918, o el «Glenart Castle», buque hospital inglés hundido en el mismo Canal de Bristol el 26 de febrero de 1918, y tantos otros barcos cargados de carne humana herida o enferma, que fueron echados a pique por los submarinos alemanes. Si esto es indignante, ¿qué será el que vengan a buscar en los lugares más apartados de los frentes y de las rutas militares, ciudades o aldeas en las que nada relacionado con la actividad de la guerra existe y allí dejen caer las bombas que destruyen hospitales, escuelas, viviendas, de todo? En un barco que navega, puede haber un error que justifique una ligereza en el ataque, pero cuando se va a bombardear un pueblo en el que sólo quedan mujeres, viejos y niños, y alguno que otro mutilado regresado del frente, ¿puede decirse qué finalidad se persigue? La pisma que se perseguía en la guerra submarina. He aquí lo que se decía en un documento del Estado Mayor General alemán, de instrucciones confidenciales: «El fin de la guerra submarina sin restricción es el obligar a Inglaterra a hacer la paz. El efecto primordial a obtener es un efecto de terror; se trata de crear en el más breve plazo posible, un daño considerable al enemigo, y de intimidar la navegación de los neutrales. Es preciso pues, desde un principio, dar un golpe tan violento, pero sobre todo tan rápido como sea posible.» En esas breves líneas queda expresada toda la teoría militar de Ludendorff.

Ante esta táctica de los alemanes reaccionan los Estados del mundo y de un modo muy especial, los Estados Unidos. Con motivo del hundimiento del paquebote francés, el «Sussex», el 26 de marzo de 1916, el presidente Wilson comunica al Congreso americano, haber dirigido al Gobierno Imperial de Alemania una nota en la que se le dice: «Si el Gobierno Imperial no abandona inmediatamente su método de guerra, contra los navíos llevando cargamento y pasajeros, el Gobierno de los Estados Unidos se verá obligado a cesar sus relaciones diplomáticas con el Gobierno alemán.» El llamado Gobierno Imperial contestó el 4 de mayo; primeramente repudiando esta alegación americana, diciendo que el asunto

de «Sussex» no era más que un incidente de la larga serie de ataques llevados sin discernimiento y deliberadamente contra el comercio neutral, después añadía: «Los Estados Unidos de América, son responsables de muchos de estos accidentes, por haber rechazado las proposiciones alemanas de reducir al mínimo los riesgos de sus nacionales y sus bienes, consecuencia de la guerra moderna. Alemania sin embargo, no puede abandonar la guerra submarina, que ella ha adoptado con un fin de legítima defensa, contra la manera ilegal de Inglaterra de conducir una lucha en la que se trata de la propia existencia de Alemania.» A lo sumo llega a hacer esta concesión: «En lo sucesivo, tanto en la zona prohibida como en la del exterior, los comandantes de los submarinos tendrán la orden de no hundir sin previo aviso y sin salvar las vidas de los pasajeros.» Cosa imposible. ¿Dónde van a meterse en un submarino los pasajeros de un trasatlántico? A cambio de esta concesión, el Gobierno Imperial espera que los Estados Unidos «pedirán y obtendrán que Inglaterra se sujete a las reglas del Derecho Internacional, reconocidas antes de la guerra.» De no obtenerlo, Alemania «recobrará su libertad de acción.»

Fué a esta nota a la que Wilson replicó, con su famosa y dura respuesta: «La responsabilidad es absoluta y no relativa.» América negocia con cada beligerante, sin entrar en regateos.

Traemos a la memoria todos estos hechos para que se vea cómo no era tolerado en aquel entonces lo que ahora se está consintiendo en contra de los intereses de la República española. Claro está que los datos del problema no son exactamente los mismos. Entonces eran los Estados Unidos de América quienes defendían sus intereses ofendidos por los submarinos alemanes, hoy es Inglaterra la que deja indefensos sus barcos atacados por los aviones italianos y alemanes.

El punto de vista alemán sobre la guerra marítima, se encuentra expresado en la famosa nota del 4 de febrero de 1915, publicada en el «Monitor Oficial» del Imperio bajo la firma del Almirante von Pohl, jefe del Estado Mayor General: «Alemania avisa por la presente, que las aguas que bañan las orillas de Inglaterra y de Irlanda, comprendida La Mancha, son consideradas como zona de guerra y que los navíos enemigos que se encuentren ahí serán atacados. A este fin, a partir del 18 de febrero de 1915, todo barco mercante encontrado en esa zona, será destruido, incluso si no es posible evitar el riesgo que amenazará a los pasajeros y al cargamento. En consecuencia, se avisa a los neutrales para que no confíen sus pasajeros y sus mercancías a tales barcos. Asimismo se les avisa del peligro que correrán sus propios barcos de entrar en esta zona. Bien que los navíos alemanes tienen la orden de evitar toda violencia contra los neutrales, en tanto que sean reconocibles, sin embargo como consecuencia del uso abusivo de pabellón neutral por Inglaterra y de las contingencias de la guerra naval, no se podrá garantizar que se encuentren siempre exentos de ataques dirigidos contra los barcos enemigos. Al mismo tiempo se avisa, que el comercio pasando al norte de Shetlands y dirigiéndose al mar del Norte, por una banda de 30 millas a lo largo de la costa escandinava, no estará en peligro.»

Esta nota creaba una jurisprudencia desconocida hasta entonces y reivindicaba como legal el derecho a hundir los barcos, apenas tolerado excepcionalmente en el antiguo Código Internacional. No podía pasar sin protestas. El embajador Gérard traía pocos días después la de los Estados Unidos, que decía: «Considerando el aviso del Gobierno alemán, exponiendo el peligro que corren los barcos neutrales en la dicha zona de guerra, como consecuencia de un empleo abusivo del pabellón neutro, que se dice haber sido ordenado el 31 de enero por el Gobierno inglés, y como consecuencia de las contingencias de la guerra moderna que no permitiría garantizar a los neutrales de un ataque destinado en principio a un enemigo, el Gobierno de los Estados Unidos, desea llamar la atención del Gobierno Imperial, amistosa pero enérgicamente, sobre el precedente así creado. Considera un privilegio para él y de su deber, el rogar al Gobierno Imperial que examine de nuevo la cuestión antes de poner en vigor un procedimiento que podría crear una situación enojosa, si fuerzas alemanas llegaban a destruir un barco americano o a causar la muerte de ciudadanos americanos. Es inútil recordar al Gobierno alemán, que el derecho de un beligerante con relación a los neutrales, en plena mar, se limita a la visita, a menos de que el bloqueo sea proclamado y efectivo, lo que no parece debe ser el caso actual. Declarar y aplicar el derecho a atacar y destruir un barco que entre en una cierta zona sin determinar

anteriormente su nacionalidad y comprobar si su cargamento es contrabando de guerra, sería un hecho sin precedentes en la manera de hacer la guerra.»

Recordamos estos documentos no sólo por lo que tienen de precedente en la forma de hacer la guerra, sino porque la doctrina que sustentaba el presidente Wilson en nombre de los Estados Unidos de América, es la aceptada en Derecho Internacional, y de un modo muy especial por Inglaterra, Francia y todos los países aliados. Esta doctrina que era válida cuando coincidía con los intereses de Inglaterra y Francia, no se quiere admitir hoy en beneficio de la República española. Y los mismos países que han difundido por el mundo esta tesis cuando les convenía, son los que ahora buscan alegatos para, consintiendo que sean hundidos sus barcos mercantes y muertos sus ciudadanos, continuar consintiendo la violación del derecho en perjuicio de nuestra República. Pero claro está, ellos saben también que esta actitud enérgica del Gobierno americano frente a los crímenes de los submarinos, acabó por llevar a los Estados Unidos a declarar la guerra a Alemania. Y esto es lo que se teme, adoptar posiciones decorosas y justas que puedan llevarles a una guerra.

A pesar de la actitud enérgica de Wilson, al mes siguiente, el 28 de marzo, fué hundido por un submarino alemán, el vapor «Falaba», pereciendo un americano. Poco después un barco sueco, que iba de un puerto sueco a otro sueco. Después un barco holandés que iba de Baltimore a Rotterdam. En fin, el 8 de mayo el «Lusitania» se hundía con 1.200 víctimas de las cuales muchos eran americanos. El presidente Wilson envió el 16 de mayo y más tarde el 10 de junio, dos notas muy severas al Gobierno Imperial. Después siguieron otros muchos torpedeamientos, el «Arabic» en el mar de Irlanda, en el que también iban americanos. Más tarde el «Hespérian», el «Persia» y sobre todo el «Ancona», barco que conducía numerosas mujeres y niños.

Todos estos hechos condujeron, como es sabido, a la entrada de Norte América, en la guerra al lado de los aliados. El 4 de febrero de 1917, fueron rotas las relaciones diplomáticas entre ambos estados. El viernes, 6 de abril, la Cámara de los Representantes, aprobó la resolución de guerra, ratificando el voto del Senado de la antevíspera.

Hemos visto cómo reaccionó América en aquel entonces. De ahora, con relación a nuestra lucha, sólo podemos decir que nosotros hemos visto numerosos barcos ingleses, franceses y de otros países hundidos en nuestras costas por la aviación italiana y alemana; que también lo fueron anteriormente por los llamados «submarinos desconocidos». No hemos visto ni un solo barco con pabellón norteamericano que haya sido agredido. Es más, cuando en uno de nuestros puertos se encuentra anclado un barco con pabellón de los Estados Unidos, los habitantes de la localidad están contentos y tienen la convicción de que mientras esté aquel barco allí, no habrá bombardeos. Y los tripulantes del barco es tal el convencimiento que tienen de que el pabellón americano no será humillado por italianos ni alemanes, que cuando se les invita a pernoctar en tierra para mayor seguridad, responden siempre que para ellos el lugar más seguro es su propio barco, amparado por el Gobierno de su país. Esta respuesta arrogante de los marineros de América, hará sonrojar sin duda a sus colegas de otros países.

SENTIDO ANTIECONOMICO DEL REGIMEN CAPITALISTA

«Al surgir la crisis son desplazados del proceso de producción millones de proletarios. Al paro forzoso «tecnológico», al paro forzoso por invalidez, al paro forzoso periódico se une el paro forzoso en masa de la coyuntura. Más de quince millones de obreros estaban parados en el invierno de 1930. Si la sociedad ha aplicado en la época de la coyuntura de la racionalización todas las conquistas de la ciencia con el fin de aumentar, por la productividad del trabajo, su riqueza en mercancías, esta disminuye en la época de las crisis de la racionalización, ya que millones de hombres se encuentran desplazados del proceso de producción. Como en la época de la coyuntura de la racionalización no pudo aumentar el nivel de la vida de las masas populares en la misma medida que la productividad del trabajo, porque una gran parte de este fué empleado improductivamente para la elaboración de medios de producción que más tarde no pudieron ser usados, en el período de la crisis de la racionalización disminuye el nivel de vida de las masas populares, porque una gran parte de la fuerza de trabajo que puede producir mercancías, queda sin ocupación.

De ese modo el movimiento cíclico de la industria capitalista es, antes que nada, la fuente de una doble antieconomía: por una parte, dilapidación de la fuerza humana de trabajo en la aplicación improductiva para la elaboración de medios de producción, que, apenas producidos, ya no se usarán más, al menos durante largo tiempo, total o parcialmente; por otra parte, dilapidación de la fuerza de trabajo que durante muchos años, en general no será aprovechada».

OTTO BAUER: «Capitalismo y Socialismo en la Postguerra».

Otto Bauer

Por Rodolfo Raventow

Inesperadamente, hemos sabido la muerte de Otto Bauer, acaecida en París (1), lugar de su segundo destierro, después de los trágicos días de febrero del 34. Su apariencia física, ni mucho menos su fértil actividad espiritual, permitían pensar desenlace tan rápido de la vida de tan destacado luchador.

Otto Bauer nació en los Sudetes, punto extremo de la Bohemia del Reich, donde se mezclan las dos naciones de Bohemia y empiezan las seculares luchas nacionales. Cuando nació Bauer aún no existía la República Checoslovaca, sino el Imperio austriaco, con sus catorce naciones, su absolutismo incapaz sus capas predominantes y parasitarias, sus diferentes proletariados con sus políticas nacionales diferenciadas; menos el movimiento acaudillado por Víctor Adler en las regiones alemanas, que por su estructura e ideología se diferenció profundamente del movimiento alemán del Reich. El movimiento obrero austriaco, antes de la guerra se desarrolló específicamente por una parte a causa de las condiciones de la vida económica de la antigua Austria, por otra parte a causa del problema nacional de la monarquía de los Habsburgos. Además, mientras en Alemania la participación de los intelectuales en el movimiento obrero fué escasa, en Austria los líderes más destacados fueron intelectuales que abrazaron la causa socialista superando su origen burgués, no sólo en la vida particular sino también ideológicamente. En Viena nació, al final del siglo pasado, lo que después de la gran guerra se solía llamar austro-marxismo.

El austro-marxismo era reformista pero con cierta tendencia revolucionaria. Lo mismo que en Alemania, los socialistas de Austria, erigida en estado autónomo por voluntad de los estados vencedores, tuvieron que administrar los restos de la subasta del antiguo Imperio. Pero mientras en Alemania el socialismo llevó la responsabilidad de una República en la que no se había producido cambio alguno en la estructura capitalista y hasta feudal de la sociedad, en Austria el partido socialista supo siempre delimitar claramente las responsabilidades, llevándolas tan sólo en el estado-ciudad de Viena, donde la mayoría socialista y las leyes permitieron realizar una de las obras más espléndidas del movimiento obrero moderno, sobrepasando los límites de la sociedad capitalista con la supresión de la renta.

Esta Austria de la post-guerra queda caracterizada por tres personalidades: Jodok Fink, el viejo campesino de las montañas de Vorarlberg, quien militando en el partido social-cristiano, representaba los antiquísimos privilegios de su región y tendía la mano a los socialistas porque eran obreros y amantes de la libertad; monsignore Seipel, dictador del mismo partido, quien con jesuítica habilidad supo reunir bajo su bandera los partidos anti-marxistas; y el mismo líder del partido socialista austriaco Otto Bauer.

Bauer fué al mismo tiempo líder del Parlamento austriaco y teórico del austro-marxismo. Supo conservar la autonomía política de la clase trabajadora austriaca llevándola a la conquista del cincuenta por ciento de la población. Como teórico supo introducir la dialéctica marxista en el pensamiento y la vida intelectual del socialismo austriaco, capacitándole para librar la primera batalla organizada contra el fascismo y guardar actividad de movimiento independiente bajo las dictaduras siguientes: la herencia de su obra permanece en los núcleos revolucionarios clandestinos de la nueva «gran Alemania» de Hitler.

Otto Bauer fué reformista por su aspiración de lograr un desarrollo pacífico de la sociedad moderna hacia el socialismo; fué profundamente pacifista por espíritu humanista; pero también sabía que la Historia no sigue nuestros deseos sino leyes económicas y políticas. Suyo es el famoso programa de Linz, en el que expone que los medios de lucha del partido socialista serán pacíficos mientras la burguesía no obligue al proletariado a oponer la violencia a la violencia, programa rechazado por la mayoría del partido socialista del Reich, y sobre el cual Julio Deutsch se basó para formar la primera milicia obrera antifascis-

(1) Murió en la noche del 3 al 4 de julio último.

ta, el Republikanischer Schutzbund. La aspiración del austro-marxismo era revolucionario aceptando la violencia como defensiva antifascista. En el conjunto europeo, fué la avanzadilla marxista de los movimientos empíricamente reformistas, y representa una etapa del desarrollo del socialismo contemporáneo hacia el concepto revolucionario marxista.

No es casualidad que el líder reformista austriaco Karl Renner siga viviendo en la Austria conquistada por Hitler, publicando declaraciones sobre la unidad nacional mientras Otto Bauer y los que le siguieron tuvieron que abandonar Austria ya en tiempo de Dollfus.

La obra teórica de Bauer se refleja sólo en parte en sus libros, de los cuales el primero fué un ensayo del problema nacional de la antigua Austria imperial publicado en 1907, y el último la obra «Zwischen zwei Weltkriegen» (Entre dos Guerras Mundiales), dedicado a la síntesis de las dos ramas del movimiento obrero. Gran parte de su obra se encuentra en los editoriales de la «Arbeiter Zeitung» y en la revista teórica «Der Kampf». Eran siempre problemas de actualidad tratados con visión clara y realismo a base de una profunda cultura y del método marxista. Estas cualidades le permitieron rectificar siempre los errores tácticos inevitables en las difíciles épocas por las cuales pasó el Estado austriaco desde su constitución en 1918 hasta su derrumbamiento por el nacionalismo alemán. Siempre Bauer pensó en prepararse para la lucha, pero aun días antes del 12 de febrero del 34 no creía en el cambio sangriento de la dictadura. Estalló la guerra civil, los obreros fueron vencidos y Bauer se vió obligado a pasar la frontera. Llegado a Bratislava, capital de Eslovaquia, escribió el folleto «Lucha de los obreros austriacos».

En 1938, días antes de la ocupación hitleriana, suponía que fuera posible una reacción interior y exterior para impedir el golpe de fuerza hitleriano. Consumado éste, supo considerar dialécticamente la realidad e influir sobre el movimiento «socialista-revolucionario-austriaco» formando un plan revolucionario alemán, reuniendo los movimientos clandestinos austriacos y alemanes, apartándose de la ideología de la «reconstrucción austriaca», superando las tradiciones del reformismo austriaco que aspiraba al arreglo que costase menos vidas y sacrificios.

Era hombre de pocas palabras, cordial con los camaradas, reservado frente a cualquier persona desconocida. Pocos fueron sus amigos íntimos; el más íntimo fué la masa, el proletariado con el cual estaba unido por una estimación mutua y una mutua confianza.

El Ejército y el Pueblo

«Gran número de militares, gran número de jefes, verdaderamente instruidos y cultos, están hasta ahora convencidos de que el deber del ejército es permanecer al margen de la política. Este convencimiento se ha infiltrado en muchos. Y, sin embargo, no hay error mayor que éste. Jamás ejército alguno estuvo, ni tan siquiera durante un minuto, al margen de la política. Por el contrario, desde que existen ejércitos reclutados por medio del servicio militar obligatorio, éstos juegan un papel bien definido, aun cuando, quizá, sin saberlo. Bajo el Zar, en la época de la servidumbre, en 1848-1849, cuando se mandaba el ejército a combatir y sofocar la revolución húngara, ¿no era una misión política la que se le confería? Los siervos que se enviaban a Hungría no se daban cuenta de lo que hacían; eso es probable, hasta es cierto. Es incluso posible que los generales y oficiales que mandaban este ejército de siervos no comprendieran todos al servicio de qué política se habían puesto, que no comprendieran ni siquiera lo que es «la política». Sin embargo, esto no impidió al ejército el llevar a cabo, en los años 1848 y 1849, una función política perfectamente definida, al servir, en una palabra, a la política del zar y de los terratenientes rusos».

G. ZINOVIEV: «El Ejército y el Pueblo».

Literatura Socialista**EL ESCRITOR ECUATORIANO JORGE ICAZA****Por F. Ferrándiz Alborz**

En la moderna literatura hispanoamericana se ha destacado la figura de este joven escritor ecuatoriano, que en el transcurso de dos años ha alcanzado un puesto de relieve entre los novelistas de mayor significación internacional.

Su novela «HUASIPUNGO», con no ser, a nuestro juicio, la mejor de las suyas, ha sido agotada en sus cinco ediciones y traducida al inglés, alemán, ruso y chino. Últimamente hemos visto anunciada en la prensa socialista francesa su traducción al francés. Para documentación de los lectores de SPARTACUS publicamos el estudio sobre el autor que es cribimos como prólogo a «FLAGELO», tragedia en un acto en la que Jorge Icaza describe la espantosa condición moral y social en que vive el indio ecuatoriano.

I**TRADICION LITERARIA**

Hasta hace sólo uno cinco años, hablando en términos generales, la literatura ecuatoriana tenía un sello colonial bien marcado. Estaba, y en algunos aspectos está aún, en relación con el contenido colonial de su desarrollo económico. Y decimos colonial, porque los escritores, si ecuatorianos por causalidad geográfica, procedían directamente de la clase dominante, la latifundista, o tenían una mentalidad latifundista regida por un concepto político económico colonial. Colonial no sólo en el sentido tradicional de la palabra sino también como supeditación al imperialismo económico de nuestro tiempo.

Olmedo, Juan León Mera, Numa Pomariño Llona, Montalvo y M. J. Calle, entre los muertos, fueron escritores de una mentalidad colonial, los sistemas rectores de sus ideologías venían de lejanas latitudes literarias y en sus producciones no sólo aparece el estilo de la escuela importada sino que deforman la realidad de su medio convirtiéndolo en «pastiche» de otras realidades. «Cumandá», de Mera, es una prueba de ello. En algunos, Montalvo y M. J. Calle por ejemplo, existe una íntima contradicción. La polémica política les convirtió en centro de una renovación ideológica nacional, pero no pasaron de ser teóricos de un liberalismo de la escuela anglo-francesa, de cultura burguesa, sordos o ignorantes ante las nuevas contiendas sociales, que en su tiempo hacía más de medio siglo que agitaban al proletariado internacional.

En el aspecto literario y en la primera década del siglo XX, aparecen dos novelas que han pasado casi desapercibidas de la crítica ecuatoriana y totalmente ignoradas en el exterior. Nos referimos a «A la Costa», de Luis A. Martínez, y a «Pancho Villamar», de Roberto Andrade. Dos novelas precursoras del nuevo realismo literario, la primera con su visión maravillosa del litoral y la otra con su trama de apasionamiento político, ambas desentrañando una realidad nacional sin almíbar retóricos.

Epoca de confusión. Estas dos novelas abren la posibilidad de una literatura ecuatoriana, pero se ve que aún no ha llegado el tiempo. El latifundismo domina al país y sólo escritores de mentalidad latifundista alcanzan publicidad y encomio. Así se explica que Remigio Crespo Toral sea consagrado como poeta con su poesía de alfeñique y carpintería; que Zaldumbide pontifique de crítico desde las Legaciones en Europa, distrayendo sus ocios de realista sin rey, crítica de gran señor; que Falquez Ampuero resucite a los parnasianos después que el Parnaso fué sepultado por la Gran Guerra.

Más o menos de esta generación, se salvan José Rafael Bustamente con su novela «Para matar el gusano», Pío Jaramillo Alvarado, E. Arroyo con sus ensayos sobre temas hispanoamericanos y César panoamericanistas.

Aparece luego un grupo de jóvenes con sensibilidad y talento. Humberto Fierro, Ernesto Noboa Caamaño, Medardo Angel Silva, Remigio y Rafael Romero Cordero, José María Egas, etc. Todos ellos discípulos de Rubén Darío. Unos murieron víctimas de la mor-

...conoci-
...titula,
...uasipun-
...e los li-
...ero, «En
...litera-
...ocuj ar-
...crítica
...quí tro-
...Analizar
...ca en su
...ista cre-
...orce ver-
...a no va-
...entalidad
...novela si-
...ca es fá-
...novelísti-
...con un
...Abajos»,
...árbaras»,
...mántica
...nado por
...reaciones
...o por lo
...o lo que
...sticos de
...undistas
...ismo no-
...enes no-
...ra sensi-
...sa masa
...que de-
...o que es
...mo con-
...de escri-
...yos, ha-
...caza, co-
...l altipla-
...corriente
...ose tam-
...a social
...socialis-
...stará de-
...caza. Es
...los días
...de Jorge
...despe-

...fina o de la embriaguez aguardantosa, y los otros, que aún viven, están bien muertos para la literatura. El mejor bien que hubieran podido hacer a las letras ecuatorianas es el de ni siquiera haber nacido.

De este grupo se salva únicamente Jorge Carrera Andrade. Algunos años de dura bohemia en Europa le ahuyentaron de su cabeza las tonterías sensibleras. Su libro de poemas «Boletines de Mar y Tierra», es una afirmación de fuerza lírica bien centrada en la moderna inquietud literaria. Actualmente se halla recopilando y puliendo sus versos anteriores.

Entre la generación de los preciosistas y decadentes, víctimas de la morfina y de su complejo de inferioridad, y la nueva generación de tendencia revolucionaria, aparece un grupo de hombres que forma el puente de una generación a la otra. En él podríamos ubicar a Jorge Carrera Andrade junto a Benjamín Carrión y a Gonzalo Escudero. Benjamín Carrión, con sus libros «Los Creadores de la Nueva América» y «Mapa de América», abrió la curiosidad europea hacia la Nueva América, a la vez que descubría a la América del trópico los nuevos valores literarios de Europa. Con su novela, «El Desencanto de Miguel García», y en su biografía histórico-novelada, «Atahualpa», reanuda la tradición literaria de Luis A. Martínez y Roberto Andrade, para buscar en la realidad nacional los elementos constitutivos de la trama novelística. Nosotros, que no hemos parado en convencionalismos para decir de Benjamín Carrión la verdad de nuestra apreciación a su obra, creemos que Luis Alberto Sánchez, él tan objetivo, peca de injusto al referirse al autor de «Atahualpa». Nosotros vemos en Benjamín Carrión un proceso de mentalidad revolucionaria que se acentúa.

En cuanto a Gonzalo Escudero, autor del libro de poemas, «Hélices de Huracán y de Sol», y de su comedia de estructura superrealista, «Paralelogramo», lo quisiéramos ver más hijo de su tierra, aplicando su talento, que lo tiene en grado sumo, a la interpretación artística del fenómeno social contemporáneo.

A este grupo podríamos incorporar a Fernando Chaves, con su novela «Plata y Bronce», reiniciando también el tema vernáculo con ambiente vernáculo como elemento de interpretación artística.

Entreverados con este grupo intermediario entre dos tendencias, que inicia la resurrección de la literatura ecuatoriana, hay una serie de críticos, ensayistas, poetas, historia-

dores, como Oscar Efrén Reyes, que acaba de publicar una «Vida de Juan Montalvo», Angel Modesto Paredes, autor de los «Resultados de la Herencia», Rigoberto Ortiz en su ensayo «El Problema de la Universidad», Emilio Uzcátegui con su último libro «Situación del niño en la Legislación ecuatoriana», Juan Pablo Muñoz autor del «Glosario de Amiel», César Carrera Andrade autor de «El Agro Ecuatoriano», Víctor Gabriel Garcés, autor de «Análisis psico-sociológico del indio», Rodrigo Jácome autor de «Derecho Constitucional», Augusto Arias con su «Cristal Indígena», Enrique Terán con su novela «El cojo Navarrete», Humberto Mata Martínez autor de «Doctrina y Técnica», valioso ensayo sobre un tema inexplorado en nuestra América, Miguel Angel León autor del libro de poemas «Labios sonámbulos», Abel Romeo Castillo, que desde España trajo la gracia romancera de Federico García Lorca con sus «Romances de Guayaquil», Luis A. Maldonado autor de «Socialismo Ecuatoriano», Ernesto Miño autor de «El Ecuador ante las Revoluciones Proletarias», el poeta Antonio Montalvo y el ensayista Alfredo Martínez pilotos de la revista «América», Sergio Núñez, autor de «Novelas del páramo y de la Cordillera», y otros muchos. Todos ellos, desde diferentes direcciones de la cultura; ensayo, crítica, poesía, comprendidos en la generación intermedia, para dar paso a la nueva generación de escritores revolucionarios. Este grupo, como puente entre dos tendencias, ha tenido un intento crítico no específicamente literario sino de cultura general. No ha tenido una orientación cultural más o menos orgánica, sino que se halla integrado por diferentes ideologías. En él hay liberales como Oscar Efrén y Rodrigo Jácome, idealistas como Augusto Arias, Alfredo Martínez y Antonio Montalvo, socialistas como Rigoberto Ortiz, Enrique Terán y Humberto Mata. Pero todos ellos aportan una nueva interpretación al fenómeno de la cultura nacional. Señalan la iniciación de un espíritu de disconformidad en la valoración de los problemas de la realidad ecuatoriana, con miras a una mejor documentación. Quizás, en su conjunto, podremos señalarles una excesiva preocupación intelectualista, que les hace generalizar la realidad social, pero en línea general aparecen con un nuevo estilo. La ampulosidad retórica de los anteriores grupos literarios es sustituida por el deseo de precisión conceptual. Lo que antes fue un prurito de belleza formal ante todo, aparece ahora como un deseo vehemente de llegar a la interpre-

tación del hecho, y esto explica la tosquedad de estilo, justificable como una reacción ante el retoricismo anterior.

Y aparece la nueva generación literaria. Auténticamente nueva porque lanza la flecha de su inteligencia hacia el blanco de la realidad ecuatoriana. Pero aclaremos un hecho: la interpretación de la realidad nacional que realiza esta generación no obedece a un móvil nacionalista. Todo lo contrario: son nacionalistas por su espíritu internacional. En Guayaquil, Aurora Estrada y Ayala, Enrique Gil Gilbert, Alfredo Pareja Diez-Canseco, Joaquín Gallegos Lara, José de la Cuadra y Demetrio Aguilera Malta. En Quito José Alfredo Llerena, Gonzalo Bueno, Ignacio Lasso, Jorge Fernández, Humberto Salvador, Jorge Icaza, Atanasio Viteri, Jorge Reyes y Reyes, Augusto Sacoto A., entre otros. En Cuenca, Alfonso Cuesta y Cuesta, G. Humberto Mata y Saúl T. Mora. En Loja Pablo Palacio, Angel Felicísimo Rojas, Alejandro Carrión, Manuel Agustín Aguirre y Carlos Manuel Espinosa.

El primer libro que apareció iniciando la publicidad de esta nueva generación fué «Los que se van», cuentos montuvios escritos por Joaquín Gallegos Lara, Demetrio Aguilera Malta y Enrique Gil Gilbert, a mediados de 1930. Ante la indiferencia con que fué recibido el libro, escribimos una nota bibliográfica sobre el mismo en el rotativo «El Telégrafo», de Guayaquil, en la que decíamos era el primer libro ecuatoriano escrito en algunos años. Y allí fué el croar e indignarse de los fracasados. Vinieron después otros juicios, entre ellos, desde Francia, el de Manuel Benjamín Carrión, y poco a poco se fué creando una atmósfera de comprensión para la obra.

Se abrió la espita de la nueva generación con libros recios, un poco anarquizantes: «El Muelle» de Pareja Diez-Canseco, «Don Goyo» y «Canal Zone» de Demetrio Aguilera Malta, «Yunga» de Enrique Gil Gilbert, «Camarada» de Humberto Salvador, etc., que están colocando la literatura ecuatoriana a la vanguardia de la literatura hispanoamericana. En este grupo inicia su labor literaria Jorge Icaza.

II

EL HOMBRE

Desde la cumbre andina ecuatoriana Jorge Icaza ha lanzado tres libros sobre la conciencia hispanoamericana. De ellos, el prime-

rizo es un manojito de cuentos apenas conocido por un grupo de amigos, que se titula, «Barro de la Sierra». El segundo, «Huasipungo», ha entrado ya en la categoría de los libros que marcan ruta literaria, y el tercero, «En las Calles», premiado en el concurso literario de la revista «América», de Quito.

De estos tres (1) libros queremos ocuparnos, interpretándolos, a la manera crítica no desprovista de emoción. Y aquí troppezamos con la primera dificultad. Analizar la producción literaria de Jorge Icaza en su aspecto técnico no es suficiente. Hasta creemos que la crítica al uso, la de «catorce versos son soneto» y si no son catorce ya no vale, esa crítica representativa de la mentalidad individualista, para la que no hay novela si la trama no deifica al héroe, esa crítica es fácil se levante uraña ante la técnica novelística de Jorge Icaza.

Los críticos al uso podrán convenir con un «Don Segundo Sombra», con «Los de Abajo», con «La Vorágine», con «Doña Bárbara», pues en ellos hay una evocación romántica del personaje, tipo simbólico deformado por la fantasía artística. Admiran estas creaciones de la moderna literatura americana, no por lo que tengan de realidad social sino por lo que tienen de adulteración simbólica.

¿Quién puede admirar los entes artísticos de Jorge Icaza? Nadie. Políticos y latifundistas se consideran desfigurados en el realismo novelístico, y en cuanto a la masa, quienes nos sentimos vinculados a ella por nuestra sensibilidad social, tampoco hacemos de esa masa un símbolo imitativo, por cuanto lo que deseamos es que esa masa deje de ser lo que es para convertirse en lo que debe ser como conductora consciente de la historia.

Sin embargo, la nueva generación de escritores del sur, argentinos y uruguayos, ha acogido a «Huasipungo», de Jorge Icaza, como una revelación de la literatura del altiplano tropical, lo que implica, que la corriente literaria se ha escindido, polarizándose también en las dos corrientes de la lucha social moderna, preletariado y capitalismo, socialismo y fascismo.

Como nota de introducción, no estará de más un apunte personal de Jorge Icaza. Es un temperamento que sabe reír. En los días grises de paramera andina la risa de Jorge Icaza vibra con sonoridad de cristal, despe-

(1) El autor nos ha enviado su última novela «Cholos», en la que aborda el problema racial y social ecuatoriano, de la que nos ocuparemos oportunamente.

jando un poco la melancolía del ambiente. Es el hombre de los libros. Devora libros con una anarquía de lecturas inconcebible, y su vida de cómico ha formado en él un poder de captación mimética maravillosa. En tertulia de amigos, es muy frecuente oír:

—Que hable Icaza como habla fulano—aquí el nombre de algún profesor, político o personalidad conocida—.

Y el gesto de Icaza nos transporta al momento ante la figura del político vulgar, del profesor de retórica impertinente, o del personaje de hablar engolado y fatuo. Esto ha contribuido mucho a desarrollar la asimilación plástica que Jorge Icaza nos muestra en su estilo inconfundible.

Pero la auténtica personalidad del autor de «En las Calles», la descubrimos en su frase ritual de saludo:

—¡Cómo te va, cholito! (1)—dice sonriendo al estrechar nuestra diestra.

En ese «cómo te va, cholito», que nos suelta envuelto en la frescura de su sonrisa, con tono de camaradería y sinceridad de hombre, vemos nosotros al escritor sin posse, sin literatura, porque Jorge Icaza no es un literato. No escribe por el deseo morboso de dar a luz frases perguenadas con arreglo a los cánones de las academias, escribe para dar corporeidad artística a su indignación de hombre atormentado por la injusticia social.

¿Edad? Como artista, tiene algo de femenino, y deja en tinieblas a su edad. Sólo sabemos que ha cumplido los veinticinco años y que aún no cumple los treinta. Entre él y Humberto Salvador, el autor de «Camarada», se arman disputas acaloradas para averiguar quién es más joven de los dos, pero ambos no pasan de ser niños con ojos de asombro ante el vivir de todos los días.

Veamos, pues, el asombro de Jorge Icaza en el desfile de sus libros, libros escritos por un hombre que ha visitado escuelas pero en el sentido literal, de visita, pues ha sido el espectáculo de la vida lo que le ha enseñado a contemplar, a interpretar y a escribir.

III

BARRO DE LA SIERRA

Aunque es autor de algunas comedias, su

(1) «Cholo», nombre que dan en el Ecuador al hombre del bajo pueblo, equivalente, salvo en el aspecto racial, al sentido despectivo de la palabra española villano. Cholito ha derivado a término cariñoso.

primer libro fué el titulado «Barro de la Sierra», publicado en 1933. No hay exageración al afirmar que pasó casi desapercibido. Los amigos del autor se encargaron de comentarlo entre sí y nada más. Dos de los cuentos, «Interpretación» y «Mala Pata», tienen una trama psicoanalítica.

En «Interpretación» campea una ironía despectiva. El indio que llega a burgués y deja su origen racial en las alforjas del olvido. Pero su rostro le delata, y en ese rostro la mujer ve reflejada la inferioridad social de su cónyuge. Por si eso fuera poco, don Enrique, el ex indio, padece de una incurable afección cardíaca. Con todos estos inconvenientes, no es difícil que aparezca ese personaje burgués por autonomías, la infidelidad. El cuento se desarrolla en un paralelogramo dialogado. Lo que se dice el matrimonio a presencia del amigo de la casa y lo que se diría si la hipocresía no les pusiera sordina a la lengua. Al fin, la muerte del ex indio pone las cosas en su cabal armonía. El ex va a la fosa porque, como buen esposo, debe procurar la felicidad de su cónyuge, quien es feliz con el dinero del ex indio y el amor del amante. «Muerto... Es gracioso, por primera vez lo ve aceptable». Así termina el cuento.

«Mala Pata» desarrolla un tema de honda tragedia social. ¿Hasta qué límite el hombre puede ser sincero, en nuestro medio? Se puede ser rojo, según denominación corriente de los hombres de izquierda, pero a condición de silenciarlo.

A Carlos Aparicio, protagonista del cuento, se le ocurrió un día llamarse comunista, y desde entonces empezó su «mala pata». Primero fué despedido del empleo, vino después la miseria que le destruyó el equilibrio moral, para caer al fin víctima de su mala pata, apareciendo como autor del asesinato de un personaje, porque ¿quién podía ser sino él, que era comunista? Y la mala pata es a la postre la setencia que pesa sobre todo hombre que no quiere doblar la cerviz ante la hipocresía que le rodea, hasta asfixiarle su personalidad.

«Desorientación» responde a una tesis que podríamos llamar neomalthusiana. «Dar hijos a la patria»; así empieza. ¿Cuál es el contenido de estas palabras para el trabajador? Para Juan Taco, mozo de cuerda de la estación del sur, fué un medio de prolongar e intensificar su tragedia. Dar hijos a la patria fué dar hijos a la miseria, al robo, a la prostitución. La Iglesia bendice a los matrimonios prolíficos, la Patria pide hijos por boca del

Estado, pero cuando los hijos nacen, la Iglesia y la Patria sonríen... y nada más. ¿Que en el hogar obrero no hay pan? Eso no le importa a la Iglesia ni a la Patria. Allí se las componga el pobre diablo fabricante de hijos. Pero es preciso que tenga mucho cuidado, porque contra el robo que alivia el hambre la Patria tiene una justicia que conduce a la cárcel, contra el aborto que evita los hijos la Iglesia enarbola la maldición del infierno, y contra la prostitución de las hijas el Estado ofrece únicamente un hospital. Juan Taco se arrima a las casas de quienes le aconsejaron fuera un hombre «honrado y patriota» para recibir... consejos. Ante el fracaso de su vida se vuelve airado maldiciendo a la Patria, a la Iglesia y a la Familia, a todas las gentes «honradas» que para permanecer «honradas» precisan que pobres parias como Juan Taco se embrutezcan y den hijos que sirvan de elementos de explotación. Y el fin es sabido: La Patria, la Iglesia y las gentes honradas han hecho de Juan Taco un ex hombre que cae muerto al final de una de sus tantas borracheras: «El sol lo sorprende amontonado sobre el lodo, como un resto que han dejado las aves de rapiña».

El fatalismo que rige a estos cuentos se halla encuadrado en un determinismo psicológico y social que da a la trama un desarrollo exacto. La narración está salpicada de una fina ironía que a veces se convierte en sarcasmo, y es esta ironía la única intervención personal de Jorge Icaza en el desarrollo del tema, como comentario irreverente y zumbón a la tragedia de sus personajes.

«Barro de la Sierra» contiene tres cuentos más, los tres primeros, de una intensidad trágica aún no superada por la nueva literatura. Se titulan «Cachorros», «Sed» y «Exodo». La tragedia india al desnudo. El lector que no haya estudiado la psicología indígena quedará un poco desconcertado al leer estos cuentos. Tanto se ha dicho de la degeneración del indio, del embrutecimiento del indio, de su falta de personalidad y de su incapacidad de regeneración, que estos tópicos se han convertido en artículo de fe para las gentes poco enteradas. La frase de Jorge Icaza es cabal: «Por la avenida de eucaliptos se asoma taita (1) José.—Avenida de perrugas. Avenidas de árboles Quijotes. Invitan a ensoñar hacia lo alto y hacia lo largo. Quijotes sin

rocines. Espejo de una raza que sueña y le obligan ir a pie».

«Cachorros» presenta el complejo psicológico de una choza indígena, en la que «el hijo primogénito de cachetes rojos y pelo castaño, robado tal vez al descuido de la casa de los amos o puesto en medio de la indiada por la lujuria de los señores, transforma el cansancio de taita José en aburrimiento». Este niño intruso es el nudo de la tragedia. A la aparición del segundo, en quien se concentran las atenciones de los padres, lo que al principio fué indiferencia del padre se convierte en repudio deliberado. El niño ve ahora que cada vez se alejan más de él «Su mama Nati. Su teta sucia y llena, color de barro cocido».

Pero no tarda en desarrollarse en él una odiosidad que le brota del subconsciente, contra quien considera la causa de todas sus desgracias: contra su hermanito. Y un día en que tenía que cuidar del niño mientras la madre se dedicaba a la faena del campo, la advertencia materna incita a la venganza: «Rudando quebrada murir». Y por la quebrada rodando murió el niño. Mientras la madre llora y la gente comenta la desgracia, el pequeño delincuente siente un gozo especial deslizándose su mano entre el regazo de la madre:

«Su teta.

Su teta sucia, color a tierra cocida».

Sube la intensidad narrativa al llegar al segundo cuento, «Sed». Un pueblo, como tantos pueblos del Ecuador, en el que el egoísmo del gamonal absorbe las fuentes de vida de la población. Las mejores mujeres, las mejores tierras y el agua son para el patrón. Y así, para aumentar la riqueza productiva de su hacienda desvía la corriente del río hacia su exclusivo provecho, dejando sin agua al pueblo, dándole como retribución el paludismo que brota ahora de las charcas. La indiada muere de sed y de fiebre, se agotan todas las posibilidades de vida. Sed, sed, sed. El agua y las naranjas constituyen el delirio de la gente, pero esta sed los tiene aniquilados, impotentes. Acurrucados en su chozas deliran: El agua allá... las naranjas allá... Todo está en la lejanía. Y es inútil quejarse. El cura, guía-dor de almas, les predica la resignación para no ir al infierno, y el teniente político los despelleja a latigazos por cada infracción. Y el agua y las naranjas están allá, en la casa del amo, quien precisamente despojó del agua al pueblo en bien del progreso del país, para

(1) Taita. Voz quechua que significa padre.

que los indios se civilicen, para aumentar la producción de la hacienda.

«Exodo» es otro cuento de una intensidad insuperable. El indio es un esclavo atado a la tierra del amo. Su trabajo para el amo, su mujer para el amo, sus hijos, explotados desde la niñez, para provecho del amo, sus hijas virgindades para entretener la libidinosidad de los hijos del amo. Y todo, como dicen los amos, «para civilizarlos». Mandato del amo es ley; ahí están el cura para conformar a los indios al deseo del amo y el teniente político para hacer cumplir tal deseo. Ese deseo hace que el indio José Quishpe sea arrastrado halando la beta de un toro y agónice a baquetazos dejando flecos de carne en las laderas del camino. Sus últimas palabras son para el hijo mayor: «Es preciso que huya de esta tierra maldita». Y empezó el éxodo ¿Hacia dónde? Hacia cualquier parte. Pasando quebradas y parameras alcanzan al fin la tierra llana de la selva del litoral. Pero han comprobado que el éxodo ha sido inútil. Todo pura ficción. En la selva, como en el páramo, la misma explotación, los mismos piojos, la misma hambre, la misma miseria.

¿En qué casilla literaria pondremos a Jorge Icaza como cuentista? Vienen a nuestro recuerdo nombres de cuentistas hispanoamericanos de gran fuerza narrativa. Horacio Quiroga, Benito Lynch, Monteiro Lobato, entre muchos. Pero Horacio Quiroga resulta excesivamente vegetal; la Pampa, el Chaco, el Paraná, los hombres parecen medios para que hable el paisaje, mientras que en Jorge Icaza sucede al revés, es el paisaje un medio que profundiza la tragedia de los hombres. Benito Lynch guarda puntos de semejanza con Jorge Icaza en su poder de captar la plasticidad de un medio ambiente, pero se diferencian totalmente en los elementos de su narración. Benito Lynch no ha hecho sino trasplantar al medio campesino el eterno drama de alcoba de la novela burguesa, mientras que para Jorge Icaza el drama de alcoba es un detalle decorativo de la narración. Monteiro Lobato, el cuentista brasileño, está saturado de una mezcla de escepticismo y humorismo decadente que hacen de sus cuentos campesinos un trasplante de inquietudes urbanas. El infierno verde del Brasil resulta en Monteiro Lobato un jardín podado al sistema de parque inglés, Jorge Icaza, por el contrario, tiene un asombroso poder de evocación realista que da a cada ambiente su tono respectivo.

Tendremos necesidad de incluir a Jorge Ica-

za en el grupo de los cuentistas ecuatorianos de Guayaquil. Ninguno de sus cuentos tiene la fuerza, dentro de la sencillez de expresión, de «Chumbote», de José de la Cuadra. Su cuento, «Cachorros», que tanta afinidad de argumento tiene con «El Malo», de Enrique Gil Gilbert, desmerece ante éste por no estar captado con la misma precisión psicológica, pero guarda con ellos la misma fuerza de expresión, la misma vitalidad argumental y el mismo realismo descriptivo.

IV

«HUASIPUNGO»

Y apareció el libro. «Huasipungo» ha sido una de esas novelas que ejercen el papel de despertador. La vida hispanoamericana se desliza alrededor de unos cuantos tópicos. El imperialismo, el gamonalismo, el hispanoamericanismo, la lucha entre las diferentes oligarquías. Estos tópicos se vuelven lugar común y resulta hasta de mal gusto hablar de ellos en las reuniones de las personas serias, honradas y patriotas. El Imperialismo. ¡Valiente tontería! La envidia de cuatro descamisados que no pueden comprar autos en Estados Unidos, a eso queda reducido el antimperialismo según el criterio de las gentes honradas. El odio al gamonalismo, según esas mismas gentes, se reduce al deseo de no civilizarse de los campesinos, y como los gamonales se empeñan en civilizarlos, de ahí los disgustos de los pobres gamonales; y así se explican los demás tópicos.

Pero un día aparece «La Vorágine», del colombiano Eustasio Rivera, y el escritor que pavonea sus genialidades por los salones de Buenos Aires, Madrid, Santiago, Montevideo o Río Janeiro, se queda alelado. ¿Pero es verdad tanto horror? ¿Dónde queda eso? ¿Cómo puede haber escritores que al hablar de cosas americanas no hablen del conventillo y de las mundanas que pasean por la calle Florida? Pero al fin, aunque sea a regañadientes, descubren el infierno de las caucherías amazónicas, como antes, gracias a Barret, descubrieron los hierbales del Paraguay, y ahora, con «Huasipungo», de Jorge Icaza, han descubierto el Ecuador. ¿Y dónde queda este país? No están muy seguros pero dicen que en la ruta hacia los Estados Unidos. ¿Será verdad que la tragedia india es tan monstruosa como relata «Huasipungo»? Inquieren, y al fin, los honrados, los auténticamente honrados, se

convencen, mientras los otros, los honrados salamente con hache, comensales de los saraos diplomáticos, no se convencen, lanzan una sonrisa de desdén titulando escritor bárbaro al autor de «Huasipungo». Precisamente ellos son amigos íntimos del Señor Barilari, Ministro de Argentina en Quito, y en carta reciente les dice que Jorge Icaza debe ser un cualquiera, pues jamás ha tropezado con él en ninguna recepción, en cuanto al trato a los indios, puede asegurar que es falso todo lo que dicen que dice «Huasipungo»—él no ha leído la obra—. Precisamente es amigo de todos los gamenales y éstos le han dado palabra de honor de que es falso todo cuanto se dice en el libro.

Esta actitud de la sensibilidad rastacuera tiene como disculpa la ignorancia, pero hay otra actitud no justificable, y es la de quienes dándose las de enterados, con su función de crítica introducen la confusión en la literatura hispano-americana. Se han empezado a hacer comparaciones entre «La Vorágine» y «Huasipungo». ¿Qué une a estas obras? Únicamente la fuerza de expresión; por lo demás, son opuestas como contenido y tendencia. La genial obra del colombiano Eustasio Rivera lleva la estampa romántica en la vida de sus protagonistas, los personajes de «Huasipungo» pierden su individualidad—condición inherente al romanticismo es la individualidad—, para confundirse con la gleba. Hasta los mismos protagonistas que por su condición económica podrían obrar individualmente; el gamonal, el cura, el gringo, aparecen actuando bajo la acción determinante de los intereses de su clase. «La Vorágine», en su tendencia, aparece como una revancha humanitaria en abstracto y racional en el contenido, mientras que «Huasipungo» tiene una tendencia de revancha social, si bien esta revancha aparece de manera instintiva. «La Vorágine» tiene proyecciones narrativas más vastas, no tanto por el contenido de la obra, sino por cuanto es una novela técnicamente más bien lograda que «Huasipungo». ¿Cuáles serían las deficiencias técnicas de «Huasipungo»?

«Huasipungo», siendo una de las mejores novelas de la moderna literatura hispano-americana, adolece de una técnica de cuento. No cometeremos el error de creer que quien escribe una novela puede escribir un cuento y que una novela no es más que un cuento alargado hasta determinado número de páginas. Eso es una simplicidad. Entre los aspectos

que diferencian a la novela del cuento queremos señalar ahora uno como fundamental: El cuento abarca una de las etapas del proceso vital de un hombre o de una colectividad, mientras que la novela abarca todo un proceso. Hay que señalar que ese proceso que enmarca la novela no está limitado por el tiempo ni por el tamaño, puede desarrollarse en una sola noche, como en la novela «Confesión de media noche», de Duhamel; pero si nos fijamos veremos que abarca todo un proceso psicológico del protagonista.

Pues bien: «Huasipungo», que abarca un proceso económico-social de una colectividad indígena, está tratada con una técnica de cuento. Por eso vemos que el libro se desborda, se sale de madre, los acontecimientos se precipitan unos sobre otros sin cumplir su verdadero rol. El autor tiene deseos de acabar pronto, quien sabe si a ello no contribuya también su angustia atormentada por el dolor sobrehumano del tema. Desde el principio le atrae el fin y le molestan todas las etapas que tiene que recorrer hasta llegar a él. ¿Es qué abogamos por los descriptivismos literarios? No, sino limitación adecuada de las escenas para que no queden como flecos desgarrados del tronco de la novela. Nada de extensiones inútiles. Aquí cabe una paradoja de Montaigne escusándose por escribir una carta muy larga: «Es que no tengo tiempo para ser conciso». Paradójico pero exacto. Hay que meditar el tema, analizarlo detenidamente para que aparezca en la novela con su verdadero ritmo vital. Jorge Icaza encaró el tema de «Huasipungo» como si se tratara de la sola etapa de un proceso, siendo así que es uno de los procesos más intensos de la moderna literatura hispano-americana. Y es precisamente la falta de ritmo, o mejor su ritmo precipitado, lo que hace de «Huasipungo» una novela anárquica en su estructura.

«Huasipungo» es, con todo, una fiel interpretación del infierno indígena. El contenido económico del huasipungo es la esclavitud. Por ese pedazo de tierra que el latifundista da a los indios, éstos vienen obligados a cultivar cuatro o cinco días las tierras del señor con jornales de diez o veinte centavos (equivalentes a uno o dos centavos de dólar).

El indio ecuatoriano vive en plena esclavitud con todos los agravantes de orden moral que la esclavitud económica impone. El Estado, representado por el teniente político, la Iglesia, representada por el cura, y el gamonal manejando a ambos, forman el tripo-

que los producci

«Exod
insuper
la tierra
mujer p
de la ni
jas virg
dad de
cen los
amo es
a los in
político
deseo l
arrastra
nice a
las lade
son par
ya de es
¿Hacia
sando q
la tierra
compro
do pura
ramo, l
jos, la

¿En
ge Icaz
recuerd
canos d
roga, B
muchos
sivamer
raná, lo
hable e
za suce
que pro
Benito
con Jor
ticidad
rencia
rración.
plantar
de alcoh
para Jo
detalle
Lobato,
de una
decaden
nos un
infierno
Lobato
que ing
ne un a
que da a

Tendr

de en que descansa la esclavitud indígena. Chozas sucias, piojosas, convivencia con cuyes, perros y gallinas, sin el más elemental útil de hogar, reducidos a unos tarros de barro cocido. Jornadas agotadoras y como único alimento el maíz tostado. La única alegría la embriaguez. El indio no tiene hogar. Se separará de su mujer y sus hijos cuando el patrón se lo ordene. Hijas para el patrón, mujer para el patrón. Si el niño del gamonal necesita nodriza, se recogerán las indias paridas como manada de vacas, y la elegida tendrá que dejar morir de hambre a su niño para amamantar al hijo del amo. ¿Religión? Una grosera superstición a base del miedo al infierno que obliga a hipotecar la vida de abuelos a nietos para satisfacer la sensualidad rural del cura. ¿Higiene? Ahí está el horroroso cuadro de la cura de la gangrena del indio Andrés-Chiliquinga y la muerte de la Cunshi, después del artazón de carne putrefacta desenterrada, para ver en qué consiste la higiene del indio.

Llega un momento en que el gamonal se convierte en financiero, y trata la venta de su hacienda a una compañía yanqui. Para ello tiene que construir una carretera que haga accesible la explotación en gran escala de las tierras. La minga (1) que describe Jorge Icaza en «Huasipungo» es de un patetismo dantesco, y para encontrar escenas como éstas tendremos que recurrir indefectiblemente, a «La Vorágine». Para traspasar la hacienda al trust extranjero es preciso desalojar a los indios. Los gringos (2) no quieren pesos muertos en la explotación y los huasipungos tienen que ser desalojados. Ante la resistencia de los indígenas que se presienten desposeídos de unas tierras que heredaron de su padre el sol, las tropas, al servicio del Estado defensor del latifundio, se presentan para desalojar a los indios de sus choceríos. Y la rebelión se desencadena al grito de: «NUCANCHIC HUASIPUNGO». Nuestro es el Huasipungo. «NUCANCHIC ALLPA». La tierra es nuestra.

Pero de nada les sirve el grito de rebeldía. Son ametrallados por sus hermanos los soldados para mejor servir al explotador de ambos, campesinos y soldados. Pero no importa, entre las llamas de las chozas arrebatadas por el fue-

go, el grito de rebeldía ha sonado y repercute a los cuatro vientos de la cordillera andina:

«NUCANCHIC HUASIPUNGO. NUCANCHIC ALLPA». El Huasipungo es nuestro. Nuestra es la tierra.

Huasipungo», por el dinamismo de su acción tiene un aspecto fílmico a semejanza de «Los de Abajo» del mexicano Azuela; por la fuerza de su expresión se iguala a «La Vorágine», del colombiano Eustasio Rivera; pero tiene a la vez una plasticidad, un color local inconfundible. Como tendencia y contenido «Huasipungo» se parece únicamente a ella misma. La tragedia del indio ecuatoriano, que tiene similitudes con la del boliviano y peruano, es tratada por primera vez en Hispanoamérica como una realidad artística en relación con una realidad social. «Raza de Bronce», del boliviano Arguedes, es la visión indígena de un burgués sentimental. Jorge Icaza se coloca ante el indio más allá del sentimentalismo, porque sabe que únicamente la justicia da a cada uno lo suyo, y como el sentimentalismo deforma la percepción objetiva de los hechos, todas las obras literarias escritas hasta la fecha encarando el problema indígena, han deformado el panorama vital de la raza oprimida. Jorge Icaza no es servido de ningún prejuicio, él se coloca ante el indio con los ojos de la sinceridad, presentándolo luego con toda su tragedia al desnudo. Una ola de rubor congestiona nuestros rostros al leer «Huasipungo», rubor de quienes no han percibido ese crimen que día a día se desarrolla ante la indiferencia de los hombres, sin que éstos tengan la valentía de protestar contra la injusticia, tendiendo a la vez su mano de fraternidad al eterno expoliado.

El indio es así, tal como lo vemos en «Huasipungo». Quien se asuste de su crueldad y de su ignorancia, quien no sea capaz de llegar hasta él para subir juntos la cuesta de la emancipación, que no hable de la regeneración del indio. Quien busque amores idílicos, indias que se enamoran hasta la muerte del patrón blanco, blancos que se enamoran como Romeos de las longas (1), que no lea «Huasipungo». El realismo de esta novela no se presta para melancolías burguesas. La vida del indio es demasiado dura y en ella no caben los sentimentalismos. Sus pasiones están ahogadas por el trabajo agotador y sólo exterioriza las que tienen una manifestación animal. Ya no estamos en los tiempos de «Cumandá». Estamos en los

(1) Minga.—Trabajo colectivo para beneficio colectivo, pero que ha degenerado en trabajo colectivo forzoso de los indios en beneficio del gamonal, retribuido con aguardiente.

(2) Nombre que dan en el Ecuador a los norteamericanos.

(1) Longa.—India joven.

tiempos de un realismo vital. ¿Moral o inmoral? Qué tiene que ver lo moral con el arte. Si la literatura como arte ocupa una categoría abstracta, como quieren los idealistas, está más allá de la moral, y si es una realidad de interpretaciones sociales, entonces tiene tantas facetas de moral como sistemas de interpretación de la vida existan. El realismo de «Huasipungo» es un realismo vital, y el indio es tal como aparece en esta novela.

La tendencia de la obra es de una rebelión instintiva. No hay cosa más ridícula que la de creer que las rebeliones indígenas obedecen a un plan deliberado, consciente. Absurdo. Aún no hay en él emoción social, sencillamente porque su condición económica no le da categoría de hombre social, y por eso mismo son sus reacciones tan groseras. Son el hambre, el vejamen, la explotación primitiva de que es objeto desde niño, lo que le hace sacudirse la carga, de la misma manera que se la sacude la mula que ya no puede con ella.

La vida primitiva, instintiva, del indio, con sus reacciones primitivas, están fielmente interpretadas en «Huasipungo», pero Jorge Icaza era el primer descontento de su libro y por eso se superó en su inmediata novela.

V

«EN LAS CALLES»

Presumimos que la nueva novela de Jorge Icaza, «En las Calles», dará lugar, como «Huasipungo», a la incompreensión y al confusiónismo crítico. Creemos que los dos bandos de la pugna social se colocarán en pro y en contra, respectivamente, de la obra, y lo que para unos será una gran novela, para los otros será una novela sin trascendencia ninguna. Pero nosotros, que ideológicamente estamos en uno de los bandos, nos permitiremos algunas observaciones para valorizar la novela más allá de la pugna social, es decir, la novela «En las Calles», vista como obra de arte y nada más que como arte, sin que sea obstáculo para que tratemos de valorizarla como documento social.

La novela «En las Calles» es de tendencia realista con influencias psicoanalíticas. Este segundo aspecto es secundario y aparece únicamente como interpretación de ciertos tipos humanos, pero en esencia es de tendencia realista. Ahora bien: ¿Qué es el realismo? Parece que la misma palabra lo dice: Realismo es lo real, lo que es, la cosa, según la raíz etimológica.

Realismo es lo que nos enseña la realidad de las cosas, su razón de ser. En el terreno de la metafísica, realismo y naturalismo se confunden porque tienen una misma base de sustentación, la naturaleza, la vida; pero en ese sentido todas las doctrinas filosóficas, políticas, artísticas, etc., se confunden, pues todas ellas tratan de explicarnos la naturaleza de las cosas y de la vida. Hasta en la dialéctica hegeliana, lo ideal es real, porque tiene una base de sustentación realista, porque es. Lo que debemos aclarar es, aunque sea supérfluo para los enterados, que no es la naturaleza la que inventó el naturalismo, sino que éste es el resultado de la interpretación de la naturaleza, de la vida, hecha en un determinado tiempo por determinados hombres. Y en esta interpretación está precisamente el contenido artístico del naturalismo literario.

Para el naturalismo literario la vida es un panorama animado por el complejo de las pasiones, dando entre éstas preferencia capital a la pasión amorosa. Mientras que para el realismo la vida tiene un sentido totalitario, el complejo del realismo literario es vital, y en él caben el complejo amoroso, el complejo político, el complejo social, etc. Debemos recordar, al tratar del naturalismo literario, que es verdad, como señalan infinidad de críticos, que a la literatura de Zola se la calificaba de nauseabunda, y al mismo Zola se le llamaba «cerdo»; pero es necesario reconocer que tal actitud obedece a la indignación de quienes se consideran retratados con todas sus lacras morales. Si alguna obscenidad había en la literatura de Zola era precisamente la obscenidad de la clase burguesa que él describía. Pero de una cosa se olvidan los críticos despectivos de Zola, y es que la potencia creadora del autor de «La Taberna» tiene proyecciones hasta nuestro tiempo. Desaparecen del panorama literario las escuelas románticas, simbolista, psicológica de la escuela de Bourget, y pervive aún la escuela de Zola en su libros «Los Evangelios» y «Las Ciudades», sirviendo de guía a las modernas corrientes literarias.

«En las Calles», de Jorge Icaza, es una auténtica novela realista, con ese realismo popular tan vivo que la une a la más fecunda literatura hispánica. Nos referimos a la novela picaresca española. Para encontrar una vida tan bullente como «En las Calles», tendremos que remontarnos a «El Dablo Cojuelo», de Luis Vélez de Guevara; al «Guzmán de Alfarache», de Mateo Alemán; o a «El Lazarillo de Tormes». Con ellos guarda la plenitud de vida, el desfile de todo un pueblo del alto y bajo fondo

de en c
Chozas s
perros y
hogar,
Jornadas
maíz tos
El indio
jer y su
Hijas pa
el niño
gerán la
cas, y l
hambre
del amo.
a base d
tecar la
la sensu
está el h
grena de
te de la
putrefac
siste la b

Llega
vierte en
cienda a
que cons
la explot
minga (
pungo)
contrar e
rrir inde
traspasa
ciso des
quieren
huasipun
la resiten
despose
su padre
do defer
desaloja
belión s
CHIC H
sipungo
rra es n

Pero
Son ame
dos para
campesin
las llama

(1) M
lectivo, pe
forzoso de
buido con

(2) N
americano

social. El chapa (1) Francisco es un moderno Diablo Cojuelo, mostrando a los hombres el panorama de su miseria.

Pero «En las Calles» no sólo se continúa la tradición de la clásica novela picaresca española, sino que se incorpora a la vez a la moderna literatura de masas. Causa indignación ver la insensibilidad literaria del medio ecuatoriano. El Ecuador ha sido el primer país hispanoamericano que ha dado personalidad literaria al Nuevo Continente en las modernas corrientes literarias. En la novela sexual y psicoanalítica presenta obras como «Camarada», de Humberto Salvador; haciendo puente entre la novela individualista y de masas, tiene obras como «Canal-Zone», de D. Aguilera Malta, y como una novela de masas «En las Calles», de Icaza. Y la crítica y el público permanecen sordos ante este hecho sorprendente, y tienen que venir críticos de otros países para decirles del valor de estas obras.

El mérito artístico de Jorge Icaza en su novela resulta asombroso, si se tiene en cuenta que, hasta la fecha, la única novela de masas bien lograda ha sido la rusa, porque Rusia es el único país donde el sentido de masas llena la vida social; pero en el Ecuador, donde el latifundio aplasta a las masas y en el panorama social sólo se divisan cabezas de gamonales y caudillos políticos, las dificultades técnicas para una novela de masas se multiplican; pero no hay dificultades que no sean vencidas por la sensibilidad y el talento del artista. Y así es como, gracias a la sensibilidad y al talento de Jorge Icaza, América tiene una novela moderna que forma constelación artística con las grandes obras de la literatura internacional.

Lo que en «Huasipungo» es una rebeldía del instinto, «En las Calles» marca la ruta del proceso revolucionario. Del campo a la ciudad. A fuerza de choques con la explotación, el chagra, indio de economía superada, no pudiendo resistir el vejamen de todos los días: hambre, sed, piojos, látigo, deja el campo para incorporarse al ritmo ciudadano. La explotación es la misma, pero la colmena humana da lugar a la fraternidad. La miseria del hombre se comunica al hombre, al hermano de explotación, y poco a poco se elabora el sentido de solidaridad. En la mayoría de los casos, el individualismo y el peso de la ignorancia obliga a un explotado a asesinar a otros explotados como él, pero ese mismo dolor contribuirá a transformar el instinto de rebeldía en rebeldía consciente.

(1) Chapa.—Policía.

¿Detalles de la novela? Para qué. Los detalles desaparecen ante la avalancha de los acontecimientos. No es una novela que pueda gustarse en detalle, aunque cada uno de éstos llena la emoción del lector, estrangulándole el ánimo. Densa y tensa desde el principio hasta el fin. «En las Calles» es una novela abierta a la claridad del cielo andino, enarbolando la incorporación del movimiento social ecuatoriano a la corriente revolucionaria internacional. El paisaje andino, la vida del pueblo de Quito, a 2.800 metros sobre el nivel del mar, la historia política actual del Ecuador se revuelven en la novela con el torbellino del acontecer de todos los días.

La pugna entre el latifundismo conservador, ayudado por el clero, y la burguesía liberal apoyada por el Ejército, llevando al país a la guerra civil con la masacre de los cuatro días de Quito, da a la novela un relieve epopéyico, pues la novela de masas es la epopeya de nuestro tiempo. Y entre esas dos pugnas, el pueblo, la masa indígena ametrallada por sus propios hermanos de explotación, los soldados, que a la vez se ametrallan entre sí como una justificación al heroísmo de quienes, en tales momentos, se retozan entre los brazos de las queridas, mientras las balas silencian su algarabía en los cuerpos de los descamisados.

Este tremendo crimen de la guerra de los cuatro días fué una gran lección para Quito. La experiencia fué dura y los trabajadores hicieron desde ella un deslinde de futuras realizaciones. Al final de la novela, el chapa Francisco, uno de los tantos héroes anónimos, con las entrañas atravesadas por la metralla, grita su consigna a sus hermanos.

El chapa Francisco, niño azotado por protestar cuando asesinaban a su madre a patadas en el vientre; el mozalbete, mordido por la miseria en las calles de Quito; el hombre, convertido en policía para matar el hambre, a quien ordenan asesinar a los suyos, a los de su clase, que protestan su hambre en las puertas de la avaricia capitalista, y que se vé obligado a castigar duramente el cuerpo de su compañera a golpe de sable; ese hombre, instrumento de dominación de los suyos para provecho de sus explotadores, al caer herido mortalmente, sus últimas palabras son para los parias como él, que inconscientemente se dirigen a la muerte para afirmar más el pedestal de sus opresores:

—¡; No vayáis...!! ; No se maten entre ustedes...! ; Apunten a esos...! Y esos son las oligarquías bancaria y latifundista hipotecadoras

de la nación al imperialismo; la oligarquía militar que emplea el Ejército en defensa de su presupuesto; la oligarquía política que hace del Estado un instrumento de explotación de los de abajo; la oligarquía clerical que embrutece el espíritu del pueblo para que se preste sumiso a la explotación.

«En las Calles» es la gran novela americana. ¿Mejor o peor que algunas de ellas? «En las Calles» es «En las Calles». En la literatura moderna del Continente es la primera novela de masas con color y sabor americano. Por eso mismo está más allá de toda comparación. Sin embargo, puede afirmarse, que es superior a «Babbalanza» de Sinclair Lewis, por la complejidad de su contenido humano; superior a «Petróleo», de Upton Sinclair, por su fluidez, pues la novela del yanqui se halla en la etapa detallista del naturalismo francés; superior a «Los de Abajo», por la mayor cantidad de etapas en el desarrollo de la trama; superior a «La Vorágine», porque el contenido vegetal, primitivo, selvático, de la novela del colombiano, adquiere en la del ecuatoriano un ritmo de preocupación social; superior a «Don Segundo Sombra», de Ricardo Güiraldes, porque el proceso psicológico del gaucho argentino en convivencia con su paisaje, vive más allá de las inquie-

tudes de clase; superior a «Huasipungo», porque la rebeldía instintiva de los indios esclavos de la primera novela de Jorge Icaza, adquiere «En las Calles» una conciencia revolucionaria.

Camaradas de Hispanoamérica: Desde Quito, cumbre de los Andes tropicales, Jorge Icaza lanza sobre la América toda su mensaje de arte y emoción social en su última novela. Leedla con amor de intelecto, interpretadla con razón y sentimiento. Al fin América indohispana tiene su gran novela. Una novela torturante, agobiadora, de un realismo vital que sobrepasa la posibilidad de toda imaginación, precisamente por la sencillez de su representación literaria.

¡Ah! Pero quienes se avergüencen del nauseabundo olor indio, los filisteos que hacen ascos al dolor de los de abajo, los hipócritas de mentalidad pequeño burguesa que se asustan de las palabras y permanecen indiferentes ante las injusticias sociales, esos sería mejor que no leyeran «En las Calles», pues una colección de «Novelas Rosa» sería pasto espiritual propicio para su mentalidad cretina.

«En las Calles» es un libro al que hay que saludar con el puño levantado, como un grito de presente de la literatura hispanoamericana a la auténtica literatura revolucionaria.

EL FIN DE LA CIENCIA BURGUESA

«La ingenua confianza por la cual hasta los pensadores revolucionarios del siglo XVIII, creían tener en el bolsillo la solución de todos los enigmas del universo y hablar en nombre de la razón absoluta, no puede ser compartida hoy en día ni por el revolucionario más ardiente. En nuestra época nadie vacilará lo más mínimo en reconocer, de acuerdo con eso, con los demás pensadores y algún que otro raro pensador del siglo XVIII como también de la antigüedad, que todos nuestros conocimientos son relativos, que representan una relación entre el hombre, el yo, y el resto del universo, y que estos no nos muestran el universo, sino únicamente aquella relación. Todo conocimiento es relativo, condicional y limitado. No existen verdades absolutas, eternas. Esto quiere decir que el conocimiento no tiene fin, que el proceso del conocimiento es infinito, ilimitado, que es una locura considerar un conocimiento cualquiera como el último producto de la sabiduría, pero que es una locura no menos grave creer que un principio cualquiera constituye el límite extremo e infranqueable de la ciencia. Sabemos, muy al contrario, que la humanidad, tarde o temprano ha rebasado el límite que se le ha fijado a su conocimiento, de lo cual se daba cuenta, pero que ha tropezado también con nuevas limitaciones con las cuales no contaba. No tenemos razón ninguna de retroceder ante un problema determinado del cual podemos constatar su existencia, ni de renunciar a ningún esfuerzo, ni murmurar resignadamente; no podemos ir más allá.

Ahora bien: esta falta de energía es la que caracteriza al pensamiento burgués moderno. En vez de esforzarse cuanto más mejor en ampliar y profundizar nuestros conocimientos, se ingenian contrariamente en descubrir límites precisos trazados para siempre en nuestra inteligencia, y en desacreditar el valor de toda investigación científica.»

CARLOS KAUSTKI: Introducción al Marxismo»

social. E
no Diab
el panon

Pero
tradición
nola, sin
terna lit
ver la in
toriano.
panoame
raria al
rrientes
analítica
Humber
novela i
como «C
como un
Icaza. Y
sordos a
que ven
del valo

El mé
vela res
que, has
bien log
el único
la vida s
tifundio
social se
caudillo
para una
no hay d
sensibili
como, g
Jorge I
na que
grandes

Lo qu
instinto,
ceso rev
fuerza d
gra, ind
resistir
sed, pio
porarse
la mism
la frater
munica
y poco
ridad. E
lismo y
plotado
pero ese
mar el i
ciente.

(1) C

62

AUTORES Y LIBROS

«BOLÍVAR, EL LIBERTADOR», por José María Salaverría.

Una de las preocupaciones más obsesionantes para nosotros es el estudio de todo lo relacionado con la vida de Simón Bolívar. Hemos procurado comprenderlo a través de los libros y de los escenarios de su actuación histórica. La desbordante riqueza vital de este genio español—español en cuanto hispanoamericano difícilmente puede ser valorada en su justa medida por la obra de un hombre o de una escuela. Bolívar constituye el punto de convergencia de veinte pueblos de habla hispánica en el proceso de su constitución nacional, alentado por el deseo de libertad romántica que se imponía en las primeras décadas del siglo XIX.

Por estas consideraciones, cuando apareció el libro «Bolívar», del literato José María Salaverría, nos hicimos el propósito de no leerlo. ¡Bolívar interpretado por Salaverría! Es como si pidiéramos a una marmota nos explicara por qué y cómo vuelan las águilas. Hoy hemos tropezado con la última edición y hemos tenido la paciencia de leerlo hasta el fin.

El escritor uruguayo José Enrique Rodó, en su ensayo sobre Bolívar, dijo que era: «Grande en el pensamiento, grande en la acción, grande para magnificar la impureza que cabe en el alma de los grandes». Esto podrá ser la frase admirativa de un escritor hacia su héroe, pero en el caso de Bolívar define bellamente la grandeza que rodea la obra del libertador de la América española.

No. José María Salaverría, inteligencia reumática y sensibilidad de tendero de las letras, pequeño en el pensamiento y mezquino en la acción, no es hombre apropiado para sentir y comprender a Bolívar, ni mucho menos. Como reaccionario no puede sentirse a Bolívar, porque Bolívar es símbolo de libertad. Por eso, este indecente libro que nos ocupa es una argumentación artificiosa para hacer creer a los indocumentados, que Bolívar, que nació para mandar, era un déspota partidario del establecimiento del régimen monárquico en Hispanoamérica, cosa que el autor no afirma, pero que insinúa desvergonzadamente.

El escritor venezolano Rufino Blanco Fombona, comentando un trabajo nuestro sobre Bolívar, nos dijo: «Así, con el amor de la Libertad por delante, es como se puede hablar del «Libertador». José María Salaverría es ttn antípoda de la libertad, para sí y para los demás, porque quiere la servidumbre para los otros en la misma condición que su pluma sirve para halagar la vanidad de los dictadores de nuestro tiempo.

Hubiera podido documentarse antes de escribir, evitándose estampar suposiciones monarquizantes

en Bolívar. Sabría entonces, que la ruptura entre Bolívar y San Martín, en la entrevista que tuvieron en Guayaquil, obedeció precisamente a la negativa rotunda de Bolívar al deseo de San Martín de convertir en monarquías las nascentes repúblicas hispanoamericanas.

Todo el libro de Salaverría intenta ser un justificante de lo que él considera fracaso de la obra de Bolívar, que obedecería a la precaria educación política que recibió, especialmente del que Salaverría califica «estrafalario» profesor Simón Rodríguez. La personalidad del Libertador, en su aspecto positivo se explicaría por el origen aristocrático de su familia, todo lo demás, según el autor, fué elemento disolvente que hizo fracasar la misión histórica del genio. El mismo autor se encarga de hacernos reír del tabú aristocrático de pura sangre, cuando admite el aporte negro en la ascendencia de Bolívar, y con sus deducciones nos demuestra la ignorancia total que tiene de la realidad histórica y social de Hispanoamérica, cuando no sabe coordinar el mestizaje con el cuadro de explotación económica en que se desenvolvía la lucha de clases en el continente, lucha condicionadora del proceso de las guerras de emancipación, que ahora hacen más comprensible la posición contradictoria de Bolívar consigo mismo, con su medio y con su tiempo.

El libro de José María Salaverría es la obra de un español rencoroso, enemigo de la España liberal, incapaz de sentirse español fuera de los límites de un hispanismo clerical y cuartelero. Por eso quiere empañar la gloria de Bolívar acumulando sobre él pequeñas manchas, olvidando que Bolívar es lo suficientemente «grande para magnificar la impureza, que cabe en el alma de los grandes».

El señor Salaverría afirma, con la incuria intelectual característica en los literatos españoles que han mirado con desprecio la realidad hispanoamericana, que el general Sucre, el vencedor de Ayacucho, fué «asesinado en la soledad de Bernecos, allá en Bolivia». ¿Dónde está Bernecos, qué es Bernecos? Confesamos nuestra ignorancia, porque es la primera vez que en los anales de la historia de Hispanoamérica leemos este lugar geográfico. El general Sucre fué asesinado en Berruecos. ¡Error tipográfico! No valdría la excusa, por cuanto a continuación sitúa el lugar del asesinato de Sucre en Bolivia, y Berruecos se halla tan lejos de este país, que la distancia hay que medirla en grados de latitud. Berruecos no se halla en Bolivia, por la misma razón de distancia que Allcante no se halla en Luxemburgo. Berruecos se halla al Sur de Colombia hacia la frontera del Ecuador.

¿Por qué asesinaron a Sucre y por qué este cri-

men causó tanta amargura en Bolívar, hasta el punto de hacerle exclamar: «Miserables. Han asesinado al Abel americano!» Si el señor Salaverría se hubiera dedicado a estudiar la historia de América sabría que Sucre fué asesinado porque era liberal, y el crimen lo consumaron los conservadores, el partido de la Iglesia, los «godos» admiradores de la España clerical y babosamente borbónica, esa España que tiene hoy como representación simbólica al traidor Franco y como cronistas a turiferarios reumáticos como el señor Salaverría.

Repetidamente afirma que Bolívar odiaba a España. Para la mentalidad de Salaverría España es la dinastía borbónica, la clerecía, el caciquismo, la miseria moral y material de un pueblo de mendigos, tierras sin labranzas para entretenimiento ocioso de una casta feudal, ejército cortesano en el que los jefes y oficiales se seleccionan para garrañones de reinas libidinosas, literatos para entretenimiento de duques analfabetos. Esa era la España contra la que se sublevó Bolívar, dándonos una lección de dignidad a los españoles de la Península.

Pero los que odian a la auténtica España son éstos, los Salaverría, incapaces de comprender la significación española de Simón Bolívar, «grande en el pensamiento y grande en la acción». Sólo así se explica que le busque un paralelo con Napoleón, cuando es un auténtico genio español, por la raíz pasional que mueve a sus actos, por la concepción universal de sus ideas, por la contradicción de sí mismo con el medio y el tiempo, por el realismo crítico de su análisis, por la reacción sentimental de sus emociones, por el contenido trágico de su vida, por el afán de hacer trascendental hasta lo insignificante. Bolívar nada tiene que ver con Napoleón fuera de las condiciones del tiempo en que ambos actuaron. Napoleón fué el fin de un proceso revolucionario que encuentra su nuevo orden. Bolívar fué el principio de una revolución que se desarrolla a la par de un resurgimiento nacional, que ni aún en nuestro tiempo ha encontrado un nuevo orden.

Los límites de este comentario no permiten calar hondo en el tema, cuya importancia y complejidad son inalcanzables para mentalidades reaccionarias y tan limitadas como la del señor Salaverría, tipo representativo del literato español que, porque ha pasado por la calle Florida de Buenos Aires, se cree autorizado para escribir sobre problemas americanos, evidenciando que de América lo desconocen todo, hasta la posición geográfica.

Son los hispanoamericanistas del chimchim, del banquete y del discurso hueco, que la guerra de España contra la invasión italoalemana ha situado al fin en su auténtico valor de hispanoamericanistas indignos de ser españoles, orgullosos en su función de serviles para mayor gloria de los asesinos de la patria en que nacieron. — F. F. A.

«LA GUERRE EN ESPAGNE», por Luis Fischer

Acabamos de leer este folleto. Conocíamos al autor antes de ahora, por algunos escritos aparecidos en *Leviatán* y hasta por su propia persona física. La lectura de su folleto revela otro Luis Fischer: el turiferario a sueldo del «país del socialismo triunfante». Hemos caído en la cuenta, por lo tanto, de que no conocíamos el verdadero Luis Fischer. Es lástima. De saberlo hubiéramos podido negarle el saludo.

Empieza el folleto haciendo una pequeña historia de la República. Aporta algunos datos, más o menos originales y objetivos, sobre la biografía del régimen. Están en todas partes y eso evita su examen. Nuestro objetivo es otro: obtener una visión de conjunto del folleto. Para ella debemos partir de la misma conclusión obtenida por el autor respecto del problema político español: «el pueblo perdió su fé en el nuevo régimen por obra de la debilidad republicana». (Nota: el vocabulario comunista utiliza ahora el término pueblo por el de «proletariado»). ¿Qué será un pueblo no organizado en el trabajo...? Lo ignoramos. El nuevo comunismo de carácter antimarxista pone de manifiesto su naturaleza en esas triquiñuelas de lenguaje. La tragedia de la República, y su deformación nativa, consiste, vemos páginas más adelante, en que «la clase media no puede hacer de tapón entre el proletariado y la alta burguesía». Esto ya es casi genial (Se entiende que lo es visto en un creyente, a ojos cerrados, de los procesos de Moscú y de la «alegría Socialista creada por Stalin.»). Pues las clases sociales no son artefactos rígidos, encapsulados entre sí, sino verdaderos organismos cuyo existir es un proceso constante. La ocurrencia de la clase media haciendo de tapón no puede sugerírsela a nadie, en absoluto a nadie, el conocimiento de la historia de España desde el punto de vista de la lucha de clases. Va dicho sabiendo que el neomarxismo hace milagros. Una República simplemente «republicana» era y es entre nosotros imposible. O sea, anti—histórica. Aunque la III Internacional le sirviera de planta ocurriría así. Vivimos en la guerra civil una forma de esa imposibilidad. La revolución democrática comportada por la República, como carácter genérico suyo, sólo podía cuajar en el medio ibérico transformándose, de un modo automático, con y sin nuestra voluntad, en revolución democrático Socialista. O eso, o el fascismo. A elegir.

Las condiciones en que escribimos, a la vista de la censura, mal que padecemos los españoles desde el día mismo en que la libertad de pensamiento constituyese como conquista «democrática», impiden que nuestro examen de «La guerre en Espagne» tenga el alcance analítico que el folleto exige. Lástima solo podamos subrayar lo más inocuo. Se nos impone la sordina.

El escrito entero toma frente a los sucesos ocurridos entre abril de 1931 y mayo de 1937 la postura requerida por la «profesión» del autor: es comunista. Intenta disfrazar esta tara, sin embargo, cuando asegura que el triunfo del Frente Popular se debió al precedente de inmensa explosión del descontento proletario, Octubre del 34, en vez de a la virtud intrínseca, mirifica, de la fórmula del Frente Popular, según martillean las consignas. Acercándose más al presente supone que, durante la actual lucha, la política interior de España estará edificada sobre una especie de compromiso o pacto entre las tres principales tendencias sociales: burguesía, marxismo y anarco-sindicalismo. Bien. Pero los comunistas, preguntamos, ¿qué son para Fischer, marxistas o burgueses? No lo sabemos. Aceptando a los partidos como realidades dinámicas, criterio propio del marxismo, el comunismo oficial forma parte hoy de la pequeña burguesía. El nombre con que esa realidad se envuelve carece de importancia o significación. Incluso la estadística, que verenos inmediatamente, prueba que la realidad comunista y su etiqueta revelan elementos o direcciones políticas encontradas. En 1936, antes del 18 de julio, el P. C. tenía 20.000 afiliados; en agosto, 50, 000; hoy cuenta 400.000. ¿Resultado de una política justa?... ¡Qué! El crecimiento señala el arco de la curva pequeño - burguesa dibujada por el comunismo soviético importado a Iberia. Tales cifras hacen inútil el comentario. Sí. Ellas mismas sirven de tal.

Otra cosa. Asegura Fischer que los socialistas hemos tenido mucha paciencia con Azaña en el período 1931-33. Bueno, si él lo dice... Pero no hay que personalizar así. Es demasiado burdo. Antimarxista. La «política Azaña» — adoptemos, por un momento, el menguado lenguaje del folleto — no representa otra cosa, por lo menos en dicho período, que la impotencia o esterilidad de la pequeña burguesía para hacer su propia revolución. Por eso ha tenido que hacérsela el proletariado, desembocando el proceso entero en una guerra civil. La pequeña burguesía pretendía que el proletariado realizara la revolución democrática pero de ningún modo aceptaba que éste plantease la socialista, necesariamente ligada a la democrática por la infecundidad política, comprobable por la Historia, de la clase media. Será ciego quien no vea, aquí la evidencia. Dándose cuenta de aquella esterilidad y timidez históricas las clases reaccionarias se alzaron contra una República «democrática» que las manos de republicanos, sin embargo de no saber sostener, rechazaban entregar a los trabajadores. ¡Con el fragor de la lucha parecíamos haberlo olvidado!

Donde Fischer está inspirado, aunque con inspiración comunista, es en la reseña del proceso de la crisis del Gobierno Largo Caballero; mayo del 37.

Era el único Gobierno posible de la victoria. Bien lo hemos visto. Con diez meses de perspectiva entre su fecha y la nuestra puede comprobarse ahora que todas las razones manejadas para provocar aquella crisis, zancadilla se vuelven, al alcance de nuestra propia vista, contra quienes las urdieron. Es el poder del tiempo. ¿Saben ustedes qué hace falta para dirigir una guerra?... Según Fischer «hace falta ser ingenioso y flexible, comprender la psicología humana, saber aceptar los consejos, escoger los subordinados, estar dispuesto a conceder autoridad a los colaboradores de confianza; en fin, poseer simplemente focos de energía psíquica para prodigar durante las largas horas de trabajo. Ninguna de estas cualidades caracteriza particularmente a Caballero» (pag. 83) Aquí está la consigna. Recién llegada. Caballero no puede con el peso del Gobierno. ¡Caballero está viejo! En vista de lo cual se provoca la crisis de mayo. Había un objetivo concreto: el de que Francisco Largo Caballero no realizara la gran ofensiva militar preparada. (Habrà que realizarla, por el mismo sitio, el día que quiera ganarse — ganarse de verdad. — la guerra.)

Hay algo más. En la misma página citada vemos que la «virilidad» de los comunistas obró como un imán sobre el grupo de líderes del socialismo de izquierda que en diciembre del 36 ingresó en el Partido Comunista. ¡Pero, hombre! Que sepamos, sólo dos diputados de nuestro grupo, ninguno de los cuales tenía carácter de líder, abandonaron el Partido Socialista, Margarita Nelken, esa lamentable y ansiosa mujer, ingresó en el comunismo soviético a cuenta, efectivamente, de la «virilidad» de los comunistas; hasta se hace pasar por diputado comunista. Bate así el colmo del comunismo. ¡Dos diputados mediocres formarían, pues, el «grupo» de líderes! Caballero, según Fischer, no quiso resignarse al desenvolvimiento del Partido Comunista y empezó a hacer la corte — la corte: ¿qué lenguaje es ese? — a los anarquistas. Explicación, absolutamente idiota, de por qué la C. N. T. figuraba en el Gobierno de la Victoria. Felicitamos al Sr. Fischer por su agudeza.

Roma agudeza. Demuestra una ignorancia absoluta, comunista, de la historia política de nuestro proletariado. Fischer ha tenido además, la mala fe de no querer enterarse. Nada más que eso. Poniendo la cuestión en los mismos términos personales con que él lo hace, encontraríamos que el nombre de Francisco Largo Caballero figura, tácito o expreso, al pie de todos los programas o acuerdos de acción común político-revolucionaria lanzados en conjunto por la C. N. T. y la U. G. T. ó el Partido Socialista. 1917 y 1934 son fechas que avalan nuestro aserto. Por lo tanto, la mención del «coqueteo» inspirado por la equívoca «virilidad» comunista resulta, proyectada sobre la Historia, aunque sea la más reciente, un error. Provieniendo de quien viene podemos calificarla, además, de vileza. Es una comunista.

Debemos terminar. Otro día se ha de volver, con censura y sin ella,—pero mejor sin ella,—sobre éste folleto. (Al fin y al cabo, de los acontecimientos que comenta va a derivarse, durante muchos años, nuestra conducta histórica. Habrán desaparecido las generaciones presentes y todavía se hablará de la guerra civil como de un suceso actual, vivo). Vamos a recoger una última afirmación. Dice Fischer, textualmente, que «una revolución social está contenida, de modo implícito, en la guerra civil». ¡También él Digaselo así a sus compañeros de secta. Ellos han barnizado la enorme tragedia —enorme y necesaria, sí,—de múltiples capas de nacionalismo, independencia, etc... Nosotros apenas sabemos ya de su color verdadero y originario, color de día de julio del 36... Sabemos muy bien, en cambio, — es un hecho histórico, objetivo,— que los elementos más reaccionarios de la sociedad española de 1898 luchaban contra los franceses exclusivamente por la independencia. Les bastaba la simple reconquista del territorio nacional. El resto, los elementos progresivos, luchaban también por la independencia pero concebida de otro modo. La independencia de éstos no tenía sólo raíz geográfica. La tenía política también, en la Constitución de Cádiz, documento revolucionario incomparable. — Con permiso del comunista Sr. Fischer y sus amigos damos a nuestra guerra el objetivo de la segunda concepción de la independencia. — F. CARMONA NENCLARES

«LA DISGREGACIÓN DE EUROPA», por Francisco Nitti.

Jorge Scelle ha hablado ya del último libro de Francisco Nitti: «La Disgregación de Europa». Pido sin embargo, permiso para intervenir a mi vez. Primero, porque el trabajo es tan rico de sustancia que vale, a poco que se le valore, cuando menos por dos. Además porque, viejo marxista impenitente siento la necesidad de expresar a Nitti, con toda franqueza, que yo considero bastante desiguales los diferentes aspectos de su estudio.

Coincido, desde luego, con Scelle en que la «Disgregación de Europa», la crítica del planismo, o de los planismos está llena de interés. Aun en el caso que mueva a reservas. De otra parte, el capítulo sobre Italia, que tiene el inconveniente de no ser expuesto más que después de trescientas páginas muy discutibles, siendo como es de primer orden. Encuentro una nota al pie de la página en que el autor, con razón, dice que el mejor libro y donde más explicados quedan los orígenes del fascismo, es el de A. Rossi: «El nacimiento del fascismo» (1918—1922). Se complace en añadir que el capítulo de Nitti—«La aventura imperial del fascismo italiano» —es, a su modo de ver, lo que mejor se ha escrito sobre el desarro-

llo ulterior, sobre el carácter superficial de la sedicente revolución fascista y sobre las ruinosas consecuencias de la política musoliniana.

He aquí un elogio y un elogio sin reservas.

Por contra, el capítulo sobre el bolchevismo no es, en verdad, más que un libelo anti—staliniano. Es muy divertido en ocasiones, pero, en conjunto, no nos dice nada que no hayamos podido leer anteriormente en Andrés Gide o Boris Souvarine. En cuanto al capítulo sobre la mística racista en Alemania, nos produciría la impresión de una caricatura si el nacional—socialismo no nos hubiera enseñado hace ya tiempo que es caricaturizable. Finalmente, por lo que respecta al largo capítulo (setenta páginas), que intitula «La catástrofe de la sociedad capitalista y la visión talmudista de Marx», Nitti me permitirá que le diga que no acierto a ver otra cosa que una diatriba, tan excesiva como parcial.

¿Cómo, efectivamente, un hombre de su valía y de su envergadura intelectual, hablando de aquel de quien se ha dicho que es, respecto a las ciencias sociales, lo que Darwin en orden a las ciencias naturales, puede mostrarse tan decidido como para lanzarse a escribir frases tales como las siguientes?:

«Marx no era ni un economista ni un filósofo, si bien poseía una gran preparación económica y filosófica.»

«Sólo después de mucho estudiarla (su obra) y de haber penetrado en su verdadero fondo, es cuando uno se apercebe de haber realizado un esfuerzo inútil. No se saca casi nada y aquello que puede sacarse no reviste carácter alguno científico o de originalidad.

«Ninguno de los grandes economistas de nuestro tiempo, y, en particular, ni Bohn—Dawerk ni Wilfredo Pareto, han encontrado nunca en la obra de Marx nada que pueda interesar a la ciencia económica.»

O más aún, y esto sí que rebasa ya el límite, cuando pensamos en las previsiones de Marx respecto a la evolución industrial y sobre las consecuencias, cuarenta y tres años después, de la guerra franco alemana y de la anexión de la Alsacia y la Lorena.

«Puede afirmarse que todas las cosas que Marx no ha predicho son las que han tenido lugar y que han dejado de ocurrir aquellas que había predicho».

Entiendo, además, que si nuestro autor lleva la exageración, tal vez a conciencia, de sus paradojas hasta considerar despreciable un conjunto de trabajos que han revolucionado, sencillamente, el pensamiento moderno, se aviene, sin embargo, a hacer una excepción con los escritos políticos de Marx, y, sobre todo, con su *Manifiesto Comunista*, que resulta, a sus ojos, y bajo el punto de vista artístico, «un documento de una maravillosa belleza».

Comparto, desde luego, su apreciación a este respecto, y si no estimara que el manifiesto, independientemente de su «valor artístico», expresa ideas esenciales, que cuentan entre las permanentes de

doctrina socialista, suscribiría plenamente esta apreciación que sigue de Nitti.

«Antes o después de Marx, no se ha escrito *nada más eficaz* (el subrayado es mío) en la literatura revolucionaria que el «Manifiesto Comunista», y después de ochenta años subsiste todavía el documento, a la vez *el menos verdadero* y por consiguiente *el menos vivo* en el espíritu revolucionario».

El más eficaz: Nitti dice muy bien, y un poco más adelante, que el marxismo ha venido a ser «la envoltura moral que contiene el descontento instintivo de las masas»; y esto, que podría no verlo, desde un punto del mundo al otro punto.

El más vivo: Basta, para convencerse, observar la reacción que la lectura del Manifiesto produce en los jóvenes; en los momentos, precisamente, en que lo trágico de los acontecimientos conduce a muchos de ellos a esta idea del Marx de 1847: que el proletariado no podrá alcanzar sus objetivos más que «destruyendo por la violencia el antiguo orden social».

¿Pero el menos verdadero?

¿Cómo mi contradictor y amigo puede cerrar los ojos a esta evidencia, que el Manifiesto resulta una cosa viva en la medida solamente en que resulta una cosa cierta; en la medida que expresa, en términos sorprendentes, ideas y concepciones que los socialistas siguen teniendo como verdades fundamentales? Así, por ejemplo, la primacía de los factores económicos; la lucha de clases, no solamente como un *echo* que deslumbra los ojos, sino como un medio para los trabajadores de emanciparse, mediante su esfuerzo autónomo, de la dominación del capitalismo; la acción internacional, en fin, que, a pesar de todas las resistencias innegables de los medios nacionales y nacionalistas, camina, en un grandioso esfuerzo, hacia objetivos comunes; los veinte millones de hombres de la Internacional sindical, cuyos efectivos se duplicarían el día en que las organizaciones obreras de la U. R. S. S. no menos influenciadas por el marxismo, vinieran a unírseles.

Esto aparte, no tendríamos el menor inconveniente en conceder a Nitti que las teorías marxistas iniciales; de la catástrofe, de la degradación creciente del proletariado, de la concentración capitalista, extendiéndose bajo iguales formas a todas las ramas de la actividad social, son hoy hierro viejo.

Pero no hemos esperado su crítica del «marxismo vulgar» para comprobarlo.

Es, por lo demás, la siguiente paradoja que le anima a seguir:

«No sólo Sorel; sino Vandervelde, De Man y el mismo Kautsky y todos aquellos que, entre los socialistas, tienen una preparación de estudios, se han ido poco a poco, alejando del marxismo».

¿Pero por qué, ya que en ello está, no añade Nitti a estos nombres, otros como los de Jaurés, León Blum, Victor Adler, d'Hilferding, y de Lenin mismo?

Porque, en suma, todos cuantos son, se han, como nosotros, alejado del marxismo, si bien entendido, el marxismo es este conjunto de fórmulas, parcial o totalmente caducadas, que Nitti resume de modo pintoresco en los términos siguientes: «La lucha de clases, único motor de la historia, traerá, con el fin de la clases medias, la revolución, de donde con la dictadura del proletariado y la unión de todos los trabajadores del mundo, nacerá el paraíso final del comunismo».

Excepto los ortodoxos del bolchevismo - ¿pero los hay todavía? - que Nitti tiene en tan mala estima, cuál es, pues, el socialista, hoy, que cree todavía en la Gran Tarde, en la Lucha final - porque, ¿habrá jamás una lucha final? - o bien en la realización, de un golpe de baqueta, del Paraíso sobre la tierra comunista?

Es el resultado, que no debería discutirse, del esfuerzo incesante de los socialistas de hoy para adaptar sus concepciones y práctica de las mismas a las realidades movilizadas de la evolución.

Lo que han hecho, lo que hacen, lo que seguirán haciendo, solamente uno, y el más grande, lo había hecho antes que ellos: Marx mismo.

Compárense, por ejemplo, las profecías apocalípticas - Nitti no lo dice sin razón - que acaban el manifiesto, con lo que escribía Marx, en los últimos años de su vida, al día siguiente de la Comuna de París, sobre las posibilidades, en los países democráticos, tales como Inglaterra, de una conquista legal del Poder político por los trabajadores, o bien sobre la imposibilidad orgánica de saltar bruscamente, por un golpe de fuerza, del régimen capitalista al régimen socialista.

Recordaremos el texto:

«Los trabajadores no esperaban milagros de la Comuna. No disponen de utopías siempre dispuestas a introducir por decreto del pueblo; ellos saben bien que, para realizar su propia emancipación, y a la vez la fuerza más noble hacia la cual se dirige por sus propias fuerzas económicas la sociedad actual, tendrán que pasar por largas luchas y toda una serie de progresos históricos, que trasformarán las circunstancias y los hombres».

Aunque, en definitiva, lo que se está en razón de reprochar especialmente a Nitti es, en su crítica de Marx y del marxismo, el aislar el Manifiesto del resto de la obra, que no es sólo una obra individual, sino colectiva; de poner, con una exageración manifiesta el acento sobre los errores de previsión que el mismo Marx rectificó posteriormente, y, por consiguiente de no ver el socialismo y el movimiento socialista en el futuro más que como una pobre secuela de lo que en un principio fueron.

Que nadie se extrañe, además, sobre el alcance de esta polémica amistosa. He señalado los desacuerdos. Si yo hubiera de insistir, después de Scelle,

obre aquellos extremos del libro en que estoy en plena comunión de ideas con él, tendría mucho más que decir.—EMILIO VANDERVELDE.

«L. N. TOLSTOI», por Lenin.

León Tolstói ha muerto. Su importancia mundial de artista, su renombre mundial de pensador y predicador reflejan, una y otro, cada uno a su manera, el alcance universal de la Revolución Rusa.

L. N. Tolstói se hizo conocer como gran escritor desde la época de la servidumbre. En una serie de obras geniales que compone en el curso de su carrera literaria, larga de más de medio siglo, pinta principalmente la vieja Rusia pre-revolucionaria, estacionada, aún después de 1861, en un estado de semi-servidumbre, la Rusia aldeana, la Rusia del terrateniente y del campesino. Describiendo este período histórico de la vieja Rusia, L. Tolstói ha sabido plantear en sus libros un sinnúmero de inmensos problemas, ha sabido elevarse a tal potencia artística que sus obras se han colocado en primera fila de la literatura internacional. La época preparatoria de la Revolución en uno de los países oprimidos por los esclavistas aparece, gracias a la pintura genial de Tolstói, como un paso adelante en el desarrollo artístico de la humanidad entera.

El Tolstói artista no es conocido más que de una ínfima minoría, aún en Rusia. Para que sus obras grandiosas se conviertan efectivamente en el bien de TODOS, es preciso luchar y luchar todavía contra el orden social que ha condenado a millones y a decenas de millones de hombres a las tinieblas, al embrutecimiento, a un trabajo de forzados y a la miseria, es necesaria la revolución social.

Tolstói no solamente ha creado obras de arte que las masas apreciarán y leerán siempre, cuando después de romper el yugo de los terratenientes y de los capitalistas, se hayan creado condiciones humanas de vida, sino que también ha sabido pintar, con una fuerza notable, el estado de espíritu de las grandes masas, oprimidas por el régimen actual, describir su situación, expresar su sentimiento espontáneo de protesta y de cólera. Perteneciendo sobre todo a la época que va de 1861 a 1904, Tolstói ha encarnado en sus obras, con un relieve extraordinario—como artista y como pensador y predicador— las particularidades históricas de la primera revolución rusa entera, su fuerza y su debilidad.

Uno de los principales rasgos característicos de nuestra Revolución consiste en que fué una Revolución burguesa CAMPESINA, en una época en que el capitalismo había alcanzado un grado de desarrollo extremadamente elevado en el mundo entero y relativamente elevado en Rusia. Fue una revolución bur-

guesa porque tenía por tarea inmediata el derrocamiento de la autocracia zarista, de la monarquía zarista, y la destrucción de la propiedad territorial de los nobles, y no el derrocamiento del dominio de la burguesía. El campesinado, sobre todo, no tenía conciencia de esta última tarea, no se daba cuenta de que ella difería de los objetivos más próximos y más inmediatos de la lucha. Fue al mismo tiempo una revolución burguesa campesina, porque las condiciones objetivas pusieron adelante el problema de la transformación de las condiciones fundamentales de la vida campesina, de la subversión del antiguo modo de propiedad medieval, del «escombramiento del terreno» para el capitalismo; las condiciones objetivas impulsaron a las masas campesinas hacia la arena de la acción histórica más o menos independiente.

En las obras de Tolstói se han expresado la fuerza y la debilidad, la potencia y la estrechez del movimiento de las masas, y precisamente del movimiento campesino. Su protesta calurosa, apasionada, a veces implacablemente acerba, contra el Estado y la Iglesia oficial y policiaca, traduce los sentimientos de la democracia campesina primitiva, en cuyo seno siglos de servidumbre, de arbitrariedad y de pillaje administrativos, de jesuitismo eclesiástico, de mentiras y de robos, acumularon montañas de odios y de cólera. Su negativa intransigente de la propiedad territorial privada traduce la psicología de la masa campesina en un momento histórico, cuando el antiguo modo medieval de propiedad territorial de los nobles, de la corona y de los mayorazgos había llegado a ser un obstáculo intolerable para el desarrollo ulterior del país y debía ineludiblemente ser destruido de una manera rigurosa e implacable. Su denuncia incesante del capitalismo, huella del sentimiento más profundo y de la más profunda indignación, expresa todo el horror del campesino patriarcal que ve avanzar sobre sí un nuevo enemigo, invisible, inconcebible, venido sin duda de la ciudad o del extranjero, que destruye todos los «fundamentos» de la vida aldeana, determinando una ruina sin precedente, la miseria, la muerte por hambre, el retorno al estado salvaje, la prostitución, la sífilis, todos los azotes de la «época de la acumulación primitiva», centuplicados por la transferencia al suelo ruso de los procedimientos más modernos del latrocinio, elaborados por el señor Coupon.

Pero al mismo tiempo, el protestatario caluroso, el acusador apasionado, el gran crítico, muestra, en sus obras, una incomprensión de las causas de las crisis que se batían sobre Rusia y de los medios de salir de ellas, digna también de un ingenuo campesino patriarcal, pero no de un escritor de formación europea.

La lucha contra el Estado esclavista y policiaco, contra la monarquía, se transforma, en Tolstói, en negación de la política, y conduce a la enseñanza de la

«no resistencia al mal,» desembocando a un alejamiento completo de la lucha revolucionaria de las masas de 1906-1907. La lucha contra la Iglesia oficial se acompaña de la prédica de una religión depurada, es decir, de un nuevo veneno depurado, refinado, para uso de las masas oprimidas. La negación de la propiedad territorial privada, conduce, no a la concentración de toda la lucha contra el enemigo efectivo, la propiedad de los nobles y su instrumento de dominación política, la monarquía, sino a suspiros soñadores, vagos e impotentes. La denuncia del capitalismo y de las plagas que aporta a las masas, se acompaña de una actitud absolutamente apática con respecto a la lucha liberadora mundial, empeñada por el proletariado socialista internacional.

Las contradicciones en las opiniones de Tolstoi no son las de su pensamiento estrictamente personal, sino que son el reflejo de las condiciones y de las influencias sociales, de las tradiciones históricas, complejas y contradictorias en alto grado, que han determinado la psicología de las diferentes clases y de las distintas capas de la sociedad rusa de la época POSTERIOR a la reforma, pero ANTERIOR a la Revolución.

Así, no es posible emitir un juicio exacto sobre Tolstoi más que colocándose en el punto de vista de la clase que, por su papel político y por su lucha desde el primer arreglo de estas contradicciones, desde la Revolución, ha demostrado su capacidad de dirección en el combate por la libertad del pueblo y por la liberación de las masas explotadas, de la clase que ha demostrado su devoción indefectible por la causa de la democracia y su facultad de combatir la estrechez y la inconsecuencia de la democracia burguesa (comprendiendo la democracia campesina); este juicio no es posible más que desde el punto de vista del proletariado social-demócrata.

Ved la apreciación acerca de Tolstoi en los periódicos del Gobierno. Destilan lágrimas de cocodrilo, proclamando su respeto hacia el «gran escritor», y defendiendo al mismo tiempo al «santo» sínodo. Ahora bien, los muy santos padres acaban de cometer una villanía, particularmente repugnante, enviando popes al lado del moribundo con el fin de engañar al pueblo y decir que Tolstoi se ha «arrepentido». El santo sínodo excomulgó a Tolstoi. Tanto mejor. Se tendrá en cuenta esta hazaña a la hora en que el pueblo arregle sus cuentas con los funcionarios de sotana, con los gendarmes de Cristo, los sinistros inquisidores que han sostenido los pogromos judíos y las otras hazañas de la banda zarista de los Cien Negros.

Ved la apreciación acerca de Tolstoi en los periódicos liberales. Buscan la ayuda de esas frases huecas, oficialmente liberales, de esos lugares comunes universitarios sobre la «voz de la humanidad civilizada», el «eco mundial unánime», las «ideas de ver-

dad, de bien», etc., por las cuales Tolstoi había estigmatizado tan fuertemente —y tan justamente— a la ciencia burguesa. NO PUEDEN expresar clara y francamente su punto de vista sobre las opiniones de Tolstoi concernientes al Estado, la Iglesia la propiedad territorial privada, el capitalismo —no porque la censura se los impida; al contrario, la censura les permite salir del apuro— sino porque cada afirmación en la crítica hecha por Tolstoi es una bofetada al liberalismo burgués, porque el ENUNCIADO intrépido, franco, implacablemente áspero de los problemas más dolorosos, más malditos de nuestro tiempo, ES UN GOLPE DIRECTO a las frases estereotipadas, a las muecas habituales, a las mentiras evasivas y «civilizadas» de nuestra prensa liberal (y liberal populista). Los liberales arrojan fuego y llamas por Tolstoi, contra el santo sínodo, y, al mismo tiempo, están por los VIEKHI, con los cuales «se puede discutir» pero con los cuales «se debe» trabajar en literatura y en política. Pero los VIEKHI reciben los abrazos de Antonio de Volhynie.

Los liberales hacen resaltar que Tolstoi fue «una gran conciencia». ¿No es esta una frase hueca que repiten incesantemente el NOVOTE VREMIA y sus similares? ¿No es esta una escapatoria a los problemas CONCRETOS de la democracia y del socialismo PROPUESTOS por Tolstoi? Esto, ¿no pone en primer plano lo que, en Tolstoi, expresa sus prejuicios y no su razón, lo que, en él, pertenece al pasado y no al porvenir, su negación de la política y repulsa del autoperfeccionamiento vital y no su protesta vehemente contra toda dominación de clase?

Tolstoi ha muerto y la Rusia anterior a la Revolución, hundida en el pasado, la Rusia cuya debilidad e impotencia se expresaron en la filosofía, ha sido descrita en las obras del artista genial. Pero, en su herencia hay algo que no se hunde en el pasado, algo que pertenece al porvenir. El proletariado ruso recoge y estudia esta herencia. El proletariado explicará a las masas de trabajadores y explotados el sentido de la crítica tolstoiana del Estado, de la Iglesia, de la propiedad privada, no para que las masas se concreten a su autoperfeccionamiento y a suspirar invocando una vida de acuerdo con Dios, sino para que se subleven y den un nuevo golpe a la monarquía zarista y a los terratenientes que, en 1905, no han sido más que ligeramente heridos y a quienes hay que destruir. El proletariado ruso explicará a las masas la crítica del capitalismo hecha por Tolstoi, no para que las masas se concreten a maldecir al capital y el poder del dinero, sino para que aprendan a apoyarse, en cada paso de su vida y de su lucha sobre las conquistas técnicas y sociales del capitalismo, para que aprendan a fundirse en un solo ejército de millones de combatientes socialistas, que derrocará al capital y creará una nueva sociedad sin miseria del pueblo, sin explotación del hombre por el hombre.

LENIN: «L. N. Tolstoi», «Social Demócrata» del 16 (29) de noviembre de 1910. OBRAS t. XIV p. 400—403. (Edit. rusa).

"Norte" - Revista Teórica Socialista

Sinceramente declaramos que nos ha decepcionado el primer número de «Norte», revista teórica socialista editada en Barcelona. No esperábamos eso ni el Partido Socialista Obrero Español se merece eso. No sirven de justificante las palabras estampadas en su «Saludo», cuando empieza diciendo: «Ni programa, ni promesa...» Tales afirmaciones no quedan bien, ni como literatura, en boca de un socialista, ni pueden justificar las deficiencias de «Norte», si nos atenemos, recordémoslo, que afirma ser una revista teórica socialista, adjetivos que por sí mismo comprometen a un programa y a una promesa.

Salvando el obligado homenaje histórico a Pablo Iglesias y la recordación al cincuenta aniversario del P. S. y algún otro documento que se reproduce, ¿dónde está la teoría socialista? No la vemos en la terminología «equidistante» que Ramón Lamóneda nos escribe en su artículo «Bajo el signo unitario», ni en las preocupaciones de Fermín Mendieta tratando de justificar las «cochinadas» de Pío Baroja, ni en el recorte periodístico, comentario intrascendente a la situación internacional, de Antonio Huerta, etc. Bien el artículo «La Producción a lo que resulte» de Toribio Echevarría, conformes con la honda emotividad lírica de Matilde de la Torre, pero ¿dónde está la teoría socialista, la que aleccione e interprete? No la vemos por ninguna parte. Creemos no nos querrán hacer pasar por teoría socialista los fotograbados, abundantes, que ilustran la revista.

«Norte» se titula también de polémica. En su primer número se trata de una polémica muda, mejor dicho, gráfica, por omisión. Se reproducen fotograbados de los compañeros Julián Besteiro e Indalecio Prieto, y se omite el de Francisco Largo Caballero. Y esto nos demuestra, que si bien hay socialistas que coincidirán con Francisco Largo Caballero en el modo de interpretar el proceso de la guerra y de la revolución, esto no quiere decir que haya caballeristas, por la sencilla razón de que en el Partido Socialista no pueden haber sino socialistas, pero, sin embargo, «Norte» nos demuestra que sus mentores tienen un sentido socialista anticaballerista, y nada más. Son los que desaparecerán del movimiento socialista el mismo día que muera Francisco Largo Caballero,— y nosotros deseamos que viva muchos años—porque habrá desaparecido el objetivo de su existencia, aunque existencia negativa.

«Norte» nos ha decepcionado. El Partido Socialista se merece algo más. El Partido debe hacerlo, puede hacerlo, los socialistas queremos y exigimos una revista que sea digna de lo que el Partido Socialista ha sido, es y será en España.

FE DE ERRATAS — En el fotograbado de Pablo Iglesias aparece su segundo apellido Posee, y debe decir Posse.

— SPARTACUS —

COMPRAMOS

LAS SIGUIENTES PUBLICACIONES SOCIALISTAS:

'Vida Socialista'

TODOS LOS NUMEROS

'ACCION SOCIALISTA'

NUMEROS 7, 10, 62, 64, 74, 75, 76, 79, 81 y siguientes.

'RENOVACION'

Organo de las Juventudes Socialistas

Todos los números desde el primero de sus diferentes épocas

'CLARIDAD'

Semanario

NUMEROS 13, 15, 19 y siguientes.

Ofertas a la Dirección de

"SPARTACUS"

TALLERES GRAFICOS «AVANCE» — Villavieja, 1 — Alicante.

Ayuntamiento de Madrid

“SPARTACUS”

REVISTA SOCIALISTA

TEORÍA Y CRÍTICA DEL MOVIMIENTO SOCIAL

Director: F. FERRÁNDIZ ALBORZ

Administrador: LUIS LIZÓN PERTUSA



TODA LA CORRESPONDENCIA a
Calle Quintana (esquina General Marvá)

«AVANCE»

DIARIO SOCIALISTA

Órgano Oficial de la Federación Provincial Socialista
de Alicante

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Un trimestre	21'00	ptas.
Un semestre	42'00	»
Un año	84'00	»
Número suelto	0'25	»

SUSCRÍBASE a

«SPARTACUS»

Revista Socialista



En el próximo volumen, correspondiente a los números 15 y 16, entre otros trabajos, se publicarán los siguientes:

Un estudio sobre la nueva situación internacional creada por el problema checoslovaco

Concepto del Marxismo

Por H. LEFEBVRE y N. GUTERMANN

El neoreformismo

Por GIUSEPPE SARAGAT

El movimiento socialista clandestino en Italia

Ayuntamiento de Madrid